



\$ 2.50

LA GUERRA Y LA JUDÍA

JABOTINSKY

VLADIMIRO JABOTINSKY

La Nación Judía y la guerra

ALG
168

BIBLIOTECA ORIENTE - BUENOS AIRES



VLADIMIRO JABOTINSKY

Nació en 1880 en Odessa (Rusia); murió en 1940 en Nueva York. Periodista, escritor, político brillante y de excepcionales dotes. Dedicó toda su vida a la realización del sionismo, o sea, la creación del Estado Judío en Palestina, con mayoría judía a ambas márgenes del Jordán.

Entre sus escritos sobresale LA HISTORIA DE LA LEGION JUDIA EN LA GUERRA DE 1914-18, habiendo sido el creador de esta legión que ayudó al General Allenby en la conquista de Tierra Santa. Este libro apareció en 1940 en castellano, publicado por la **Editorial Israel**, de Buenos Aires.

Del mismo autor:

Otro libro de gran aliento es SANSON, EL NAZARENO, que ha sido traducido a muchos idiomas.

LA NACION JUDIA
Y LA GUERRA

VLADIMIRO JABOTINSKY

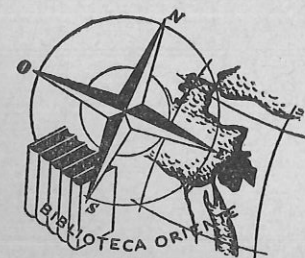
Alg
1680

LA NACION JUDIA Y LA GUERRA

TRADUCCION DEL INGLES

POR

ROMAN JIMENEZ



BIBLIOTECA ORIENTE
BUENOS AIRES
1941

DONACION
ISAAC S. ALGAZI



155 943

LA NACION JUDIA Y LA GUERRA

(The Jewish War Front)

Allen Un Win London 1940

Unica versión castellana autorizada

La nación judía existe, su patria es Palestina.

"Si queréis, no será una utopía"

HERZL

*Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito que marca la Ley.
Copyright 1941 by Biblioteca Oriente.*

INTRODUCCION

Al autor de este libro se le puede llamar con justo derecho *EL GRAN CAPITAN* de los judíos; al igual que aquella figura heroica de las Américas, Vladimiro Jabotinsky dedicó su vida, su fuerza y su inteligencia, sus maravillosas dotes a una causa revolucionaria, que cambiará el curso de la historia de Israel: es la liberación del pueblo judío. Un alma pura, un corazón ardiente, un carácter indomable, visión de estadista, orgullo de príncipe hasmoneo, todo concentrado en un solo ideal: transformar los restos de este pueblo, disperso y humillado, en una nación libre en su antigua patria. Toda una vida con un solo pensamiento, con una idea, un objetivo, una obsesión: ¡Qué hermosa y qué extraordinaria la vida de este hombre! Nunca una duda, una desviación del camino recto trazado, ningún retroceso, ningún alto. A la edad de 18 años pronunció en Berna (en 1898) un discurso en el cual predijo a los judíos de Europa lo que iba a acontecer 35 años más tarde: una noche de San Bartolomé, el éxodo. Y señaló, ya entonces, claramente la meta: Palestina. En vano previno Jabotinsky, como orador y escritor infatigable durante treinta años a sus hermanos de raza, del peligro que se cernía sobre sus cabezas. Muy pocos lo han comprendido a tiempo. En la guerra de 1914 creó la Legión Judía, la cual luchó valientemente en el ejército del general Allenby por la conquista de Tierra Santa. Fué el único extranjero (con excepción del ex Kaiser) que recibió el grado de oficial de las fuerzas armadas de su majestad británica, mas esto no impidió que en 1920 fuera condenado por un tribunal militar inglés a 15 años de prisión (pena que fué perdonada más tarde), por haber querido organizar en Palestina una defensa judía contra los terroristas árabes. Desde 1929 se le

impuso la prohibición de entrar al país, su patria, que él ha ayudado a conquistar. ¿Pero qué podían prohibiciones y condenas contra este espíritu indomable? Se dedicó febrilmente a organizar la juventud judía de la Europa oriental para el día, que él, con su fría lógica de matemático, veía llegar con la certeza del profeta: el día del éxodo. Y año tras año redobló sus esfuerzos, volcó más energía, concentró todo su impresionante e incomparable poder de persuasión en el judaísmo de Polonia, el corazón judío de Europa. Imploraba y exigía, amenazaba y prevenía: ¡evacúen posiciones donde no hay defensa posible! Y vino la guerra, y con ella el colapso del judaísmo polaco, que llegó a Jabotinsky como golpe directo al corazón, del cual ya no se recobró. Reunió sus últimas fuerzas para gritar nuevamente a los judíos del mundo: ¡Aux armes, citoyens! ¡Formez vos bataillons! Veía claro que esta guerra traería al pueblo judío horribles sufrimientos, pero también la oportunidad histórica de poder pelear por fin por su propia causa, por una patria, con armas, como aliado de grandes naciones, como futura nación. Con este grito corrió a Estados Unidos en marzo de 1940, instando a masas y líderes a que se organizaran un gobierno y fuerza armada judíos, reconocidos por Gran Bretaña. Y en plena lucha, mientras pasaba revista a jóvenes boy scouts judíos, el 3 de agosto de 1940 le alcanzó el ángel de la muerte, cuando más le necesitaba el judaísmo de vanguardia. ¡Pero qué muerte hermosa la de este último príncipe de los judíos! Era un caballero de esos que hoy día solamente se pueden encontrar en las leyendas. Había rechazado la ciudadanía británica y muchas otras, para viajar con el pasaporte pordiosero llamado Nansen, que no le hacía accesible la entrada en muchos países; sólo hubiera aceptado un pasaporte: el de un Estado Judío. Todo lo indigno le era extraño. No podía soportar la ignominia del "status" judío entre las naciones de la tierra. Vivió únicamente para liberar a su pueblo del ghetto físico y espiritual, para conducirlo de nuevo a la Tierra Prometida, como GRAN CAPITAN de las futuras generaciones.

Éste es el hombre. ¿Y su obra? Es inmensa. Su palabra ha encontrado eco en millones de cerebros judíos, y donde late un corazón judío su enseñanza ha caído en tierra fértil. Sus escritos pueden llenar veinte grandes volúmenes. El presente libro es un trabajo compuesto en los primeros meses de 1940,

en Londres, antes de la invasión de Francia, y no ha perdido nada de su actualidad. Al contrario, demuestra por milésima vez la extraordinaria clarividencia de este hombre, no solamente en lo que atañe al problema judío, sino también en lo que concierne al desarrollo de la guerra actual; es el testamento político del Gran Capitán. Analiza y concreta, por última vez en su vida, los motivos que hacen inevitable la emigración judía de Europa — gane quien gane la guerra — y su concentración en un solo país formando mayoría en él. Explica, a los pocos que todavía alientan ilusiones al respecto, que es inútil esperar posiciones favorables para los judíos en la postguerra europea: "l'ancien régime ne revient jamais". Demuestra qué poco sentido tiene la lucha contra el antisemitismo mientras una patria judía no haya librado a judíos y no judíos de una fuente inagotable de roces, que terminan, tarde o temprano, en un conflicto abierto, en todos los países, en todos, sin excepción. Los antisemitas, los gobiernos de cualquier tendencia, los judíos antisionistas deben saber que no habrá paz en esta tierra mientras los judíos no tengan su patria. La hormiga del mundo debe tener su rincón, así no sea más que un rincón: pues donde no cabe un elefante, hay bastante "espacio vital" para millones de hormigas. Señala, por fin, el autor que deben cumplirse dos postulados si los judíos quieren salir airoso de esta contienda:

1) Un gran ejército judío, incorporado a las filas de los aliados.

2) Un gobierno judío, reconocido por los aliados.

Estas dos demandas están en camino de realizarse. El ejército judío no tardará en formarse, y una autoridad máxima judía mundial está tomando cuerpo. Ya la voz de América se hace oír en favor de una justa solución del problema judío en la próxima conferencia de paz; cabe subrayar a este respecto la gran trascendencia del manifiesto publicado por el comité del senador Wagner de EE. UU., que auspicia la ayuda de Estados Unidos para la formación del Estado Judío en Palestina, y que está firmado por los 350 hombres públicos norteamericanos más prominentes. Comités similares no tardarán en constituirse en otros países de América.

Entre tanto, sigue la guerra, en la cual los judíos tienen su posición bien definida. Por lo menos los hermanos de Palestina podrán pelear al fin con las armas en la mano. Y quizá

les llegue la oportunidad de defender nuevamente la antigua patria contra el invasor, y tal vez den al mundo otra vez una prueba de lo que sabían hacer un puñado de valientes Gedeones contra un ejército midianita, un David contra un Goliath, cinco hasmoneos contra una potencia siria, un Bar Cojba contra el dominio de la antigua Roma.

Una cosa es cierta: Inglaterra debe ganar esta guerra, declarando abiertamente que es una guerra judía, pues la existencia del pueblo judío y su defensa simbolizan la existencia y la defensa de la justicia y la libertad en esta tierra. El profeta Ezequiel ha predicho que la última batalla entre Gog y Magog (las fuerzas del mal y del bien) se librará en Tierra Santa, y para esta batalla vale lo que está escrito en el Exodo XVII, 11:

"Y acontecía que cuando Moisés alzó sus brazos, Israel vencía; y cuando bajaba sus brazos, Amalec dominaba".

JOSÉ MIRELMAN

P A R T E I

CAPÍTULO I

¿ES ACASO UN FIN DE GUERRA?

AL estallar la presente guerra el autor de este libro firmó un llamado a los judíos que contenía las siguientes afirmaciones:

"Un enemigo brutal amenaza a Polonia, corazón de la dispersión mundial judía durante casi mil años, donde más de tres millones de judíos moran con lealtad a la tierra y a la nación polacas.

"Francia, la patria mundial de la libertad, afronta la misma amenaza.

"Inglaterra ha decidido hacer suya esa lucha; y los judíos, además, nunca olvidaremos que durante veinte años, hasta hace poco, Inglaterra ha sido nuestra compañera en Sión.

"El lugar de la nación judía está pues en todos los frentes donde estos países luchan por aquellos mismos cimientos de la sociedad cuya Carta Magna es nuestra Biblia".

Han pasado muchos meses desde que se publicó eso, pero parece que no hay intención de tratar al pueblo judío como nación aliada, ni a las necesidades del pueblo judío como una de las causas por las que luchan los aliados.

Con rara unanimidad, todas las secciones del movimiento nacional judío han pedido la formación de unidades militares judías para que presten servicio activo en todos los frentes. Estas exigencias no carecen de precedentes: en 1917 se formó un regimiento "judeo" de infantería (38º-41º de Fusileros Reales), que prestó buenos servicios en la campaña de Allenby en Palestina, y aun antes de eso había existido una unidad judía de transporte, el Cuerpo de Mulateros de

Sión, en Gallípoli. Ahora la oferta consiste en prestar servicios no solamente en Oriente sino dondequiera que sea necesario. La única exigencia condicional ha sido que se permita a los judíos luchar como judíos; que debe quedar registrado en los anales de esta guerra que los judíos son uno de los pueblos que luchan por la buena causa común.

Todas estas solicitudes han sido rechazadas hasta ahora. Al mismo tiempo se va formando un ejército polaco; se reclutan soldados checoslovacos, y los emigrantes o refugiados judíos de Polonia y Checoslovaquia son aconsejados en algunos casos y obligados en otros a alistarse en estas formaciones, sin tener en cuenta el hecho de que no puede garantizarse siempre un tratamiento fraternal a los reclutas judíos en algunas de ellas. Se inflige así una doble humillación: se reconoce que una nación destruida sigue siendo una nación, y que sus miembros dispersos en el destierro deben tener oportunidad de luchar por la restauración de su nación... pero el judío no tiene un lugar en esta lista de reivindicadores ya admitidos; debe dar su devoción, su entusiasmo, su vida misma, en aras de la restauración de comunidades que jamás han fingido quererle siquiera, y tiene que saber que su propia comunidad no se incluye entre ellas.

Hay una política evidente y premeditada tras esta negativa a revivir la Legión Judía. Una vez que una nación ha recibido el reconocimiento como compañero en la lucha, no puede impedírsele que a su debido tiempo presente y acentúe sus demandas. En los concilios de los estadistas aliados está ausente el deseo de que los judíos tengan derecho, ahora o más tarde, a presentar y acentuar sus propias demandas, no ya como solicitantes sino como socios iguales en la empresa.

La amargura que esta actitud despierta en los espíritus judíos sólo puede medirse por el horror de la miseria judía en toda Europa centro-oriental. En esa zona de antisemitismo crónico, pero aun así agudo, los judíos han pagado hasta ahora, en sufrimiento humano cabal, mucho más, infinitamente más que los checos, considerablemente más que los mismos polacos. Pero en la mayoría de la prensa británica sus pruebas se mencionan raramente: su ansiedad por servir en las fuerzas armadas, la justicia de su causa, y

hasta su misma agonía, "no están en el mapa", sencillamente.

Los estadistas británicos debaten comúnmente sus fines de guerra sin referencia alguna al problema judío. Esta actitud es aún más imprudente desde el punto de vista general que perjudicial para los judíos. Pasa por alto el hecho de que el absceso del nazismo ha sido alimentado, sobre todo, por el odio al judío, y jamás habría alcanzado tal madurez sin ello; y una operación que no alcanzara a extirpar las raíces del antisemitismo no sería una cura.

En las poco frecuentes ocasiones en que se recuerda a los estadistas aliados que existe un problema judío, aluden vagamente a derechos iguales en una futura Europa centro-oriental democratizada por la inminente victoria de los aliados. Sólo uno de ellos, Sir Archibald Sinclair, ha tenido hasta ahora la valentía de advertir públicamente a los judíos de que, aun después de esa victoria, no podría garantizarse efectivamente tal igualdad; y lo que él ha dicho en público deben comprenderlo otros en privado. No hay duda de que están auténticamente decididos a afirmar el reconocimiento de la igualdad judía en tratados y constituciones; pero la verdadera igualdad para los judíos en esa zona de Misericordia — a menos que un gran éxodo alivie la situación — está condenada a seguir siendo un espejismo; el odio, el boycott y el hambre, con la amenaza de violencia siempre pendiente, serán la regla, como antes; según comprenden de seguro los estadistas aliados.

El peor rasgo de la situación es la tendencia, cuando no puede ignorarse del todo el problema, a disminuir de todas maneras su importancia; a fingir que se cree que no hay una tragedia judía; que se trata solamente de unas cansadoras heridas apenas superficiales que pueden curarse con un par de puntos de sutura. En cambio, la verdad es que la tragedia ha alcanzado una formidable intensidad de dolor que no tiene precedentes en toda la historia humana; que para ponerle fin es necesario un colosal esfuerzo mundial, un esfuerzo igualmente sin precedentes; y que *tendrá* que hacerse ese esfuerzo.

En julio de 1938, el presidente Roosevelt hizo una gestión para asegurar la cooperación internacional en el problema de iniciar el gran éxodo; pero como esto significaba

forzar una solución de la cuestión de Palestina, su esfuerzo — la Conferencia de Evian — fué astutamente frustrado, y su plan quedó reducido a un inútil proyecto remendado.

Palestina es mirada hoy como meta inalcanzable por los mismos fugitivos que parecen en algo que es peor que la Tierra de Nadie — en las heladas Aguas de Nadie del Estuario del Danubio —, por los judíos aislados envejecidos buques cisternas, con recién nacidos entre ellos; y en cuanto al porvenir de Palestina, es la política del Libro Blanco de 1939 — la condena a muerte de las esperanzas sionistas — la que ahora domina el campo.

De modo que si resumimos nuestra perspectiva es ésta: No hay admisión a la patria nacional; nada más que el *statu quo ante* en los principales centros de desgracia; ni siquiera el derecho a combatir como judíos, ni el honor de que se nos reconozca como aliados en una causa por la que hemos pagado y estamos pagando más, en sangre y en lágrimas, que cualquier otra raza de la tierra. El pueblo judío es el único pueblo al que la victoria aliada no debe dar positivas garantías de bienestar; nada más que la negativa satisfacción de la caída de los nazis. Hay una miope política oficial que cree que con eso basta: los judíos temen y odian a los nazis; no tienen más remedio que ponerse de parte de los aliados ¿por qué ocuparse, pues, de ofrecerles perspectivas de mejora? Pobre sabiduría es ésta. Un organizador consciente de la victoria necesitará que quienes apoyen su causa contribuyan con su fuerza máxima. Los partidarios son de dudoso valor cuando su único incentivo es el odio al enemigo, sin una chispa de esperanza constructiva; cuando el único himno nacional que les vendría al caso sería un himno al menor de los males.

Todas las fuerzas sanas del público judío en los países aliados y neutrales deberían unirse en un esfuerzo decidido por aplastar las influencias que tienden a borrar la existencia y la importancia de un frente de guerra judío. Si ese esfuerzo tiene suficiente energía y resolución, será victorioso. No hay necesidad de alentar escrúpulos patrióticos; cuanto más riguroso sea el asalto, tanto mejor para todos. Se trata de una lucha por el derecho a combatir juntos y a esperar juntos; una lucha para vencer a quienes obstruyen el pleno alcance del esfuerzo supremo.

En esta guerra el pueblo judío debería contar entre las naciones aliadas. Mucho antes de que termine la guerra los aliados tendrán que ceder lugares para nuestras tropas en sus muchos frentes, para nuestros jefes entre sus gobiernos, para el remedio de los males contra los judíos y la erección del Estado Judío entre sus fines de guerra.

CAPÍTULO II

NO ESTÁ EN EL MAPA

EN esta guerra (o así parece en momentos en que escribo) no se desea que los judíos “estén en el mapa”, sea como aliados activos, como compañeros en el sufrimiento, o como objeto de alguna exigencia especial o fin de guerra particular de los aliados.

Arthur Szyk, el capacitado miniaturista que recientemente exhibió en Londres sus dibujos brillantes y terribles de polacos y judíos torturados bajo el invasor alemán, tiene también genio para encontrar *le mot juste*. Para describir la actitud de la mayoría de los estadistas aliados y una gran parte de la prensa aliada frente a este aspecto “judío” de la guerra, utiliza el término pornografía.

—Nos tratan — dice — como un tema pornográfico. La pornografía cubre un departamento muy importante de la vida y la naturaleza; nadie lo niega, pero no puede hablarse de ella en sociedad: está mal.

Hay una especie de desvergonzada conspiración, que domina casi enteramente al Parlamento, a la prensa ⁽¹⁾ y a la tribuna pública, con el fin de anular el problema judío en la guerra por medio del silencio. El término “conspiración” no lleva necesariamente la intención de sugerir que ha habido alguna confabulación explícita al respecto entre oradores y escritores, o que todos los diarios han recibido

(1) Hay unas pocas excepciones, entre ellas el *Manchester Guardian*.

una indicación al efecto de algún círculo autorizado. Una "conspiración de este género puede ser espontánea e instintiva: y entonces es tanto más deplorable en su cruda injusticia.

Hasta ahora — y escribo esto a principios de 1940 — de todos los pueblos atacados por Alemania el que ha pagado el más alto precio de todos, en sufrimiento humano, ha sido el pueblo judío. No hay observador cuidadoso que se atreva a disputar esta afirmación. Es cierto que los checos han perdido — esperemos que sólo sea momentáneamente — su independencia, y los polacos han perdido aún más: pero en términos de verdadera miseria humana, hambre, tortura y muerte, los judíos encabezan la lista, aun en Polonia. Hay indicaciones de que el número de civiles judíos que han muerto desde la invasión supera ya a la lista combinada de las bajas de los dos ejércitos, el alemán y el polaco. No se dice todo esto para disminuir la grandeza de las pérdidas del pueblo polaco; son de seguro mayores que las que cualquier otra nación — salvo una — haya sufrido jamás, en los tiempos modernos, fuera de las trincheras o del campo de batalla. Esa única excepción es el pueblo judío: los judíos siguen encabezando la lista y sin embargo rara vez se les menciona como compañeros en el infortunio.

Durante muchos meses el escritor ha contado entre sus distracciones el de coleccionar del *Boletín Diario* de la Agencia Telegráfica Judía las informaciones que no veía reproducidas en ninguno de los principales diarios británicos, o por lo menos en la prensa londinense. Aquí hay algunos ejemplos:

Todo nazi en Lodz está en libertad para emplear a cualquier judío que encuentre en la calle a fin de que trabaje particularmente para él sin paga. Ya no hay profesión alguna, ni rama de comercio abierta a los judíos en Lodz. Hasta los changadores y los chóferes judíos tienen ahora prohibido continuar su trabajo.

Diez judíos fueron ejecutados por los nazis en la aldea de Nowe Miasto, en el distrito de Varsovia. Los ejecutados fueron escogidos al azar y fusilados sin que se diera razón alguna.

En la aldea de Grojec, en el distrito de Varsovia, se obligó a los judíos a incendiar su principal Sinagoga, el domingo pasado. Los nazis fusilaron a una cantidad

de judíos de la misma población, cuando regresaban a sus casas después de cumplir trabajos forzados.

Centenares de judíos, incluso muchas mujeres y niños, murieron en la localidad de Bendzin, cerca de Katowice, cuando los nazis incendiaron la calle Zachodnia, que está habitada exclusivamente por judíos. Todos los que trataban de escapar fueron muertos a tiros. En total, varios centenares de mujeres, niños y hombres murieron en las llamas o por las balas de los nazis. Todas las sinagogas de Bendzin han sido quemadas también.

La catastrófica situación de la población judía en la reserva de Lublin queda revelada por vez primera a través de las noticias llegadas aquí y procedentes de personas que escaparon recientemente de Lublin.

No se permite a los judíos dedicarse a ninguna rama del comercio y a ninguna profesión. Dentro de los tres meses de la ocupación nazi los judíos se han visto sometidos a varios pogroms. Hubo saqueos de casas judías, y asaltos a centenares de personas, muchas de las cuales murieron de sus heridas. Casi toda la propiedad judía, tanto en tiendas como en casas particulares, ha sido apropiada por los nazis, y la población judía se ve reducida a un estado de completa mendicidad.

La mayoría de los deportados fueron llevados a la ciudad de Lublin. Cada uno de ellos puede poseer 25 marcos y 25 kilogramos de equipaje. Muchos deportados tuvieron que salir de los trenes de noche, a menudo en pleno campo, entre dos estaciones pequeñas. Se les dejaba que buscaran su camino en la oscuridad y a través de los campos. No se hicieron arreglos para recibirlos en destino, ni se ha organizado sistema de ayuda ni se ha puesto comodidad alguna para alojarlos.

Las ejecuciones en masa de judíos por los nazis en muchas poblaciones de la provincia de Lodz han sido admitidas abiertamente en informes oficiales de funcionarios de la policía nazi, cuyos extractos se han publicado en el *Schlesische Zeitung*, de Breslau.

En la localidad de Lask, dice el mencionado diario al citar uno de los informes oficiales, "fueron ejecutados cien judíos por ofrecer resistencia a los soldados alemanes que registraban sus casas en busca de armas

ocultas". La policía también supo, continúa diciendo el informe oficial, que unos mil judíos habían rodeado la sinagoga de Lask, con la intención de impedir que los alemanes entraran en ella. Entonces se hizo fuego contra los judíos, prosigue el informe, "y varios centenares murieron en el lugar". Más adelante declara: "Las calles judías de la localidad han sido cerradas y se ha prohibido a los judíos tener cualquier trato con los campesinos de las cercanías, a quienes trato de persuadir de que les vendan leche, papas y repollo.

Finalmente, veamos una información más extensa, que recordará al lector los métodos que tenía Enver Pashá para "liquidar" armenios, según narra Werfel en "Los Cuarenta Días de Mussa Dagh":

Ginebra, 16 de enero.

En la noche del jueves 30 de noviembre, las autoridades nazis de Chelm ordenaron a todos los hombres judíos de 15 a 60 años de edad que se presentaran al día siguiente, 31 de noviembre, a las 8.30 de la mañana, en la plaza del mercado. Aparecieron unos dos mil judíos. Los rodearon la policía auxiliar nazi, la Guardia Negra y un pequeño destacamento de soldados armados con ametralladoras. Un oficial de la Gestapo pronunció entonces un breve discurso dirigido a los judíos, para informarles que, como los judíos eran los responsables de la guerra y todos los judíos eran enemigos mortales de Alemania, los judíos de Chelm habían sido condenados por las autoridades nazis a la privación de sus derechos civiles y a la expulsión de la localidad.

A las 12.30, los judíos, rodeados por tropas de asalto nazis y por soldados en camiones y motocicletas, fueron obligados a marchar desde la población por la carretera real en dirección a Hrubiliszow.

A unos pocos kilómetros de Chelm, cerca de un hospital militar situado en un bosque, la marcha se detuvo, y los nazis anunciaron que, como uno de los judíos había intentado escapar, se ejecutaría a otros veinte, y que por cada nuevo intento de esta especie serían cincuenta los ejecutados. Se escogió al azar a veinte judíos, y se les alejó de los demás.

Las autoridades nazis en Hrubiliszow dieron una or-

den similar a los judíos de la ciudad el viernes por la noche. A las 9.30 de la mañana siguiente se sumaron a ellos los judíos de Chelm.

Se calcula que en total había en este grupo 1.100 judíos de Chelm y 850 de Hrubiliszow. Antes de hacerseles emprender la marcha, se les advirtió que si alguno de ellos regresaba a su casa se le consideraría espía y se le ejecutaría. Los judíos fueron conducidos a través de campos, bosques y pantanos, desde Hrubiliszow hasta Mieniany, Cichoburze y Dolbyczow. Cada cinco minutos los nazis ordenaban, a quienes estaban cansados y no podían continuar, que se apartaran a un lado. Allí mismo se les fusilaba, y sus cadáveres quedaban sin sepultura en los campos. Durante toda esta horrible marcha no se dió a los judíos alimento ni bebida alguna, y quienes trataron de beber un poco de agua de las acequias fueron ejecutados.

Al llegar a Dolbyczow, los sobrevivientes fueron divididos en dos grupos: de unos quinientos el primero y de aproximadamente cuatrocientos el otro.

Desde Dolbyczow el grupo mayor fué hecho marchar en dirección a la localidad fronteriza de Sokal, y el otro grupo a la localidad fronteriza de Belzy. Estos últimos fueron más afortunados, pues los nazis ejecutaron apenas unos pocos entre ellos, en tanto que alrededor de 250 del grupo más numeroso fueron muertos por los nazis antes de llegar al puente del Río Bug que divide a la parte nazi de la soviética en la localidad de Sokal. Así pues, un total de más de mil trescientos judíos de Chelm y Hrubiliszow fueron asesinados por los nazis durante los cuatro días de marcha forzada hasta la frontera soviética.

Durante esos cuatro días sólo se dió a los judíos un pan por día, que debían dividir entre treinta hombres. Como promedio los nazis mataban a tiros a un judío cada cinco o diez minutos de la marcha. De vez en cuando se escuchaba a los nazis cambiar impresiones entre sí acerca del número de prisioneros que cada uno había matado. Se oyó que uno decía: "Yo he despachado ya setenta y cinco"; y esto provocó la respuesta: "Yo no he matado más que sesenta y tres."

Entre los judíos muertos había muchos padres e hijos

de la misma familia. El tenedor de libros del Banco Popular Judío, de Hrubilszow, Isaac Lewenfuss, de 55 años de edad, estaba completamente exhausto e incapacitado para continuar la marcha cuando apenas estaban a quince kilómetros de Hrubilszow. Cuando los nazis le ordenaron que se tendiera en el suelo, lo cual era la señal de su ejecución, su hijo Mendel, de veinte años, ofreció morir en su lugar, pero su ofrecimiento fué rehusado. Mendel declaró entonces: "Mátenme junto con mi padre, entonces". Un miembro de la tropa de asalto se limitó a decir: "¡Ah! ¿Se ofrece como voluntario para morir? Muy bien". Padre e hijos fueron ejecutados juntos.

Al informar sobre esta matanza, más o menos a mediados de diciembre, la agencia noticiosa oficial del Reich dijo: "Se reprimió con severidad un intento de rebelión judía en los distritos de Chelm y Hrubilsow".

Es inútil preguntar cuánto de esto ha visto el lector en la prensa diaria. Pero estos incidentes no son las consecuencias de un lejano terremoto o de un ciclón en las antípodas; no es "algo que, al fin y al cabo, no nos importa", desde el punto de vista de nuestro *sacro egoísmo*: son el resultado directo de la conquista de Polonia, el país por el cual los aliados asumieron solemne responsabilidad. En estas condiciones es imperdonable la confabulación del silencio.

Pero el rasgo peor de esta confabulación es la inevitable sugestión de que los aliados sienten timidez de reconocer a los judíos como compañeros en el sufrimiento. Hay, tanto en Inglaterra como en Francia, un bajo mundo moral que trata siempre de "llegar" al campo de los no derrotistas mediante el argumento de "una guerra judía". Es, quizá, un bajo mundo mucho mayor de lo que imaginan ciertas gentes; quizá tenga sus colonias en todas las clases de la sociedad; acaso no le indigne sino que le atraiga el tratamiento que los nazis dan a los judíos ("¡Así van a aprender!"). Tanto más urgente, si esto es cierto, es el deber de la sociedad decente de sumergir y aplastar ese bajo mundo. Pero la sociedad elude también, evidentemente, tal "pornografía". El resultado es que se niega al judío, al compañero de sufrimiento, hasta el último y más elemental de los privilegios de quien sufre: hacer que se registren sus pérdidas en una

perspectiva justa e imparcial, de modo que por lo menos pueda esperar, cuando llegue el día de la corrección general, de la restauración y la retribución, la presentación de sus reivindicaciones en términos de igualdad con los otros. La única explicación de la confabulación — sea ella instintiva o premeditada — que puede concebir la atónita víctima es que no se cree conveniente que se presente jamás la reivindicación judía.

*
* *
*

Es aún más perturbador el silencio con respecto a los judíos en todas o prácticamente todas las declaraciones de fines de guerra emitidas (al menos hasta febrero) por ciertos jefes británicos. Se perdonará al escritor que no mencione nombre: hacerlo podría ser injusto. No quiere el escritor tacharlos de crueles, porque probablemente se consideren auténticos benefactores de la infortunada raza judía, o al menos creen de verdad que le desean bien; es probable que repudiasen, con sincera indignación, toda sospecha de confabulación, e insistiesen en que la exigencia por la restauración de los derechos judíos fué omitida en sus declaraciones sobre fines de guerra solamente porque estas cosas van, evidentemente, sin decir, etcétera. (Talleyrand respondió una vez a un diplomático que utilizó el mismo argumento para no mencionar algún punto "menor" en un tratado: *Si cela va sans dire, cela ira mieux en le disant*: Si eso va sin decir, irá mejor diciéndolo).

Dos hombres prominentes, sin embargo, hemos de citar, porque al menos ellos no han olvidado mencionar a los judíos. Los dos son rotundamente liberales, y sus intenciones son incuestionablemente las mejores. Tanto más deprimentes serán las conclusiones que cualquier judío se verá obligado a extraer de sus afirmaciones.

Sir Walter Layton (en *Allied War Aims*) tiene la valentía de citar el comportamiento de Alemania en la cuestión judía como uno de los pecados que "han convertido a Alemania en una molestia internacional":

A menudo se ha argumentado en el pasado que no es cosa nuestra el sistema de gobierno o la filosofía polí-

tica que otro país decida adoptar. Los acontecimientos han demostrado que esto es apenas una verdad a medias. En los seis años de régimen nazi... la persecución de los judíos ha creado para los otros países un problema de refugiados en escala hasta ahora desconocida en la historia.

Los espíritus supercríticos, al ponderar esta acusación, podrían señalar que está algo estrechamente concebida: su formulación por Sir Walter Layton sugiere que si los nazis hubiesen seguido el ejemplo del Faraón y hubiesen impedido a sus víctimas escapar a "otros países", nada habría de que quejarse. Pero no es esto lo importante: lo principal es que toda la acusación, a juicio del autor liberal, no ofrece consecuencias dignas de mencionar. Cuando llega a exponer sus fines de guerra pide la restauración de una Polonia libre y una Checoslovaquia libre, un plebiscito libre en Austria, y pasos hacia una federación de estados centrales de Europa, con una "ciudadanía común" que "asegure ciertos derechos fundamentales, como la libertad de palabra, el derecho a no ser arrestado sin previo proceso, y la libertad de tránsito y de comercio dentro de la federación. La garantía de tales derechos contribuiría mucho a remediar las reivindicaciones de las minorías y a anular la desconfianza racial". Esto es todo lo que hay que decir.

La otra declaración fué hecha por Sir Archibald Sinclair, miembro del Parlamento. El 12 de octubre, en discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes, dijo:

Deseo hablar muy francamente a la Cámara de una de las dificultades con que se me ha presentado la gente acerca de nuestra situación actual. Suelen decirme: "Uno de nuestros fines de guerra es la destrucción del hitlerismo; otro es afirmar el derecho de las naciones a elegir su propia forma de gobierno. ¿No son opuestos esos dos fines? Si los alemanes quieren el hitlerismo, ¿tenemos derecho o poder para exigir su destrucción?" De seguro, la respuesta es que reconocemos el derecho de una nación a gobernarse a su manera, hasta elegir una dictadura si lo quiere. Quizá nos horroricen los resultados. Tal vez veamos que levantan sus feas cabezas los espectros de la persecución racial y religiosa. Acaso presenciemos el horror de la opresión, de la policía secreta y

de los campos de concentración. Tenemos el derecho y el deber de condenar esas manifestaciones de barbarie, pero no nos toca castigar a otro pueblo por su mal gobierno, o ir a la guerra en favor del pastor Niemoeller o los judíos alemanes. El pueblo alemán debe encontrar la manera de poner su casa en orden, y nosotros debemos reconocerle el derecho de gobernarse en su propio país.

Es justo señalar que casi todos los demás voceros — y precisamente los tímidos, los que eluden el tema judío — parecen, en general, más exigentes con respecto a los arreglos internos en Europa Central después de la victoria de los aliados. Se da por sentado que Alemania, Austria, Polonia y Checoslovaquia serán una vez más estados liberales y democráticos, y que habrá una Liga de las Naciones, reforzada, para cuidar el trato de las minorías. Pero por cuanto atañe a los judíos, esto no modifica apreciablemente el cuadro. La perspectiva es sumamente árida; parece ser un caso de "volvamos a lo de antes". Sir Archibald Sinclair merece agradecimiento por haber dicho lo único esencialmente significativo en una oleada de oratoria: que la supervisión real y permanente de los acontecimientos internos en un país soberano es impracticable por los órganos extranjeros; que, en otras palabras, la realidad de cualquier cláusula de un estatuto o un tratado, en cuanto a igualdad de derechos, dependerá a la postre, en Alemania, de la buena voluntad de los alemanes, y en Polonia de la buena voluntad de los polacos. Como Rumania y Hungría no están en guerra, no pueden ser mencionadas, pero la inferencia obvia es que en estos dos países tampoco puede hablarse de supervisión externa de la situación judía.

Esto afecta a unos cinco millones de judíos que viven todavía en la zona que durante veinte años ha sido teatro de la miseria judía, aguda pero crónica. Aparte de la oratoria política, lo que en realidad se les promete es la restauración del statu quo ante. El público en general, y probablemente muchos judíos, están muy lejos de comprender la desesperanza de esta perspectiva. Vale la pena examinarla más de cerca en los capítulos que siguen. El lector no debe protestar por su extensión. Acaso piense que el horror del statu quo es tan evidente que nadie ha de proponer su

restauración, aun en forma enmendada. Es un error, porque después de la guerra se hará un gran esfuerzo, tanto por Maquiavelos gentiles como por sus víctimas judías, para despistarnos de esta manera en nuestras exigencias nacionales. *La batalla principal acerca de los fines de guerra se librará en torno a la mentira de que el ghetto puede hacerse cómodo.*

CAPÍTULO III

EL ALIMENTO DEL MONSTRUO

EL propósito de este libro, es insistir en la demanda de que se incluya el problema judío entre los fines de guerra de las naciones aliadas.

Gentes responsables, es cierto, tienden a perder la paciencia cuando se pide que los fines de guerra de los aliados sean ampliados hasta que comprendan finalmente la corrección de todos los males imaginables. Objetan que el propósito adecuado de una nación en guerra — además de ganar la guerra — es anular los factores que han causado la guerra, y que no debe comprender casi nada más; y que los otros males, por urgentes que sean, deben ser resueltos por algún otro método.

Estas gentes responsables tienen perfecta razón. No obstante, si los factores causales de la guerra han de ser abolidos, la solución del problema judío tiene innegable derecho a un lugar prominente entre los propósitos auténticos y urgentes de la guerra.

Es muy conveniente que comprendamos que los muchos problemas de reconstrucción planteados en relación con la guerra caigan en dos categorías muy distintas: hay "fines de guerra" auténticos y hay lo que podría llamarse una "revisión" general. Se evitaría mucha confusión si se mantuviera cuidadosamente apartadas a las dos categorías. Un fin de guerra es algo por lo cual lucha real y evidentemente una nación, y si esa nación no logra tal fin como resultado de la guerra querrá decir que ha sido derrotada. Por ejem-

plo, si no se hace imposible la repetición de actos de violencia como la invasión de Polonia, los aliados habrán perdido la guerra; aplastar al régimen nazi es, por consiguiente, un fin de guerra. Pero tal propósito como — por ejemplo — la restauración del librecambio entre las naciones, por excelente que sea, no puede ser calificado de fin de guerra. Un tratado de paz firmado sin mencionar tal restauración se consideraría todavía satisfactorio.

Pero un tratado de paz no puede ser efectivo a menos que deshaga los obstáculos que se oponen a una reconstrucción efectiva; a menos que extirpe las úlceras malignas que impedirían una mejora verdadera.

Una úlcera así es la tragedia judía de Europa central y oriental. Es imposible imaginar hasta un comienzo de restauración universal a menos que se evite eso. Esta operación es un fin de guerra en el más amplio sentido del término.

*
* *
*

Claro está que la tragedia judía no es el microbio que ha causado esta guerra. Es solamente el cultivo en que el microbio creció hasta la madurez.

Los misterios de la psicología de la masa, cuando el autor y el lector son legos, pueden explicarse mejor, o al menos aclararse, por la metáfora y la analogía; y ningún escritor que quiera decir algo ha de tener escrúpulos para confundir sus metáforas. Hay varias que contribuirán a ilustrar el papel orgánico de la caza del judío en el crecimiento y progreso de la enfermedad de la guerra. Puede compararse al papel de una especia o salsa que permite a las masas tragar una especie de veneno que sin ella sería demasiado corrosivo; o al de un lubricante que apresura la caída de una carga que de otra manera podría atascarse; o al de las astillas que enciende una ama de casa para que puedan prenderse los grandes troncos o los trozos de carbón en su enorme chimenea. Tal vez nos resulte conveniente utilizar todas estas metáforas, y otras más, aunque ninguna de ellas cuadra exactamente al caso. Al fin y al cabo, la comida *puede* tragarse sin la salsa o la especia; una carga *puede* ser empujada para que caiga sin el lubricante, etcétera; pero el

nazismo jamás habría asumido sus actuales proporciones sin la ayuda del antisemitismo. "El campo de cultivo para el microbio" es quizá el símil más adecuado de todos.

El hombre de la calle no tendrá quizá conciencia de esta íntima conexión entre las formas más agudas del antisemitismo y el peligro de guerra. Hasta creerá tal vez que es una monstruosa exageración sugerir que la caza del judío en Alemania nazi, por objetable que fuese, ha sido en alguna forma la causa, digamos, de que no se escuchara la advertencia anglo-francesa acerca de Polonia, que fué el motivo directo del conflicto. El hombre de la calle, posiblemente, rechazará tal sugestión como síntoma de megalomanía: "Estos judíos imaginan que todo, hasta el tiempo y el clima y los terremotos, depende de lo que les sucede a ellos. Es claro que el programa y la práctica nazis, además de la codicia de dominio mundial y el culto de la violencia, incluye la persecución de los judíos, pero esto último es apenas un fenómeno concomitante, no la esencia del hecho. El nazismo habría sido igualmente peligroso si no hubiese habido judíos sobre la tierra".

Se equivocan de medio a medio. Para los movimientos destructivos del tipo nazi, el antisemitismo es decididamente más que un fenómeno concomitante; y el nacional-socialismo no habría logrado jamás, probablemente, sus rápidas y amplias victorias, si no hubiese montado el corcel del antisemitismo.

Todos saben que en la propaganda la atracción del amor es lenta y pesada en comparación con la atracción del odio. El odio es la salsa picante que acelera el proceso de tragar y digerir ideas y política. Y la "salsa" puede ser plenamente efectiva sólo si el objeto del odio está cercano, es familiar para todos, y se le puede atacar con facilidad y seguridad. Si la propaganda nazi se hubiera reducido desde el principio a predicar la rebelión contra los términos de paz de Versalles y la maldad de los ingleses o los franceses o los americanos, su atractivo teórico habría sido poderoso todavía, quizá, pero su progreso real entre las masas habría sido tan gradual que es dudoso que hubiese reunido jamás energías suficientes para una explosión. Un Tratado de Versalles no es un objeto tangible para el odio real y palpable; las emociones de las masas no pueden ser agitadas por un

objeto que sólo es posible ver en la biblioteca pública. Por otra parte, el odio a los ingleses o los americanos o los franceses es una tortura para quien odia, mientras no se atreva a expresar ese odio con hechos, o es una empresa muy peligrosa, si trata de traducir prematuramente ese odio en acción. Sólo hay un objeto ideal para el adiestramiento en masa del odio colectivo, y es el judío. Está en todas partes, al alcance de todos; puede señalársele en cualquier esquina callejera; y puede ser insultado o atacado con apenas un mínimo de riesgo, o sin riesgo alguno. Propugnar un movimiento del tipo nazi sin el uso diario de blancos judíos sería como realizar una función de teatro sin ensayos.

El mundo fuera de Alemania no comprende hasta qué grado el movimiento nazi ha dependido, en sus veinte años de existencia, del odio al judío, para tener vitalidad y poder. Teóricamente podría haberse compuesto un evangelio completo del nacional-socialismo alemán sin referencia alguna a los judíos: rearme, la militarización del distrito del Rin, la restauración de las colonias, el Anschluss de Austria, y la anexión del Sudete (para no hablar del infantil plan de reforma social imaginado en 1923 por Feder, incorporado al programa "inamovible" del partido, y abandonado algo más tarde). Todos estos fines podrían haber sido predicados con igual energía si sus autores no hubiesen pensado jamás en Israel y Judea. Pero sintieron, evidentemente, desde el comienzo mismo, que ninguno de estos fines cuajaría debidamente entre las masas a menos que estuviese debidamente sazonado. De manera que no se ofreció una sola cucharada de este filtro de brujas sin la especia del antisemitismo.

Sólo los tontos tratarán de explicar todo esto con el término "manía". Con pocas excepciones, los jefes nazis son tan cuerdos como cualesquiera otros jefes de gobierno o de partido en un país cualquiera. Tampoco se lo explica con el "sadismo"; ni con ningún otro impulso anormal arraigado en el mórbido subconsciente de los hombres, pues casi todos ellos, privados de su pintura de guerra y examinados a la luz ordinaria de la realidad cotidiana, aparecerían probablemente como seres humanos comunes. Algunos de estos jefes han confesado, según informaciones acreditadas, que estaban "hartos" de la necesidad de hablar siempre de ju-

díos, judíos, judíos. No se hace así por placer: se hace así por necesidad. Sabían que su propaganda no sería aceptada con suficiente rapidez y amplitud sin la salsa picante. Sólo gracias a la salsa ha obtenido tan amplia y rápida aceptación. La palabra *sólo* se utiliza a propósito a fin de destacar el hecho de que la caza del judío no es un ingrediente esencial de la propaganda nazi, es sencillamente el lubricante sin el cual la comida indigesta no habría podido pasar tan sin tropiezos.

Todo esto no es nada nuevo; al menos, no lo es para los judíos. Ya alrededor de 1880, después de un pogrom en Ucrania, un partido socialista ruso publicó un manifiesto que trataba de confortar a todos los amigos de la libertad con el argumento de que un pogrom antijudío no era, al fin de cuentas, cosa tan mala, pues se trataba más bien de un ensayo; los mujiks, se explicaba, habían comenzado solamente con el ataque a los judíos; seguirían después con la matanza de la policía y terminarían aplastando a la autocracia. Años más tarde, también en Rusia, fué un revolucionario judío quien pronunció la fórmula a menudo citada: "La sangre judía es lo mejor para aceitar las ruedas del progreso".

El buen éxito del experimento nazi ha resultado instructivo. Ahora, a la luz de la presente conflagración, toda la historia de la última década parece una vasta operación de preparativos en que las diversas naciones han ido moviéndose gradualmente hacia uno u otro de los dos grandes campos en vísperas de chocar. Y es curioso y significativo que cada vez que una de esas naciones ha pensado en unirse a los enemigos del bloque occidental (aun en un momento de vacilación, pronto abandonado) ha comenzado invariablemente solicitando la admisión de la misma manera: mediante la administración a su pueblo de una dosis de la "salsa judía". Este fué el significado del intermedio de Goga en Rumania: por un momento, a fines de 1937, los círculos dirigentes de ese país estaban a punto de adoptar la orientación antioccidental: y el primer síntoma visible de esto fué la aplicación del acostumbrado lubricante, por medio de un gabinete violentamente antisemita y una andanada de legislación antijudía. Unas semanas más tarde se pensó que era indeseable la orientación antioccidental; se despidió a Goga

y se aplastó su legislación. Si recordamos este brevísimo incidente es sólo para señalar su moraleja, que es evidente y que no debe olvidarse.

En cuanto al análogo comportamiento de Italia, fué aún más llamativo que el episodio rumano. En Rumania había habido siempre tendencias antisemitas en todas las clases de la población, altas, medias y bajas; de manera que había por lo menos algo para que jugaran sobre seguro. ¿Pero, en Italia? No basta decir que su pueblo, durante medio siglo por lo menos, había olvidado auténticamente la presunta necesidad de discriminar contra un judío; habían perdido todo interés en la cuestión de quién es judío y quién no. Sin embargo, cuando llegó el momento de inclinar al país hacia cierta orientación, se sintió inmediatamente, en cierta forma misteriosa, que no se podía seguir el nuevo camino sin una dosis del acostumbrado lubricante. Pero en este caso el lubricante se aplicó con poco entusiasmo, con evidente desgano, y muchas disculpas: como algo que un hombre admite hacer contra su corazón y sólo porque debe hacerlo: porque, para esta especie de tarea, es indispensable el mágico lubricante.

*
* *
*

El autor no es un historiador ni un sociólogo, no pretende explicar precisamente por qué ha de ser indispensable este lubricante del antisemitismo. Como otros, el autor se ha preguntado a veces esto mismo. Se han librado guerras innumerables en el pasado, pero nunca se ha creído necesario preparar estas guerras haciendo hincapié en la cuestión judía. ¿Por qué es necesario hacerlo ahora?

Una explicación es quizá casi confortante: es porque el mundo, al fin de cuentas, va progresando. El mundo ha progresado, a pesar de todo nuestro escepticismo. Las masas ya no pueden ser enviadas a la muerte sencillamente por una orden; en estos días necesitan alguna especie de "religión" para morir por ella. Acaso han dicho la verdad los observadores de la guerra civil española que afirmaron que la diferencia de programa, o el choque de verdaderos intereses, entre Burgos y Madrid, fué infinitesimalmente pe-

queña: no era tanto una lucha por cuestiones tangibles como pura y sencillamente una guerra de religión.

Pero una religión que cuadre a la pretensión alemana de dominio mundial debe ser una fe formidable. Las poblaciones que hablan dialectos germanos y ocupan territorios contiguos en Europa llegan casi a los noventa millones, contra cuarenta o cuarenta y cinco millones de británicos, franceses o italianos. Hay una inherente sugestión de supremacía en las cifras mismas: una sugestión no de predominio o influencia solamente, sino de verdadero sojuzgamiento, de un poder como el que podría esgrimir el amo sobre sus esclavos. La tentación a sucumbir a tal sugestión sólo puede contenerse por alguna poderosa disciplina espiritual: por la combinación de tradiciones complejas — éticas, filosóficas, religiosas, culturales, democrática — que llamamos civilización, y cuya meta es el progreso. Todo esto hubo que anular antes de que una nación con una literatura como la alemana pudiera ser obligada a atrasar el reloj unos mil años; pudiera ser inducida a aceptar un credo tan primitivo y cínico como éste: "Los alemanes somos lo mejor de la tierra; la tierra de nuestros vecinos es nuestro espacio vital; el valor humano de esos vecinos sólo puede ser reconocido en cuanto nos es útil; podemos imponer trabajos forzados a sus hombres y sus mujeres físicamente aptos; podemos expulsarlos de sus ciudades y aldeas para hacer lugar para los alemanes. Tal acción será justa y adecuada, y toda oposición a ella será criminal, y los medios a emplearse para suprimir tal oposición no deben ser pesados en una balanza de la ética, sino solamente en la balanza de la eficiencia".

No podemos negar, claro está, que se demostró una mentalidad similar en conquistas primitivas — como las que describe el Antiguo Testamento, y también miles de años más tarde, en la política colonial europea, desde los días de Colón, y aun hasta hace un par de generaciones. Ocioso sería defender a nuestros antepasados, pedir disculpas por los pecados de Colón, o justificar la barbarie de Cortés. Tales ejemplos del pasado no tienen relación con nuestro tema, porque en tiempos antiguos la mente de la masa humana era todavía tan capaz de recaer en la bestialidad que no había necesidad de prevenir la bestialidad con una profunda revolución moral. Pero el último siglo ha hecho lle-

gar esos conceptos de la humanidad y de la igualdad a la mente de millones y millones de hombres; y para borrar esos conceptos, para despejar el terreno a fin de que regrese la bestia, se necesita un formidable esfuerzo.

Y no solamente un formidable esfuerzo, sino una cantidad formidable de entrenamiento, de preparación mediante el ensayo, y la fácil experimentación in corpore vili. El bruto adormecido en el alma alemana parece haber estado invernado muy cerca de la superficie, pero aun así hubo que adiestrarlo en la bestialidad y la crueldad mediante una disciplina gradual. Como la deidad de Voltaire, si no hubiesen existido los judíos habría habido que inventarlos.

Nuestros estadistas occidentales serían culpables de premeditada ceguera si no pararan mientes en la verdad histórica de esta afirmación. Cuando los nazis allende las fronteras, o sus secuaces en Gran Bretaña y Francia, gritan o susurran que es ésta una guerra judía tienen perfecta razón: *el microbio de la guerra habría muerto si no se le hubiese permitido prosperar en el cultivo de la tragedia judía.*

CAPÍTULO IV

EL "ANTISEMITISMO DEL HOMBRE"

HAY dos fuerzas distintas en acción dentro del fenómeno general llamado antisemitismo: uno es una repulsión subjetiva, suficientemente fuerte y perdurable como para ser cualquier cosa, desde pasatiempo hasta religión; la otra es un estado de cosas objetivo que tiende a decretar el ostracismo del judío, casi con independencia de que sus vecinos lo quieran o no. Llamaremos "antisemitismo de los hombres" a la primera categoría, y "antisemitismo de las cosas" a la segunda. Para un estudio de lo primero, el mejor campo de observación es Alemania; de lo segundo, Polonia. En el presente capítulo trataremos de Alemania.

En el momento en que esto escribe el autor, se supone que hay unos doscientos mil judíos en la Alemania de las fronteras de Versalles, cien mil en Austria, cien mil en Bohemia y Moravia, ciento treinta mil en Eslovaquia y dos millones en las partes de Polonia ocupadas por los nazis. Estas cifras son sobre todo fruto de cálculo más que de bases fidedignas; además, han de verse considerablemente afectadas por las transferencias de poblaciones efectuadas por el gobierno nazi: algunas cumplidas ya y otras planeadas para un futuro cercano. Finalmente, hay quienes "esperan" que una considerable proporción de estos judíos morirá antes de que termine la guerra, de manera que el problema que afrontarán los gestores de la reconstrucción futura será apreciablemente facilitado. No obstante, ha de presentar, aún así, un problema formidable.

El autor asume el axioma de que la guerra no puede terminar sin la liquidación del régimen nazi. Su caída será seguida probablemente por la restauración de la soberanía de todos o casi todos los territorios anexados y por el establecimiento por doquier de constituciones tan liberales y democráticas como sea posible, de acuerdo con los mejores consejos aliados o americanos. Y, finalmente, la creación de algo así como una nueva y muy mejorada edición de la Liga de las Naciones es algo que debe esperarse. Sería inútil tratar ahora de adivinar los detalles, aun los detalles más amplios y esenciales, de ese futuro; pero la perspectiva política final puede ser descrita como esencialmente optimista, y el autor cree firmemente en su realidad.

Además, cree que todos esos pueblos oprimidos, restaurados a la seguridad y la cordura, tratarán honestamente de dedicarse a una sobria reconstrucción. Cree que alentarán un sentimiento de odio a la guerra; espera que, al menos por una generación, descartarán toda idea de una venganza armada; espera que presten un aporte mucho más activo a la nueva Liga de Naciones, o la Federación Europea, o como se llame el nuevo organismo, que la prestada jamás a la Liga de Ginebra. Es cierto que hay un punto no muy claro todavía, aun para quien cree y está lleno de confianza, y es el de cómo resolverán las naciones todas las espinosas cuestiones de provincias étnicamente mezcladas, de manera que se satisfaga a todos y se anule el irredentismo; pero tan ferviente es su deseo de creer que prefiere no pensar en las espinas. Todo, en suma, se ajustará con el tiempo, con mucho trabajo, pero sin nuevos desastres. Algunos considerarán absurdo este optimismo: pero el autor niega esto; sus más entusiastas esperanzas son en verdad realistas, sobria y moderadamente realistas. *Credo, quia non absurdum.*

Hay, empero, un aspecto de tal optimismo que hasta el más entusiasta debe descartar del todo: la creencia de que el cáncer del antisemitismo puede curarse por medios tales como las constituciones liberales y la supervisión de la Liga. Sin duda, todas las cláusulas adecuadas serán incluidas en esas constituciones y en el nuevo Pacto de la Liga, para asegurar la inviolabilidad de la igualdad de derechos para todos. Pero la ejecución de esas constituciones tendrá que

dejarse, en cada país, en manos de los gobiernos nacionales; y los métodos electorales democráticos asegurarán que esos gobiernos sean representativos como sea posible de la verdadera actitud de las masas. Por consiguiente, de la actitud de las masas dependerá la aplicación real de toda cláusula relativa a la igualdad de derechos, en lo que atañe a los derechos de los judíos. Es diferente el caso de las demás minorías: viven casi siempre en grupos territoriales estrechos, en distritos o aún cantones, y en cierto modo pueden cuidar de sí mismos. Los judíos viven dispersos en ciudades y aldeas predominantemente gentiles: a cada paso, en la calle o en la vida pública o privada, están expuestos al impacto de la buena o mala voluntad de la mayoría local. Pretender que en esas condiciones puede asegurarse algún resultado esencial sería infantil. *Non credo quia absurdum.*

Este aspecto de la cuestión será apreciado mejor, si el lector recuerda que el principio de la igualdad de derechos para los judíos, hasta en Europa centro-oriental no es cosa nueva. Por el contrario, en casi todos esos estados el reconocimiento legal de este principio es tan viejo como el mismo estado. Sólo Austria-Hungría es más vieja que su ley de igualdad judía, que fué inscripta en su estatuto en 1867. Cuando se creó el Imperio Alemán en 1871, su constitución imperial estableció la igualdad para todos, cualquiera fuese su credo u origen. Cuando el Tratado de Berlín (1878) delimitó definitivamente las fronteras de Rumania, Serbia y Bulgaria, en el mismo tratado se garantizó que todos esos países concederían iguales derechos a todos sus ciudadanos. Cuando los tratados de paz de 1919 crearon Polonia, Checoslovaquia y los Estados del Báltico, se insertaron solemnemente unas cláusulas especiales de minoría, para asegurar la igualdad, y la Liga de las Naciones debía supervisar y garantizar su ejecución. Sería tedioso repetir una vez más cómo no se aplicaron todas esas cláusulas; el único hecho que quizá no se conozca en todas partes es que la Rumania de preguerra, que jamás tomó en serio la cláusula de la igualdad, y trató abiertamente a sus judíos como extranjeros, jamás tuvo dificultades por esa razón con ninguno de los signatarios del Tratado de Berlín: entre ellos Gran Bretaña y Francia.

*
* *
*

Aunque parezca extraño, la formidable historia pasada del antisemitismo alemán parece hundirse rápidamente en el olvido. En los países democráticos se está creando un mito en el sentido de que el mal se originó con el advenimiento de una persona llamada Adolf Hitler, que nació en 1888, de manera que si se le quita del escenario el mal desaparecerá. Pero la verdad es que Hitler tiene tanto que ver con el origen de este mal como Napoleón con la invención de la pólvora. Napoleón no inventó la pólvora; sólo la utilizó en forma magnífica; y cuando hubo desaparecido surgieron otros que le superaron.

Alemania — y a este respecto Austria estaba unida a ella mucho antes del Anschluss — ha sido siempre el taller principal del antisemitismo moderno. Allí, y no en otra parte, se hizo el descubrimiento, y se proclamó el principio, de que la objeción al judío no es religiosa sino racial, y que hay que perseguirle aunque esté bautizado. Allí, y no en otra parte, se sublimó el antisemitismo hasta el grado de una filosofía científica. En ninguna nación como en Alemania se ajustó abiertamente el odio al judío como un modo de pensar por tantos hombres en verdad prominentes, algunos de ellos verdaderas eminencias en los diversos aspectos de la cultura espiritual: Schopenhauer, Feuerbach, Dühring, Tneitschke. Houston Stewart Chamberlain, para lograr éxito en el antisemitismo, tuvo que instalarse en Alemania. También en Alemania, y en ninguna otra parte, se modernizó y perfeccionó el aspecto práctico del antisemitismo: lo que había sido una mera tendencia a disturbios callejeros aislados se promovió, por iniciativa alemana, a sistema político. Stoecker y Ahlward fundaron el movimiento en Berlín, llevando al Reichstag, alrededor de 1893, el primer grupo de diputados elegidos solemnemente (y muy democráticamente) como Antisemitische Partei; y en Viena, dos años más tarde, Lueger conquistó triunfalmente la Municipalidad de Viena con una plataforma cuyo punto principal, o más bien el único, era el odio al judío; fué elegido burgomaestre entre escenas del más vivo entusiasmo de las masas, y conservó su banca durante décadas. Tales

cosas ocurrían tres cuartos de siglo antes de que se pensara siquiera en el Partido Nazi.

Es una tontería pretender que los alemanes manifiestan el antisemitismo sólo por orden superior, de manera que cuando se anule la orden por la liquidación del nazismo se olvidarán del antisemitismo. Los alemanes del extranjero, que no corren peligro si deciden desobedecer las órdenes de Berlín, han demostrado amplia y repetidamente que el nazismo puede conquistarlos por sus poderes de fascinación y no por el temor a la Gestapo. La prueba más clara de esto es el plebiscito del Sarre, hecho en 1935 bajo condiciones democráticas ideales, en que la policía británica aseguraba la más plena libertad de propaganda, de conciencia y de derechos electorales: de los 525.000 votos válidos, 477.000 fueron por la incorporación a Alemania nazi. Más significativas aún son quizá las proporciones de alemanes en Italia, Latvia y Estonia que han aceptado el reclamo de que regresaran al Reich: aunque eran autóctonos casi, descendientes de conquistadores y colonos llegados siglos atrás, abandonaron sus hogares a menudo muy cómodos y sus posiciones respetables en la sociedad, por el placer de respirar la atmósfera nazi. Y para rematarlo, está la historia del deleite franco y ruidoso desplegado por todas las clases de Viena, en las primeras semanas consecutivas al Anschluss, cuando se ordenaba a "damas judías con tapados de pieles" que fregarán las aceras, y las madres alzaban a sus hijos sobre las cabezas de la multitud para que no perdieran el bello espectáculo. Es claro que debe haber una orden que desate al bruto íntimo; pero el punto principal es la presencia del bruto; y ¡qué bruto más múltiple!

El antisemitismo es tradicional y orgánicamente endémico; no solamente en Alemania, a buen seguro, pero en ningún país más que en Alemania. También aquí, porque no es sociólogo ni estudiante de psicología, el autor se cuidará de intentar una explicación del fenómeno: pero solamente un tonto o un embustero lo negaría.

La caída del nazismo no puede dar un remedio esencial a esta enfermedad endémica. Es claro que hay que tener suficiente realismo para admitir lo que se llama oscilación del péndulo: cuando Hitler desaparezca puede haber alguna

especie de carrera popular para expiar la orgía antisemita, en parte por razones oportunistas, pero en parte, también sin duda por una auténtica náusea frente a las formas inhumanas, bestiales, que ha asumido la persecución. Además, existirán las cláusulas de igualdad en el tratado de paz y las nuevas constituciones. Y, aun más, no hay la menor duda de que muchos judíos que se vieron obligados a salir de Alemania después de 1933 estarán ansiosos por regresar entonces y dispuestos a olvidar y perdonar: algunos a causa de su desalentadora experiencia en el destierro, algunos por auténtico apego a la tierra y la civilización alemanas. Admitimos todo esto. Pero todos los optimistas superficiales deben ser advertidos que el resultado de esta marea será — casi inmediatamente, quizá a las pocas semanas del nuevo edicto de Nantes que habrá inaugurado una nueva era — una venenosa reproducción del mal incurable.

Se estremece uno al pensar en lo venenosa que puede ser. Aparte de idiosincrasias raciales, el puro interés material constituirá una carga formidable de alto explosivo. El valor de la propiedad judía en Alemania que, en una u otra forma, ha pasado a manos alemanas, está en las cercanías de los 25 mil millones de marcos. Según un cálculo prudente, desde 1933 en Alemania y desde 1938 en Austria más de 300.000 judíos de todas clases han sido afectados en sus empleos o profesiones por el régimen nazi; casi todos ellos (y la proporción aumenta constantemente) han sido del todo privados de su empleo o profesión, y una minoría en disminución se aferra todavía a alguna especie de trabajo. Todo lo que han perdido ha sido tomado por los "arios". Ese "todo" comprende miles y miles de cargos comerciales e industriales, desde el de director al de mecánico, empleados de tiendas, miles de posiciones profesionales, desde médico hasta periodista, y hay que agregar que una proporción comparativamente grande de empleados civiles, desde maestros de escuela hasta jueces y jefes de policía, eran judíos. Éstos eran los puestos ocupados por la clase media, la inteligencia, la alta burguesía: es decir, por la capa más conspicua, más destacada y más sensitiva de la sociedad moderna. Para los miembros de estas clases el retorno de los judíos significaría una vasta afluencia de competidores sumamente peligrosos, en muchos casos más

calificados que los usurpadores, y en términos generales se verían frente a la alternativa de "reconquistar o morir de hambre". En todos los casos tendrían moralmente el derecho a corregir un agravio admitido, una injusticia intolerable.

Puede imaginarse qué acogida tendrían. No pretendo predecir cuán rápidamente se elevaría al grado de la persecución directa o cómo se disfrazaría la negativa de hecho de la igualdad de derechos para adecuarla a la constitución y el tratado de paz; pero debe recordarse que según una constitución democrática los parlamentos y los gobiernos han de verse poderosamente influídos primero por la idiosincrasia económica de que he hablado y, segundo, por la amenaza de la competencia, más desesperada que nunca. No hay que dejarse engañar tampoco por el agradable recuerdo de que en los buenos tiempos de Bismarck y de Guillermo el Último, los principios del antisemitismo fueron puestos en práctica sin ninguna brutalidad, sino con moderación; de manera que el nuevo régimen postbélico, bajo el cual toda la brutalidad será estrictamente prohibida por un protocolo, puede a la postre resultar "no tan malo", o al menos no tan malo para los judíos que, al fin de cuentas, no deben olvidar que no toca a ellos escoger... El recuerdo no viene al caso: en el intervalo el bruto ha sido puesto en libertad y ha probado la sangre.

Para hacer aún más clara la perspectiva, puede pedirse al lector, si se supone que es cristiano, que olvide que los mendigos no pueden escoger lo que se les da, y que imagine que se ofrezca una perspectiva similar, no ya a nosotros, sino a él y a los demás gentiles: la perspectiva de vivir a la merced de una mayoría de noventa y nueve a uno, instruida durante muchas generaciones a fin de que aborrezca a los gentiles, bajo la única protección de unos párrafos de papel y la supervisión de Ginebra, o lo que reemplaza a Ginebra; y que trabaje por la victoria aliada con celo inquebrantable, aunque todo lo que ella le prometa sea esa única perspectiva.

CAPÍTULO V

EL "ANTISEMITISMO DE LAS COSAS"

EL COTO DE CAZA

ALEMANIA era el campo de pastoreo favorito del monstruo de la guerra, rico en el sabroso forraje que más le gusta. Polonia era su codiciado coto de caza, aun más indefenso y más tentador para el monstruo, pues la misma hierba crecía con más vigor en su suelo.

El papel de Polonia en la prehistoria "judía" de la guerra es un drama en sí mismo, al que se referirán los capítulos posteriores; aquí el autor sólo desea señalar la extraña y trágica cualidad de su papel histórico durante estos veinte años de su renovada existencia. Ha sido éste un período en el cual se incubaba la nueva guerra mundial; durante el cual su gobierno trató por muchos medios de impedir la guerra; y sin embargo, después de la misma Alemania, Polonia era considerada, objetivamente, el terreno principal en que se criaba el microbio de la guerra.

Se cuenta una entrevista del extinto mariscal Pilsudski con un importante emisario francés, poco después de haber tomado el poder los nazis en Berlín. El francés trataba de persuadirle de que se uniera a Francia e Inglaterra (además de Rusia Soviética, claro está), contra Alemania. Pilsudski llevó a su huésped a un gran mapa mural, donde se veía a Polonia apretada entre Rusia y Alemania. "Si estos dos chocan algún día — dijo — todas sus batallas se librarán



en nuestro suelo. Ahora, imagínese que este suelo fuese Francia, no Polonia, y dígame cuál sería la política francesa".

Desde el momento de la toma del poder por Pilsudski en 1926, y quizá aun antes, la política de la República Polaca era dictada por esa meta principal: nada de guerra en suelo polaco. Y esto, o al menos así parecía entonces, era igual que decir "nada de guerra". De todas las naciones intensa e inherentemente pacíficas, Polonia era probablemente la que con más autenticidad ansiaba la paz mundial; no por lo que se entiende en general como pacifismo sino por algo mucho más efectivo que el pacifismo: es decir, el propio interés, evidente e inequívoco.

Al mismo tiempo, todo el cerco centro-oriental de Europa, desde Riga en el Báltico hasta Constanza en el Mar Negro, estaba a la vera de la más perniciosa especie de fiebre social: y el principal foco de infección, desde el cual se propagó al Norte y al Sur, era Polonia. Era, naturalmente, el mismo mal de siempre: la fiebre del antisemitismo.

Su origen estaba en el hecho estadístico de que los judíos constituían el 10 por ciento de la población total de Polonia, y aproximadamente una tercera parte de su población urbana. Este hecho ineludible viciaba y pervertía todo valor cívico. La "democracia" en este ambiente significaba que en las municipalidades de Varsovia, Cracovia, Lodz y todas las demás ciudades importantes los polacos tendrían que compartir el dominio casi en términos iguales con los judíos: eso era lo que significa, o así lo pensaba la gente. La "igualdad de derechos", en este ambiente, significaba que en todas las ramas de la economía que exigen un poco de cultura el judío, urbanizado de mucho tiempo antes, alcanzaría y vencería a su competidor polaco, hijo o nieto de campesinos más o menos torpes: o así lo creía la gente. Es inútil hablar de la belleza moral del juego limpio: el hecho desnudo es que en Polonia los celos y los temores de los polacos por los judíos emponzoñaban la atmósfera misma de su vida pública. Veremos en otros capítulos cuán cierto es que en algunos países el factor decisivo no es el antisemitismo de los hombres sino el antise-

mitismo de las cosas. Y aquí tenemos un primer atisbo de este antisemitismo de los hechos.

El resultado de este hecho estadístico fué que durante veinte años Polonia estuvo siempre al borde de la convulsión interna. No quiero sugerir que la cuestión judía era el único punto doloroso; había otras preocupaciones, acaso más graves, como por ejemplo el problema ucraniano. Pero ni ésta ni ninguna otra dificultad de origen "gentil" posee la peculiaridad especial y maldita del antisemitismo: su inflexible vitalidad, su poder de acumular toxinas sociales. Era algo así como un mal resfrío crónico de cabeza, no una enfermedad grave de por sí, sino una invitación constante a otras clases de enfermedades. Las luchas partidistas en ese "clima patológico" se convertían en odio criminal; la crítica degeneraba en calumnia; la temperatura y el temperamento de toda la vida pública eran, como dice el proverbio, los de un oso con dolor de cabeza.

Y esta Polonia era, por su tamaño y su población y su prestigio, la roca central de Europa centro-oriental. Si Dios o el destino le hubieran dado una probabilidad de desarrollarse en calma, firmemente, su influencia habría estabilizado toda aquella zona, y la habría convertido en una verdadera "Tercera Europa", una fuerza cohesa, capaz de dar más sobriedad a los vecinos alemanes, pese a su fuerza numérica (porque Europa centro-oriental tiene una población total no muy inferior a cien millones). Según marcharon las cosas, el constante estado febril de Polonia actuó como una permanente provocación para sus vecinos.

La conclusión es clara: ninguna restauración, en Europa central o centro-oriental, contribuirá jamás a una paz duradera a menos que se extirpe la úlcera del antisemitismo. Entre los factores cuya interacción ha producido esta guerra, el mal judío era omnipresente. *La guerra habrá sido librada en vano, la victoria será peor que una mentira, si se deja en la tierra esa simiente para que envenene el futuro.*

CAPÍTULO VI

EL ANTISEMITISMO DE "HOMBRES" Y "COSAS"

ALGUNOS lectores judíos considerarán que estos capítulos son bondadosos con los diversos gobiernos polacos que fueron sucediéndose de 1920 a 1939, y que, entre ellos, deben ser tenidos por responsables de la progresiva degradación económica del judaísmo de Polonia, la sistemática falsificación de su igualdad legal, garantizada bajo el Tratado de Versalles y la constitución polaca, y muchos establecidos, frecuentes e incontenidos, de violencia brutal. La acusación será justificada; pero el autor tiene aquí la ponderada intención de pasar sobre la culpa de los seres humanos a fin de examinar algo que es mucho más importante: la realidad objetiva, cuya tendencia, en la zona central de Europa, es inherente y orgánicamente hostil a una minoría dispersa. La política de los gobiernos puede afectar a esa tendencia sólo hasta cierto punto; o quizá sería más exacto decir que cualquier gobierno tiene en su poder los medios de *aumentar* los males causados por esta tendencia, hasta el límite de la resistencia humana, o aun más allá, pero puede hacer muy poco por suavizar o disminuir la inevitable presión, y no tiene poder alguno para destruirla.

Es desgraciadamente exacto que algunos de esos gobiernos polacos, especialmente en el período precedente al golpe de estado de Pilsudski, hicieron mucho por agravar la presión; y ninguno de ellos, ni siquiera el menor, puede sostener que cumplió su deber, o la mínima fracción de su deber, con miras a aliviar la situación. Nada sería más

fácil que denunciarlos con la acerbidad que merecen, ahora que están todos derrotados y aplastados. Un capítulo de tales censuras podría dar una buena suma de tardía satisfacción a la indignación reprimida y agravada durante tan largo tiempo. Pero el autor confiesa que no sería satisfacción alguna para él. Prefiere adherirse a su línea de indagación, ya escogida, que no considera los pecados de los hombres sino las tendencias de un proceso social elemental.

Esos hombres, ministros y funcionarios, escritores y sacerdotes, fueron a menudo imperdonablemente culpables; y una larga huella de lágrimas judías, mezcladas a veces con algo más salado que las lágrimas, lleva hasta sus puertas. Si hay justicia allende esta vida pagarán el precio de sus pecados; si se escribe la historia con plumas honestas, serán condenados. Pero el propósito de este libro es forzar a judíos y gentiles a la vez a comprender que la maldición fundamental de la existencia judía en la zona central de miseria se debe a algo infinitamente más hondo que la política o los idearios o la propaganda, sea anti o pro: y no quiere distraer la atención de sus lectores en la dirección de una emoción fácil y barata, cuando debe concentrarse, con necesaria severidad, en la tragedia esencial e irremediable.

El ghetto de Europa centro-oriental estaba condenado de antaño. Ningún gobierno, ningún régimen, ningún ángel o diablo podría haberlo transformado en algo que se pareciera, aunque fuese remotamente, a una patria normal. Ahora es absolutamente imposible darle tal carácter, a menos que las proporciones numéricas y étnicas sufran un cambio radical.

Algunas personas son tan sensitivas en este tema que consideran una deslealtad a la causa de la emancipación judía la presentación de hechos para aducir que la igualdad legal, por sí sola, es del todo insuficiente para asegurar a los judíos aunque sea un mínimo de existencia normal, y menos aun en Europa centro-oriental. Uno recuerda que la misma especie de prurito político existía en Rusia zarista: los liberales rusos estaban tan enamorados de la "constitución" y el "parlamento", que tomaban como traición política toda alusión a que la vida en un país que era estrictamente constitucional y parlamentario no estaba en modo alguno inmunizada contra la injusticia, la opresión, el soborno, el anti-

semitismo y otros males. Pero su ignorancia, al menos, estaba justificada; jamás habían vivido bajo un régimen constitucional. No es válida la excusa en el caso de los judíos de Europa centro-oriental: todos han tenido la experiencia de lo que vale la igualdad legal; los judíos de Alemania, Austria, la mitad occidental de Polonia, y los Balcanes, durante tres generaciones; y los de Polonia oriental y los países del Báltico durante veinte años. Todos estos judíos, sin una sola excepción, están plena y absolutamente convencidos de que la igualdad legal por sí sola no es cura para la enfermedad que ha envenenado su existencia, y la envenenará otra vez. Es ahora una imperdonable miopía ocultar esta experiencia a los estadistas aliados, algunos de los cuales, si no todos, pueden haberse olvidado auténticamente de ello, y se engañan sinceramente al imaginar que la restauración de cláusulas sobre igualdad de derechos en tratados de paz, constituciones y pactos sería una solución eficiente y adecuada del problema. Por el contrario: la necesidad más urgente del día es hacer conocer a todos los interesados que en Europa centro-oriental el principio de igualdad, por sí solo, no significa igualdad, sino la reproducción del viejo caos.

*
* *

Para aclarar esto a los observadores de fuera habrá que admitir y exponer ciertas verdades amargas; por penosas que sean para las personas de sensibilidad exagerada. Estas molestas admisiones se concentran en un aspecto esencial y dominante de la realidad del oriente europeo: hay ciertos aspectos inevitables en la evolución social normal de Europa Oriental (las palabras "inevitable" y "normal" deben ser destacadas), que son inherentes, objetiva y orgánicamente fatales para la existencia de los judíos.

El hecho quedará abundantemente ilustrado en los capítulos siguientes: y aquí, como introducción al tema, consideremos lo que se tiene por ejemplo clásico de esta incompatibilidad entre la evolución normal de la economía centro-oriental y la posición de los judíos dentro de esa economía. Es el movimiento cooperativo entre la población gentil,

especialmente en las zonas rurales. En Polonia había unos 750.000 judíos que vivían en las aldeas, donde constituían, como promedio, el 3,2 por ciento de la población rural total. Estos tres cuartos de un millón de almas, con pocas excepciones, vivían como tenderos o comerciantes entre los agricultores. El movimiento cooperativo comenzó mucho antes de la Gran Guerra, pero su desarrollo máximo se alcanzó durante la última década. En 1938 había en el campo de Polonia 3.207 cooperativas de consumidores (con 350.000 miembros), 1475 para la colocación de productos de lechería (con 626.000 miembros) y 453 para las ventas en general (con 76.000 miembros). Este progreso mataba a los comerciantes judíos en masa. El efecto, notable por cierto, fué más mortífero precisamente en los distritos ucranianos, donde la propaganda antisemita directa era mucho más débil que entre los polacos, y donde el gobierno tenía muchas menos razones para desear el debilitamiento de la influencia judía que en las provincias puramente polacas; lo cual es prueba de que el fenómeno tiene poco que ver con un deseo consciente de dañar a los judíos *qua* judíos, sino que es más bien inherente al carácter mismo de ese progreso. Serviría para desalojar al tendero rural tanto si fuese armenio o chino; pero ocurre que es un judío, y no tiene donde ir.

Quizá haya habido algunos tenderos cristianos en esos distritos ucranianos, y también ellos tuvieron que rendirse ante el embate de las cooperativas. Pero el comerciante cristiano en quiebra, casi siempre, es absorbido en el mecanismo administrativo del movimiento: como es un valioso especialista entre simples campesinos, ha de emplearlo la cooperativa. El judío no será empleado de esa manera; es para todos tan evidente que no puede hablarse siquiera de absorber al comerciante judío desplazado, en el personal ejecutivo de una cooperativa agraria, que ningún judío soñaría jamás con pedir tal "absurdo". ¿Hay que describir también *esto* como antisemitismo? Los gerentes del movimiento cooperativo, muchos de los cuales son hombres ilustrados, negarían indignados tal acusación. Es, "sencillamente", — dirán — que hay que mirar primero por los de uno.

El mismo fenómeno, pero en forma mucho más grave, puede observarse en uno de los estados bálticos (o quizá

en todos). El antisemitismo violento no se tolera. Lo que ocurre en realidad es un proceso social más bien plausible en sí mismo: el estado, en una u otra forma, va tomando gradualmente la administración más o menos directa de todas las empresas industriales o comerciales valiosas. Se paga a los dueños un valor justo; o, digamos, un valor más o menos justo. Si los dueños son gentiles, generalmente se mantienen a cargo de la empresa. Si son judíos, el caso es diferente: se les reemplaza gradualmente por no judíos. Esto, por regla general, se hace sin áspera precipitación, pero en forma efectiva de todas maneras. Ya lo dijo una de las víctimas al autor: "En Polonia, cuando el Gobierno se hace cargo de una fábrica de un dueño judío, todos los judíos del personal tienen que marcharse. Aquí no hay tal prisa indecente. Noventa por ciento de mis empleados quedaron en la fábrica cuando se produjo la operación; eso fué hace tres años. Un año más tarde sólo quedaba el setenta por ciento; el año pasado, un cincuenta por ciento, y ahora ya se avista el fin".

Un notable dicho se cita a menudo en ese país; se dice que lo pronunciaron labios muy altos: "No se preocupen por matar las moscas; pero no les dejen mendrugos". Este aforismo es interpretado como una fórmula de antisemitismo premeditado, aunque "cortés"; pero no hay prueba de que haya sido jamás pronunciada, y poco importa que lo haya sido o no. Lo básico es si en el ambiente de Europa centro-oriental un gobierno dedicado a una aventura tan incuestionablemente progresista como es la nacionalización de industrias básicas podría permitirse actuar de otra manera. La población total del país es la de un barrio de Londres; pero hay una universidad y una escuela de ingeniería, con miles de alumnos. Cada año se presentan más y más hombres "de los de uno", bien calificados, casi siempre tipos excelentes de jóvenes, animosos, bien dotados, honrados y eficientes. ¿Cuánto tiempo se toleraría un gobierno si les tuviera esperando mientras los judíos continuaran empleados en lo que serían ya empresas del estado, aunque creadas por judíos con capital judío?

¡Una gran injusticia! Es claro; pero de nada sirve limitarse a desaprobirla. La raíz de todo no es el odio al judío — que podría combatirse, si no anularse — sino algo mu-

cho más elemental y primordial: la simpatía por "los de uno", un instinto que no puede criticarse porque, al fin de cuentas, es tan natural como preferir los propios hijos a los del vecino.

*
* *
*

El Antisemitismo de las Cosas, claro está, se debe en última instancia a cierta actitud subjetiva de los seres humanos. La línea aquí trazada entre las dos especies de judeofobia — la de los Hombres y la de las Cosas — no es, empero, una distinción artificial. El antisemitismo humano es una enemistad activa, un impulso constante por dañar a la raza odiada, por humillarla, por verla retorcerse bajo la bota. Evidentemente, tal mentalidad agresiva y sadista no puede mantenerse siempre en ebullición en cada uno de los miembros de la comunidad: debe tener sus altibajos, sus períodos de erupción y de calma, y aun en su punto más alto solamente una minoría dirigente la manifiesta en su etapa aguda; la mayoría sigue tan sólo la corriente y goza tibiamente de la diversión. Como es, pues, de un carácter algo elástico, el "Antisemitismo de los Hombres" puede combatirse a veces con cierto éxito; los alemanes, por ejemplo, una nación dotada de notable genio para la obediencia colectiva, puede esperarse que apaciguarán ese sentimiento cuando se les ordene, si no les exaspera con una afluencia demasiado grande de *revenants*.

Parece haber algo patológico en un calor tan volcánico del odio. Por fuerte que sea la auténtica repulsión racial, por horribles que sean los pecados de Israel, el tema no justifica, evidentemente, ni siquiera una fracción de tal torbellino. Surge inevitablemente la sospecha que esta actitud se basa subconscientemente no sólo en la repulsión sino también en la atracción: como ocurre con el sadismo. Un rasgo político notable de tan volcánico antisemitismo es su incapacidad para apreciar el sionismo u otras aspiraciones similares. Lógicamente, los nazis deberían inclinarse a alentar todo movimiento que tiende a evacuar los judíos de Alemania: en la práctica, han hecho más que cualquier otro gobierno por agitar las perturbaciones antijudías en Pales-

tina, aunque ello sólo podía dificultar el éxodo. Si Uganda o Angola o Mindanao fuera declarado un hogar nacional para los judíos, en lugar de Palestina, la actitud nazi sería evidentemente la misma. El sadismo no quiere perder su víctima; la historia bíblica del éxodo fué el primer ejemplo conocido de esta curiosa interacción de dos pasiones opuestas: una que anhelaba exterminar la cría odiada y la otra que estaba decidida a impedir su partida.

Otras hipótesis curiosas se han sugerido por los observadores de este mórbido fenómeno. La más popular de ellas fué restaurada, hace unos años, por Henri Bernstein, en una obra titulada *Israel*: narra la historia de un joven aristócrata francés, virulento enemigo de los judíos, que llegó a saber que su verdadero padre no era *son cher papa*, sino un conocido banquero judío. La sugestión evidente es que todo el antisemitismo volcánico no es un entusiasmo anormal, que debe tener alguna base psicológica, probablemente racial. El barón Etövs, un gran estadista húngaro, escribió hace casi un siglo: "Un antisemita es un hombre a quien los judíos desagradan más de lo debido". ¿Por qué más? ¿Por qué tanta excitación? La explicación más sencilla es que "tiene judíos en el cerebro", y que esta manía se debe a la presencia de una gota de sangre judía, que produce alguna reacción misteriosa y atávica en su híbrida psiquis. Según esta teoría, todo hombre que odia volcánicamente a los judíos — es decir, un hombre que no solamente siente por ellos un "desagrado mayor que el debido" sino que lo dice ruidosamente — muy probablemente tiene antepasados judíos; tal vez sean muy remotos, o los oculte la barra siniestra para que ningún archivo escrito pueda revelar el hecho; tal vez no hayan dejado rastros en la forma de su nariz o aun en la conformación de sus ojos, pero esto no es esencial: el "complejo judío" en sí mismo es tomado como prueba suficiente de atavismo racial.

Esto puede ser cierto o puede ser solamente un cálculo. Un especialista en psicopatología colectiva podría investigar la teoría. Los judíos seguirán impertérritos: lo más fácil es que no se envanezcan por la revelación de que el Dr. Goebbels descende de un rabí, y este descubrimiento no disminuiría ni aumentaría sus dificultades. El propósito del autor al seguir esta disgresión es acentuar el carácter mór-

bido, fluctuante, de lo que llama "Antisemitismo de los Hombres", frente al "Antisemitismo de las Cosas", que es firme, constante e inmutable y, por ende, mucho más formidable.

Deriva de la discriminación instintiva que cada persona normal hace entre "los suyos" y todos los demás. No tiene por qué ser odio, no tiene por qué asemejarse a una repulsión. Puede estar adormecido en condiciones normales, y seguir adormecido durante generaciones, para despertar solamente cuando hay aguda competencia por algún beneficio esencial, cuando se trata de elegir entre los de uno y los ajenos, y aparece el instinto de defensa propia. Aun entonces no hay necesidad de que se encienda (aunque puede encenderse) en una llamarada de enojo: puede permanecer correctamente cortés, pero sin misericordia en sus adentros, como en el ejemplo del Báltico; o puede desatarse del todo como ocurre a veces en Polonia. No es la forma sino el espíritu lo que interesa. Ese espíritu es el imperecedero conocimiento que tiene todo gentil de que su vecino judío no es "de los suyos", y que tiene todo judío de que sus amigos arios no son "de los suyos". No hay daño intrínseco en este conocimiento; no es obstáculo para el intercambio decente entre los vecinos, para la ayuda mutua, hasta para la amistad, mientras el "clima" social sea favorable. *En el "clima" de Europa centro-oriental se convierte en condena a muerte del judío.*

CAPÍTULO VII

EL GHETTO POLACO

NO hay pruebas de que el "Antisemitismo de los Hombres" haya sido jamás una fijación real en la mente colectiva polaca. El autor no tiene intenciones de citar ninguna de las referencias familiares y simpáticas a los judíos en las obras de los poetas y novelistas polacos, porque nada significan; lo que tiene presente es la completa ausencia de un solo caso — por lo que él puede saber — de un movimiento antijudío consciente, sea en literatura o en sociedad, desde la partición de Polonia y aproximadamente hasta el año 1909.

No quiere sugerir con ello que no hay separación racial, ni ocasionales maldiciones o persecuciones o ataques a los judíos; pero en esta posición peculiar el judío aprende a distinguir entre los pequeños fracasos ordinarios de la hospitalidad nacional y un fenómeno tan especial y premeditado como es "un movimiento".

Pero desde 1909, y durante la guerra de 1914-18, y después, Polonia ha sido teatro de incesantes ataques contra todas las posiciones judías: ataques librados por todos los medios imaginables: con las palabras, los puños, los anatemas económicos, y las diversas especies de la acción gubernamental, que estuvieron a punto de llegar a la legislación francamente discriminativa. Infligidos a una multitud de 3.300.000 almas judías, casi todos pobres durante generaciones, estos ataques dieron por resultado una indescriptible miseria económica, y una carrera casi general hacia la emigración, un

"frozen stampede", claro está, porque casi todas las salidas estaban cerradas.

Polonia ha establecido así finalmente, en toda la Dispersión, su título de más trágico entre todos los ghettos; y el ghetto polaco demuestra, en esta forma típica y tan completa, todos los fenómenos dolorosos y mórbidos que resultan de la existencia en el ghetto; y, sobre todo, el proceso que es la culminación natural de tal existencia: la expulsión automática, económica, de una minoría dispersa, por las mayorías locales. La llamamos "automática" porque esta expulsión tiene que ocurrir independientemente de todo "movimiento" consciente contra los judíos, o de cualquier legislación antijudía. En el caso de un movimiento, el proceso avanza más rápidamente, en el caso de la legislación quizá algo más gradualmente; pero en los dos prosigue con la obstinación de una duna movediza.

Todos los judíos polacos (consciente o subconscientemente, admítanlo o nieguenlo) conocen este automatismo, esta carencia de una vinculación causativa verdadera entre la condena que pesa sobre su horizonte económico y el ánimo de las masas o los ministros. El autor no ha encontrado jamás rastro alguno de resentimiento permanente contra el pueblo polaco entre los emigrantes judíos de Polonia, ni siquiera de resentimiento contra el estado polaco; en tanto no puede negarse que los judíos fugitivos de Alemania están imbuídos de una amargura profunda y conminatoria, no sólo con respecto al nazismo sino también con respecto a todo el ambiente nacional que tolera al nazismo. Estos desterrados de Alemania sienten que había un mal en el carácter mismo de los hombres, un mal que regía a los hombres y mujeres de la calle, y que transformaba a un país decente en una selva. Lo que siente el judío polaco, sedentario o emigrado, acerca del papel desempeñado por la mala voluntad humana en la producción de las miserias del ghetto, fué revelado una vez al autor en la penosa queja de un rabí de Galizia: "No sé, si fuera rey, cuánto podría hacer para mejorar la suerte de los judíos en esta bendita nación. No depende tanto de las órdenes que se dan, ni de la cantidad de revoltosos que se envía a la cárcel. Es casi como impedir la caída de la lluvia o de la nieve".

Esta actitud de indulgencia con respecto al sistema gu-

bernamental bajo el cual el judaísmo polaco ha sufrido tan cruelmente es de gran significación. El autor debe confesar que le causa placer referirse a ello, como prueba de la decencia y la justicia de los judíos; un doble placer, por cuanto últimamente se ha puesto de moda en la prensa occidental hablar con desdén de los aliados de ayer, hoy derrotados: de la escuela de estadistas que dejó Pilsudski, y hasta del mismo Pilsudski. El coronel Beck en particular, el último ministro de Relaciones Exteriores, es pintado a veces como una especie de reaccionario, nazófilo, discípulo del Haman bíblico. Tales referencias no son solamente de pésimo gusto sino que también demuestran fallas de memoria. Y aquí, sin tratar de escribir su apología, el autor puede decir, sin falta de respeto, algo de esa infortunada escuelita de discípulos, condenada de antemano, que Pilsudski dejó a cargo de su Polonia. "Su Polonia". El autor no vió ni escuchó jamás a Pilsudski pero cree que la impresión que ha recogido de la especie de filosofía patriótica del mariscal es esencialmente justa. Porque el patriotismo de Pilsudski era una religión severa, austera y ascética, que desdeñaba todo emocionalismo. Existía un mito universal de que Pilsudski "odiaba a los rusos tan fervientemente como adoraba a los polacos": probablemente era esto una tontería, porque este hombre era orgánicamente libre de sentimentalismos tan infantiles como la veneración de A y el odio a B. Sería bueno saber qué habría respondido si le hubieran interrogado al respecto. "Absurdo — habría dicho tal vez. — Mi actitud hacia todos los pueblos es solamente de cortés indiferencia, salvo en lo que atañe a mi propio pueblo; quizá no sea cortés con los míos, porque sus defectos me enojan siempre". Este es el único criterio verdadero de un patriotismo auténtico y puro, que es un estado permanente de preocupación seca, pragmática, sin variaciones musicales. Pilsudski era eminentemente pragmático; estaba constantemente con el ceño fruncido por algún defecto polaco que le enojaba, siempre construyendo o reparando o limpiando. En términos estrictos, jamás tuvo "un programa" en el sentido acostumbrado de una serie de párrafos que se refieren a esto y aquello; aunque por lo que sabemos tal vez haya firmado uno o más en las primeras etapas de su carrera. Pero la obra de su vida es prueba de que siempre poseyó

y siguió un claro plan de acción, un camino tan directo y sencillo que llega uno a creer que sería posible expresarlo en unas pocas palabras lapidarias. Probablemente no se preocupó nunca por "odiar" a Rusia (lo que no quiere decir que no le preocupara cuidarse de la codicia de expansión de Rusia); pero temía ciertamente el contagio del desaseo, la pereza y la falta de rectitud semiasiáticas que siempre han constituido el encanto de Rusia y a menudo su desgracia. Para Polonia, Pilsudski no quería nada de esas tonterías del alma eslava; nada de la mezcla de sueños dorados y prósperos piojos; nada de esos profundos sonidos místicos que parecen truenos y no son más que ronquidos. Su Polonia debía ser limpia, aseada, puntual, eficiente, decente; "occidental", en suma. Quizá pueda decirse que su política era empujar a Polonia hacia el Oeste, a través del mapa, acercarla, digamos, a Suiza. Esto no implica que fuese un admirador sin reservas de todas las costumbres occidentales, pero las consideraba de todas maneras preferibles a ciertas peculiaridades del Oriente representadas por Rusia Soviética. "Recuerdo a Rusia — dijo Pilsudski una vez a cierto visitante; — interesante, pero se lava muy poco". Quería que Polonia se lavara debidamente, que fuera limpia en todo sentido, material y moral. Entre las manchas que quería que se quitara era el degradante hábito de perseguir a los judíos.

Pilsudski no era enemigo ni amigo de los judíos: era cortésmente indiferente, "cortésmente", por lo menos en público. No puede uno menos que sospechar (aunque él no lo dijera jamás) que no le habría parecido lamentable que Polonia tuviera solamente uno por ciento de judíos, en lugar del diez por ciento; y como nunca había suficientes ocupaciones para todos, puede uno imaginar (aunque jamás lo mencionó) que quería que correspondieran a los polacos y no a los judíos. Pero pogroms y leyes del ghetto y cosas parecidas eran para él como un grano en la punta de la nariz de la amada: Pilsudski no las admitía en su Polonia.

Hasta qué punto consiguió limpiar el rostro de Polonia de esta suciedad particular es otra cuestión. Sus esfuerzos no resultaron muy efectivos, y uno llega a creer que pudo haberlos intentado con más energía.

*
* *
*

Hay por cierto justificación al proferir este cargo contra sus sucesores: ellos sí que podrían haber hecho mayores esfuerzos. Algunos de ellos ha conocido personalmente el autor: el coronel Beck, el mariscal Smigly-Rydz, el general Slawoj-Skladkowski, y una cantidad de hombres más jóvenes, cuyo papel podría compararse al de la famosa "secretaría de Lloyd George" en 1917; y el autor ha tenido otras oportunidades de juzgar la tendencia general de sus deseos y sus esfuerzos. Ninguno de ellos pretendía ser un enamorado de los judíos, aunque en vano buscaríamos, entre quienes más sinceramente nos quieren en toda Europa Occidental, una intuición tan íntima como la de ellos, derivada de siglos de estrecha proximidad, del *Weltanschauung* del judío, la atmósfera del hogar judío, y del alma judía. Pero no sería del todo exacto clasificarlos como antisemitas políticos. Sentían y temían tan agudamente como su maestro, Pilsudski, la vulgaridad degradante y denigrante de los pogroms en las calles y de las páginas iguales a pogroms en los libros de leyes. Pero tenían que afrontar una hueste de fuerzas elementales dentro del país, que apremiaban la adopción de leyes antijudías y estallaban en disturbios mortíferos. Hubo momentos, después de la muerte de Pilsudski, que la única barrera que quedaba entre los judíos y la cruzada de todos contra los judíos era el Gobierno y el pequeño grupo dominante que lo apoyaba: la camarilla de Pilsudski, más comúnmente conocida como "los coroneles"; un grupo pequeño por su número y aislado, sin las debidas raíces en una capa social de importancia. Los "coroneles" trataron de apaciguar el clamor general que pedía brutales métodos nazis ofreciendo una alternativa más digna: propugnaron los esfuerzos dirigidos a preparar un plan ordenado de evacuación voluntaria en masa; en Ginebra intervinieron en favor de una emigración más amplia a Palestina; y alentaron varios proyectos para la colonización judía en Australia y Madagascar. Muchos judíos que les conocieron confirmarán la sinceridad de esos intentos, aunque habrían deseado que fueran diez veces más empeñosos y entusiastas. Pero el hecho que viene al caso es que el embate que trata-

ron de contener era una ofensiva de formidable intensidad, apoyada por miembros de todas las clases y resistidas por pocas personas de cualquiera de las clases; era en verdad "elemental", en verdad "una cruzada de todos contra los judíos".

Como hemos visto, en Polonia (lo contrario de Alemania) el embate no fué un movimiento basado en sentimientos o convicciones. Aparte del elemento canallesco, no había casi odio verdadero contra los judíos en la sociedad polaca. Muy a menudo, quienes estaban dispuestos a firmar una petición en favor de leyes antijudías juraban que lamentaban honestamente el daño que su actitud debía causar a los judíos: pero no había otro camino, pues "se trata de mi hijo o el hijo del judío, porque hay un solo pan". Esto explica la tibieza que mostraban hasta los socialistas polacos al combatir el antisemitismo: también ellos tenían que considerar la actitud inveterada del trabajo organizado. El obrero polaco se irritaba abiertamente por "la intrusión" del proletariado judío en las esferas más altas de la industria mecanizada y preguntaba: "Si vienen todos éstos, ¿dónde iré yo?".

*
* *
*

Se necesitarán muchas generaciones de estudio para descubrir exactamente lo que había en el fondo de este fenómeno elemental. El lector ha sido advertido ya de que el autor de este estudio es sólo un lego. No puede ofrecer la solución; pero de las varias explicaciones que ha escuchado una le parece digna de crédito. Se basa en las peculiaridades sociológicas del ghetto, por una parte, y del progreso industrial de Polonia por la otra.

Las mismas condiciones generales que, desde la revolución industrial, han causado la gran migración de aldeanos hacia las poblaciones urbanas en los países occidentales han actuado también en Polonia, aunque se desarrollaron mucho después y fueron de efectos menos intensos. Aproximadamente en 1863, después del fracaso de la segunda rebelión polaca en Rusia, la energía nacional se concentró en lo que dió en llamarse "obra orgánica", o sea, sobre todo, la empresa económica, el comercialismo y la industrialización. El

alza de los industriales polacos comenzó en esa fecha; y los judíos, que constituían alrededor de la tercera parte de la población urbana del país, tomaron parte plena en este desenvolvimiento. Al mismo tiempo, la aldea polaca comenzó a volcar su superávit humano, en proporciones cada vez mayores, en las ciudades. Pero la llegada de ese superávit, durante las primeras cuatro décadas, no produjo necesariamente un choque con los judíos, porque las crecientes industrias exigían números crecientes de operarios y absorbían sin descanso los jóvenes aldeanos, dejando a los judíos más o menos tranquilos en el ejercicio de sus gremios; eran éstos los de comerciante mayorista o minorista, intermediario, organizador, médico, abogado, etcétera, junto con esa gran clase de los no ocupados o no ocupables, elemento muy conspicuo siempre en las comunidades judías orientales, y siempre apeñuscado en torno a la aristocracia de los que se ganan el sustento.

Así continuaron pacíficamente las cosas hasta la década anterior a la guerra de 1914, en que empezó a madurar una nueva fase de la evolución industrial, aunque sólo llegó a la plena madurez después de esa guerra. Esta nueva fase fué el surgimiento del Robot, el advenimiento de la racionalización, y el aumento del caballo-vapor, que comenzaba a inmiscuirse en los intereses del motor humano. Quizá no debería llamarse "nueva" fase a esto, porque los trabajadores de Occidente lo habían previsto desde los primeros tumultos contra los experimentos iniciales de la tejeduría a vapor; pero durante más de un siglo, aun en los países que encabezaban el mundo en cuanto a los progresos técnicos, el temor de los obreros había resultado prematuro. Durante ese siglo, es cierto, el poder productivo de la maquinaria a vapor había avanzado en firme progresión aritmética, pero al mismo tiempo, gracias al buque a vapor y a la locomotora, los mercados de todos los productos aumentaban en una progresión que más se acercaba a la geométrica. La industria era todavía capaz de absorber el superávit humano y pedir aún más; especialmente, es claro, en ese atrasado Oriente de Europa, donde el progreso del Robot era naturalmente lento.

Pero hacia el amanecer del siglo XX las proporciones se trastocaron gradualmente; era ahora el poder de la ma-

quinaria, impulsada por motores más eficientes que la vieja máquina a vapor, el que comenzaba a avanzar en progresión geométrica, en tanto que el crecimiento de los mercados disminuía naturalmente. El resultado, que no se hizo aparente hasta 1920 o más adelante, fué la promoción de los desocupados de lo que solía ser — en condiciones normales — una reserva fluctuante y comparativamente moderada, al rango de una clase social permanente; y una clase — aun en condiciones normales — de muy grande importancia numérica. Ahora parece que la industria moderna no requiere más mano de obra; y pronto, quizá, surgirá la cuestión siguiente: ¿por cuánto tiempo es probable que el "proletariado", en el clásico sentido marxista del término, retenga su razón de ser como uno de los principales factores de la producción industrial? Parece que esta tendencia de evolución social sólo puede ser contenida en condiciones *anormales*: en países técnicamente adelantados, incluso Alemania, por una carrera armamentista; en un desierto como Rusia, donde un obrero de eficiencia como el promedio del occidental se llama Stakhanovista, en comparación con el cual el promedio de obrero local es lerdo, por un febril intento de conseguir en un Plan Quinquenal lo que Occidente logró en cincuenta años: ambos estímulos son evidentemente efímeros. Aparte de estos casos excepcionales, la regla es que la afluencia de material humano no es de provecho para la fábrica... aun en Polonia.

Esto, puede sugerirse, es la razón principal por la cual en Polonia, desde 1905, y especialmente desde 1920, las posiciones económicas que solían considerarse "permitidas a los judíos" comenzaron a ser violentamente disputadas. El joven aldeano, al llegar a la ciudad, no encontró ya empleo junto a los telares, y tuvo que buscar otra ocupación: se dedicó al principio al comercio minorista o ambulante, en que el analfabetismo no era obstáculo; sólo para descubrir que esos empleos estaban llenos ya de judíos semihambrientos. Naturalmente, esto fué sólo un aspecto de la interacción automática que comenzó a surgir de la situación: a medida que un sector del terreno se metía en otro, debía formularse al final una reivindicación general y concertada, de todos los gentiles, sobre todos los empleos detentados por judíos. Esto nada tenía que ver con teorías o idiosin-

crasias nacionales. Si no hubiese habido judíos en Polonia la "cruzada" habría sido probablemente de igual violencia; sólo en ausencia de un objetivo claramente discernible habría asumido una forma menos concentrada, una lucha de "todos contra todos", en lugar de "todos contra los judíos". El hecho básico es que la comunidad polaca no tiene suficientes ocupaciones, y los judíos, por mil y una razones, son un blanco ideal para el viejo juego que los franceses llaman *ôte-toi de là que je m'y mette*. Entre esas muchas razones hay una particularmente efectiva: en Polonia existen más de tres millones de judíos, que constituyen el 10 por ciento de la población general, y un buen tercio de la población de las principales ciudades.

*
* *

Esta interpretación "mecanizada" del carácter elemental de la tragedia judía de Polonia puede ser exacta en todo o en parte, o errónea en todo o en parte. Sigue en pie el hecho esencial: una situación en que el "antisemitismo de los Hombres" es una bicoca comparado con la inexorable presión antijudía de las Cosas. Los Hombres pueden odiar a los judíos, o pueden odiar la necesidad de expulsar a los judíos, como ocurre probablemente con muchos de ellos; no importa. Los Gobiernos pueden impedir o castigar a los elementos canalleros: no pueden cambiar el "clima" de la estructura social. Aquel rabí de Galizia que dudaba de que él mismo, aun provisto de los más amplios poderes de autocracia, pudiese contener la expulsión de judíos, estaba en lo cierto; de seguro que ningún gobierno polaco puede hacerlo, o ha de intentarlo siquiera.

*
* *

Algunos socialistas judíos, sin embargo (aunque no todos), sugieren que hay un remedio; el socialismo en toda Polonia significaría trabajo y bienestar para todos, y nada de expulsión de judíos o gentiles. Bien harían, antes de proponer esta solución, en debatirla en privado con sus cama-

radas gentiles. Estos tal vez no sean antisemitas, pero ello no quiere decir que su ideal de una Polonia socialista sea un país con un treinta por ciento de judíos en la población urbana. Todo socialista polaco honesto y ponderado admitirá, si se le requiere su opinión franca, que, haya o no socialismo, la amplia emigración de judíos sólo podría mejorar la situación, y cuanto más amplia tanto mejor.

Pero esta cuestión es ajena a nuestra presente indagación, que sólo se refiere a los fines de guerra de los aliados. A juicio del autor, la suerte de una minoría étnica dispersa en un estado socialista es tan dolorosa como en un estado no socialista. Hay quienes pensarán de otro modo, pero esto no nos interesa hoy. Una revolución socialista, en Polonia o en otro país, no se cuenta entre los fines de guerra de los aliados. Por el contrario, lo que quieren los aliados es una Polonia restaurada, "democrática" en el mismo sentido en que lo es Inglaterra, o Francia, o los Estados Unidos. Esta es la única perspectiva que debemos discutir con realismo. La conclusión, desde el punto de vista judío, es bien clara.

*
* *
*

Al término de esta guerra habrá evidentemente una complicación adicional en el problema judío de Polonia: la cuestión de la reserva de Lublin. Es aparentemente intención del gobierno nazi trazar un distrito, en torno a la ciudad de Lublin, en el rincón sudeste de Polonia ocupada por los alemanes, y emplearlo para la instalación obligatoria de los judíos. Hay cierto método en esta selección: la provincia de Lublin tiene la más alta proporción de judíos, entre todas las provincias de Polonia: 42,9 por ciento en las ciudades, seis por ciento en las aldeas, trece por ciento en total. Se ha hecho ya un comienzo con respecto al transporte de judíos a este distrito, pero el alcance del proyecto es incierto. No se sabe todavía si la reserva tiene por mira la reunión de todos los judíos que se hallan bajo control de Alemania o solamente ciertas secciones o categorías. Es imposible, en estos momentos, establecer lo que ocurre en verdad allí. Ya han circulado rumores de que el plan está abandonado; y también que noventa mil judíos de Bohemia

y Moravia, cien mil de Viena, y los demás por el estilo serán transferidos pronto a Lublin. La zona de la reserva, se dijo en distintas versiones, es de quinientos kilómetros cuadrados, o cinco mil, o diez mil, o más (la provincia polaca tenía una extensión de aproximadamente 25.000 kilómetros cuadrados). Todo esto puede significar que el gobierno alemán no se ha dignado revelar todavía todos los detalles de su plan, y no tenemos más remedio que basarnos en habladurías y cálculos; también puede significar que el gobierno alemán no tiene nada que revelar: que el plan no es tal plan sino una vaga improvisación.

Hay, digámoslo de paso, una tonta tendencia universal a destacar en demasía la capacidad de Alemania para "planear", con la que se pasa por alto el hecho muy evidente de que a menudo, en momentos críticos, tanto antes como después de la guerra, el gobierno nazi se ha puesto a la tarea sin un designio definido, sea político o estratégico, que ha cambiado de planes día tras día, y que en general vive completamente al momento. Es muy posible, pues, que el plan de la reserva de Lublin sea abandonado, o también que se desarrolle hasta ser algo grande, o que se detenga en pleno desarrollo.

Cual puede ser el máximo de este desarrollo (si se le alcanza), ha de juzgarse por la siguiente computación hecha hace poco por el "Manchester Guardian". El mencionado diario dice: "Los nazis no han revelado por cierto qué tamaño tendrá la reserva. Si se calcula generosamente que cubre toda la provincia de Lublin tendrá una área de 13.000 millas cuadradas. Su actual población suma 2.464.600 habitantes, de los cuales hay 259.500 judíos. Los judíos permanecerán en el territorio, pero los otros habitantes tendrán que partir para el Estado Restante, sea Alemania o Rusia, según su nacionalidad. En su lugar se piensa enviar un millón y medio de judíos del Estado Restante, 500.000 de los territorios polacos anexados por Alemania, 180.000 de Alemania y el Sudete, 65.000 de Austria y 75.000 del Protectorado de Bohemia y Moravia. En suma, esta provincia, que es ya una de las más pobres de Polonia, tendría que sostener a más de tres millones de personas".

Hay una cosa muy clara: al hacer cualquier pronóstico sobre el futuro del problema judío de Polonia debe tomarse

muy seriamente en cuenta la contingencia de que en el momento de la restauración puede comprobarse la existencia de un área de cierta importancia a la que se han transportado centenares de miles de judíos de otras partes de Polonia. Se plantearán inmediatamente dos problemas: primero, la reincorporación de ese distrito al cuerpo general de la república, su asimilación administrativa, económica y — sobre todo — *étnica* al resto del país; segundo, qué hacer con esa aglomeración de judíos. Si para entonces han muerto todos de hambre el problema quedará resuelto; pero también hay que considerar la otra eventualidad: que por algún milagro, acaso por algún magnífico esfuerzo de caridad internacional, se impida ese fácil remedio, de manera que persista el problema: ¿qué hacer con esos judíos?

Lógicamente, la reincorporación del distrito de Lublin a una Polonia democrática donde todos gocen igualdad de derechos sólo puede significar que esos centenares de miles de judíos quedarían en libertad para dispersarse desde la zona de congestión y regresar a sus ciudades anteriores, o a las ciudades de otras partes de Polonia. La aplicación correcta de este camino lógico amenazaría, sin embargo, con trastornar en seguida el equilibrio de los intereses económicos (un equilibrio precario a lo sumo, durante las primeras etapas de una reconstrucción), con envenenar la atmósfera social, y con llevar a primer plano una controversia que todos preferirían postergar al menos.

Este será uno de los muchos aspectos similares de la situación: no sólo los judíos de Lublin sino todos los judíos, en cierto sentido, van a "regresar", para recuperar empleos de los que fueron echados, aunque el destierro no les haya alejado mucho. Pero la reserva de Lublin ha de resultar un ejemplo concentrado y magnífico — y sumamente sugestivo — de la tragedia general.

CAPÍTULO VIII

LIBERTAD PARA AMBOS

EXISTE, en el momento de escribir esto, un gobierno polaco en el destierro. El autor es uno de los que le desean auténticamente el bien; ha leído con satisfacción sus promesas formales en el sentido de que en la república polaca restaurada habrá igualdad de derechos y ninguna opresión racial, y no tiene dudas en cuanto a la sinceridad subjetiva de tales afirmaciones. Pero sería hipocresía de su parte, o de parte cualquiera, exagerar su cálculo de la afectividad práctica de tales declaraciones, en cuanto atañe a las realidades del futuro. Una futura democracia elegirá eventualmente sus jefes y determinará, por el voto popular, sus líneas de política interna. Esas líneas serán "populares" en el sentido más profundo de la palabra: automáticamente adecuadas a los intereses básicos e idiosincrasias fundamentales de la nación. Los compromisos de tiempo de guerra, si calzan en la mentalidad de la nación, serán confirmados; de lo contrario se les olvidará.

No hay duda de que después de la victoria aliada se firmará un excelentísimo tratado polaco, vinculado probablemente con toda una cadena de otros tratados excelentes, para garantizar todas las cosas deseables que hay que garantizar. No hay necesidad de insistir en lo que ya sabe muy bien el mundo: que tal vez sea posible asegurar, por la supervisión extraña, la inviolabilidad de los reglamentos de carácter internacional; pero ninguna supervisión ajena puede impedir permanentemente que una nación soberana haga

exactamente lo que quiera dentro de sus fronteras. Lo que tan ponderadamente dijo Sir Archibald Sinclair de la futura Alemania se aplica igualmente a la futura Polonia. Las garantías en papel, si son incompatibles con las realidades, serán dejadas de lado o "interpretadas" de manera que queden reducidas a cero, posiblemente con el consentimiento desgano del mismo Supervisor, bajo el pretexto de que "no tiene remedio". Polonia, una vez restaurada, procederá con los judíos que queden dentro de sus puertas precisamente como le agrade.

Existen todas las razones para temer que pronto sea políticamente incómodo insistir en las promesas de igualdad verdadera para los judíos en una Polonia restaurada por una victoria aliada. La propaganda nazi en la sección del país que han ocupado los alemanes ha de hacer hincapié, de seguro, en tales compromisos, como medio útil de hacer que el gobierno polaco en el destierro sea impopular entre los polacos de Polonia. Casi pueden anticiparse los términos mismos de las alocuciones y los artículos que el comando del Dr. Goebbels dedicará al tema: "Os prometen la restauración, pero el primer paso que dan es la reinstalación de los dos millones de judíos en los puestos económicos de que han sido expulsados por la victoria alemana, de modo que dos millones de polacos tendrán que ceder el lugar a esos judíos y morir de hambre...". Por cínica que sea, esta clase de argumento no puede dejar de impresionar a la abrumadora mayoría de los polacos en su actual miseria. Este aspecto de la situación no debe ser perdido de vista, especialmente por quienes apoyan al gobierno polaco en el destierro, quienes desean bien a Polonia y a la causa aliada.

Hubo una época, hace mucho, años antes de la guerra de 1914, en que el autor creía que Polonia, en su conjunto, era la causa del buen éxito popular de los primeros experimentos en antisemitismo hechos por Román Dmowski. Pero el tiempo y la observación más atinada le han enseñado cuán pequeña es la cupabilidad de los periodistas o los cabecillas o las masas, sea en cuanto a omisión o a acción positiva, frente a la firme presión de la realidad objetiva; y lo ha dicho públicamente, con lo cual ha decepcionado y apenado a más de un judío miope, pero honesto y patriota, y el movimiento a que pertenece pagó alto pre-

cio por tratar de ser justo con la nación polaca, aun cuando se refería a una tragedia judía. No protestamos por ese precio, porque comprendimos que la relación entre los judíos, como nación, y la tierra que alberga a la mayor parte de nuestras comunidades en Europa oriental era demasiado importante, históricamente, para ambas, como para que se la dejara empeorar hasta convertirse en acerbidad y resentimiento puros.

El mismo sentimiento guía hoy al autor. Es inútil instar al gobierno polaco en el destierro a que declare que una Polonia restaurada puede aplicar realmente, no en el papel sino en los hechos de la vida social, un régimen de iguales oportunidades para un judaísmo polaco "restaurado" en todos sus millones anteriores; es inútil que los ministros o embajadores o miembros del Parlamento de los aliados pretendan creer en tal posibilidad. Probablemente el pueblo polaco es en esencia tan decente como el inglés, pero fué también un caballero polaco muy decente quien escribió hace muchos años: "Me gustaría que los judíos de Polonia fueran tan felices como los judíos de Inglaterra, siempre que el por ciento de judíos en Polonia fuera el mismo que en Inglaterra". Es el diez por ciento en Polonia, menos del medio por ciento en Gran Bretaña. Una reducción tan radical no es casi posible, ni es necesaria; pero los dos aspectos del problema están íntimamente interconectados. La paz racial en Polonia — y no solamente en Polonia — será posible sólo como corolario de una repatriación muy amplia, y muy acelerada, de las masas judías a cualquier lugar de la tierra que consideren su patria nacional. No habrá igualdad de derechos, ni vida social sana en general, en toda Europa centro-oriental en tanto esas masas judías no obtengan una oportunidad plena y honorable de abandonar todas las posiciones que han perdido irrevocablemente; y si esto significa la abrumadora mayoría de sus posiciones anteriores, el hecho no tendrá remedio.

Entiéndase bien esto. Es deber de un gobierno polaco que lucha del lado de los aliados garantizar derechos iguales para todos en la futura Polonia. Pero es igualmente su deber moral advertir a esos aliados que la carga de resolver un problema tan mundial como es el problema judío no puede ser soportada solamente por Polonia: tendrá que ser com-

partida por otras potencias, especialmente los imperios coloniales y, sobre todo, Gran Bretaña, la potencia mandataria en Palestina. Para dar esta advertencia, el gobierno polaco en el destierro puede correr el riesgo del enojo impaciente de quienes quieren que el problema judío sea silenciado; pero sería incalculable la ganancia en respeto y dignidad ante la opinión del mundo. Esta iniciativa estaría también de acuerdo con una noble tradición, porque en 1863 el lema de la rebelión polaca era un llamado a dos naciones oprimidas, no solamente a una, "Por nuestra libertad... y la vuestra". Se indicaba así a Rusia esclavizada, pero no respondió ni ayudó. Los judíos harán las dos cosas.

*
* *

Damos a continuación la traducción de una carta de un polaco católico:

Debe llegar inevitablemente el día — y cuanto antes mejor, en que quienes hablan en nombre de Polonia dirigirán el siguiente mensaje al mundo, a los aliados y los judíos:

"Con todo su corazón, Polonia desea asegurar, en su vida pública del futuro, una verdadera y plena igualdad entre todos sus ciudadanos, cualquiera sea su credo, raza o idioma. Sobre todo, quiere que esta regla se aplique en la mayor medida a sus ciudadanos judíos. Pero advierte firmemente a todos los interesados que, en el caso de los judíos, la consecución de la verdadera igualdad está amenazada por un obstáculo que, a menos que se haga un esfuerzo excepcional para anularlo, ha de desafiar los mejores intentos de gobierno. Este obstáculo, resultado de una injusticia histórica llamada la Dispersión Judía, es el grado único en que la vida social de Polonia, y su vida urbana en particular, se complican por la omnipresencia de polaridades étnicas. No hay verdadero paralelo de este estado de cosas en ningún otro país. La civilización de Polonia, orgullosa como está de ella, no puede asimilar espiritualmente a una minoría tan fuerte y tan ubicua; y tampoco la propia conciencia nacional de los judíos, que Polonia respeta, se aviene a tal

asimilación. En tanto exista esta situación, Polonia sólo puede prometer que procurará, no que logrará, una verdadera igualdad; y el resultado, cualesquiera sean nuestros esfuerzos, será la miseria y la injusticia para todos.

Por consiguiente, Polonia tiene el deber de recordar a sus aliados, y al mundo entero, que el problema judío en Polonia es apenas una fracción del problema judío mundial y que el primero sólo puede resolverse por un intento paralelo y un sacrificio paralelo de parte de Polonia, sus aliados y todos los demás pueblos que dicen ser amigos de los aliados. Mientras Polonia haga todo lo posible por aplicar la igualdad dentro de sus fronteras, será necesario un esfuerzo concertado de magnitud excepcional para hacer posible la emigración en masa de Polonia de todos los judíos que deseen emigrar.

Este plan, sin embargo, no puede ser contemplado siquiera a menos que se le conciba en espíritu de respeto, no de humillación, para la nación judía. Insistir en un éxodo en masa hacia una nueva Dispersión sería un crimen contra un pueblo cuyos sufrimientos se arraigan en la dispersión. La migración que prevé Polonia sólo puede ser una repatriación en masa, voluntaria y digna, a un estado judío.

Cuanto mayor sea su alcance, tanto más efectivo se hará el poder de Polonia para traducir en realidad el principio de la igualdad de derechos, y para asegurar un ambiente cívico normal para todos los judíos que pueda absorber, para mutuo beneficio, el organismo nacional polaco.

El renacimiento completo de Polonia a la libertad, tanto externa como interna, implica, pues, dos cosas separadas: primero, la restauración de Polonia y, segundo, la creación de un Estado Judío.

CAPÍTULO IX

INTERMEZZO RUSSO

ESTE capítulo, que se refiere a la porción soviética del ghetto del centro-oriente de Europa, será breve y, ex profeso, sin conclusiones. El autor no siente simpatía por el comunismo y no cree en su valor como solución del problema social, ni por su eficiencia ni por su duración; pero, por otra parte, como muchas personas que no viven en Rusia, no tiene información detallada acerca de lo que ocurre allí. La poca simpatía y la falta de información no son un equipo suficiente para proponer conclusiones. Sería mejor suprimir del todo este capítulo; pero hay desgraciadamente un aspecto de la situación rusa en la guerra que tiene efecto directo, y puede tener una influencia decisiva todavía, en la orientación final de los judíos con respecto al teatro de la guerra.

Hay un acuerdo tácito entre todos los interesados en el resultado de esta guerra: no hablar de lo que habrá que quitar a Rusia, o referirse a ello lo menos posible. Algunos, probablemente, guardan silencio porque no creen que el gigante ruso pueda ser obligado a devolver lo que ha capturado; otros pueden creer que posee mejor título a gran parte de su botín que los dueños anteriores; hay otros que quizá alienten la esperanza de que el botín pueda ser recuperado a su debido tiempo siempre que por ahora evitemos diplomáticamente discutir su recuperación. Sea como fuere, el acuerdo tácito parece comprender a los judíos de Polonia Oriental, alrededor de 1.500.000, que han pasado a ser ciudadanos

soviéticos. Su futuro "geográfico" se discute muy rara vez, como si se diera por sentado que para ellos no hay medio de salir de la patria soviética; algunos llegan a presumir que no tienen necesidad de ese modo de salir, porque son muy felices donde están.

Rodea a la U.R.S.S. una niebla tan espesa que no se disciernen claramente los detalles de su vida interna; hay rumores, pero mejor es no tomarlos en cuenta, sean o no favorables al régimen soviético. Lo que no puede ni debe pasarse por alto es la ausencia hasta de rumores. En los últimos diez años no hemos oído noticia alguna de síntomas de antisemitismo en territorio soviético, y presumimos que esto quiere decir que no existen tales síntomas. Diez años es un período demasiado breve para formarse conclusiones finales; el cáncer puede estar sólo adormecido. Pero ningún judío puede olvidarse de que el antisemitismo *está* adormecido en Rusia, mientras en todos los demás países, durante los mismos diez años, el mal se ha destacado en diverso grado.

La ausencia del antisemitismo no es por cierto bastante para producir satisfacción. Entre quienes nos desean bien existe la presunción, amplia y fácil, de que los judíos, por ser solamente judíos, deben pedir, y probablemente piden, solamente estar libres de las persecuciones, que cuando no hay persecución se sienten perfectamente contentos, cualesquiera sean las demás condiciones de su existencia; pero la presunción es falsa. Un régimen totalitario debe ser más insoportable para los judíos que para cualquier otro pueblo humano, porque ninguna otra raza ha disputado hasta ahora el título que tienen los judíos a la prioridad en cuanto a individualismo y rebeldía. De todos los sistemas totalitarios, el comunismo debe ser para ellos el más odioso, porque no solamente encadena la iniciativa política o intelectual sino también, y muy especialmente, la iniciativa económica. Debe haber alguna razón por la cual los hombres judíos son tan conspicuos entre las víctimas de todas las depuraciones recientes: en el juicio de Kamenev, en 1936, sobre dieciséis acusados diez u once eran judíos; en el juicio de Radek lo eran siete u ocho sobre diecisiete; de seguro que estas cifras están muy en exceso con respecto a la proporción de judíos entre los Diez Mil Superiores del bolcheviquismo. El autor ha sido informado por una buena autoridad que en la

población ordinaria, no política, de las prisiones soviéticas la proporción de judíos es cinco veces mayor que lo que sería una justa "representación proporcional"; como era lógico esperar, pues en Rusia se encarcela a menudo a los hombres por un crimen que los rusos llaman "especulación" y todos los demás pueblos "comercio". Como estos síntomas de una especie de conflicto permanente entre los judíos y el régimen soviético no pueden explicarse por el antisemitismo de la OGPU o los tribunales — de los "hombres", en suma — hay evidentemente algo de incompatibilidad entre la naturaleza de las "cosas" en Rusia Soviética y la naturaleza de los judíos en Rusia Soviética.

Donde el conflicto es abierto y franco es en el trato del sionismo y del idioma hebreo por el régimen soviético. Después de 1920 hubo numerosos procesos en masa, que terminaban con el destierro en Siberia, contra jóvenes judíos acusados de afiliaciones sionistas, lo cual se consideraba un crimen, a la vez por los intrínsecos defectos del sionismo como credo y a causa de la orientación anglófila que denotaba. No es tan claro el crimen del idioma hebreo, pero el hecho es que mientras se alentaba el estudio del yiddish, la enseñanza del hebreo a los niños estaba prohibida. Últimamente no se ha oído más de esta curiosa forma de opresión étnica (porque lo era, ciertamente), y el alivio de la situación ha sido explicado oficialmente como una consecuencia del hecho de que los judíos soviéticos han perdido todo interés en la tierra y el idioma de su anticuada Biblia.

Se pregunta uno si se efectuará tan fácilmente la misma transformación íntima en el caso de los nuevos judíos soviéticos, anexados desde octubre de 1939. Éstos han tenido veintidós años de intensa preparación sionista bajo la Declaración Balfour, y han dado a Palestina por lo menos cien mil *jalutzim*, y otros tantos o más de sus niños han hecho toda su instrucción escolar en hebreo. Esta generación será un hueso más duro de pelar que la generación de 1918; de manera que quizá sepamos muy pronto de una nueva ofensiva, mucho más dura, contra el "imperialismo" judío.

Todo esto, sin embargo, es sólo una presunción, hecha al pasar, y ya fué advertido el lector al comienzo de este capítulo que el autor no pretende hablar de condiciones en Rusia con competencia. Lo que es cierto es que hasta ahora

el régimen soviético ha demostrado ser un remedio muy eficiente contra todas las formas conscientes de antisemitismo. Los judíos, bajo el gobierno soviético, no temen una expulsión general ni un pogrom, y el principio de igualdad de derechos y de oportunidad parece aplicarse sin rastro alguno de discriminación racial. Al mismo tiempo, al Oeste de la frontera soviética reina supremo el antisemitismo, y ahora mismo, Dios sabe por cuánto tiempo más, en formas de bestialidad exquisita.

Esto pone a todos los judíos de la tierra — todos los judíos, sin excepción, británicos, polacos o chilenos — frente a un difícil problema moral; y el problema tiene una relación directa muy desagradable con su orientación con respecto a esta guerra. Digámoslo francamente: la conquista rusa significa el fin real del antisemitismo concreto; donde reina el Soviet son imposibles los pogroms y desaparecen todas las formas de persecución al judío. Esto es un hecho innegable y empírico.

En tales casos de lealtad dividida, lo mejor es experimentar sobre sí mismo; como tuve que hacer yo durante las semanas en que todavía se dudaba de cuánto iba a avanzar Rusia en Polonia vencida. Mi actitud básica con respecto a Rusia Soviética es racional y emocionalmente negativa; exaltar a una clase sobre otra es para mí un anatema, un crimen contra la igualdad que es base y remate de toda la decencia social; un régimen sin libertad de prensa, para mí que por gracia de Dios soy escritor y nada más, significa el hambre; me gusta el estado que tiene tan poco que decir como sea posible; admito la compulsión sólo como se admite la quinina: cuando es absolutamente inevitable; detesto la obediencia y creo que la amistosa anarquía es el régimen ideal para todas las naciones en un futuro más ilustrado. Una tierra donde todo está organizado de la manera que yo odio es para mí una pesadilla. Además, los Soviets son enemigos del sionismo, en tanto que para mí la restauración de una Palestina judía es lo único posible en cuanto a teodécia y cosmodécia; quieren ahogar el renacimiento hebreo en tanto yo, que me conozco medio Pushkin de memoria, estoy dispuesto en cualquier momento a cambiar toda la poesía moderna de Rusia por siete letras del alfabeto cuadrado: una actitud muy poco ecuánime, pero impenitente. Sobre todo, la

actitud de los Soviets al amistar con el nazismo y dar a Polonia una puñalada por la espalda les ha puesto, a mi juicio, más allá del linde de la categoría de los bípedos en zoología. Podría agregar otra página de invectivas, todas auténticamente sentidas. Con tales sentimientos en el corazón, durante las críticas semanas que recuerdo, yo abría el diario con manos ansiosas, esperando leer que los Soviets se habían anexo más y más y más territorio; porque en cada una de esas localidades fronterizas tengo amigos para quienes el avance del Mal Rojo significaba escapar de la tortura.

Las implicaciones de esta historia de un anticomunista intrigado van mucho más allá que la elección entre Rusia y Alemania; una elección bastante evidente, que no ha de herir la susceptibilidad de nadie. Todavía subsiste el dilema: todavía tengo que elegir, no entre Rusia Roja y Alemania, sino entre la Rusia de cara sucia y su inmaculada Santidad, las democracias occidentales. En términos amplios, generales, el actual conflicto parece casi tanto una lucha entre las últimas y los Soviets como entre ellas y los nazis. Si Rusia saliera ganando de la guerra, si su poder mundial aumentara, la influencia de los aliados occidentales quedaría eclipsada; en tanto que el triunfo de los aliados significaría un enorme revés para Rusia. ¿Qué he de desear? Una victoria de los aliados, para los judíos de Europa central y oriental, significa lo que hemos visto en el capítulo precedente el statu quo, con una supervisión que Sir Archibald Sinclair nos aconseja honestamente no estimar en mucho. Pero una nueva provincia capturada por los Soviets significa, al menos, la supresión de los pogroms. ¿Qué he de desear, *rebus sic stantibus*?

El autor ha hablado de sus sentimientos, pero sólo como un ejemplo. Dieciséis millones de judíos siguen los acontecimientos, las dos terceras partes de ellos no como víctimas sino como miembros del universo aliado y neutral. Casi todos, una o dos generaciones atrás, salieron de la Zona: todos tienen primos en el ghetto oriental, entre el diablo y el mar profundo.

Eso de amenazar a Europa con que, a menos que se haga esto o aquello en seguida, A o B se convertirá en soviético, es una vieja treta de presión política: es especialmente popular cuando A o B son judíos. Se ha empleado tan a menudo

que ya no asusta a nadie. Pero de todos modos hay en ella un núcleo de amarga y peligrosa verdad; y los hombres sabios saben que muchas amenazas, aunque no se materialicen, se convierten en veneno y en miasma. Es tonto permitir que cuajen en tiempo de guerra.

P A R T E I I I

CAPÍTULO X

EL ÉXODO DEL ESTADO

LA FILOSOFÍA DE LA IGUALDAD DE DERECHOS

NO debemos olvidar a Rumania (un millón de judíos) ni a Hungría (quinientos cincuenta mil). En el momento de escribir ninguno de los dos países se encuentra en guerra, de manera que no puede darse realmente a los aliados la responsabilidad de lo que ocurra a los judíos en el valle danubiano. En este libro, que se refiere principalmente a los fines de guerra de los aliados, sería irrelevante una indagación más detenida en este sector de la dispersión. Pero nadie puede negar, nadie debe olvidar, que tanto Rumania como Hungría pertenecen a la zona donde el problema judío ha llegado hace tiempo a la etapa de aguda y dolorosa incompatibilidad entre el principio de la igualdad de derechos y la situación real. En los dos países, donde los judíos forman aproximadamente el seis por ciento de la población total, esa situación es algo así como la que predomina en Polonia; pero solamente "algo", porque los dos países son incomparablemente más ricos que Polonia con relación a sus posibilidades agrarias, de manera que la lucha por empleos urbanos no es tan aguda. En Rumania, sin embargo, lo que llamamos "Antisemitismo de los Hombres" ha sido conspicuamente endémico desde, por lo menos, mediados del siglo pasado. En Hungría su forma aguda es de reciente data, pero es ahora muy intensa. En los dos países, el papel de los gobiernos para propugnar la tendencia antijudía de la vida

económica parece ser de secundaria importancia: la principal fuerza del proceso que tiende a desalojar al judío de todas las posiciones que todavía conserva es más bien la presión unánime de todas las clases sociales con quienes los judíos tienen contactos económicos o sociales. En realidad, no viene al caso que se invite o no a estos dos países, al fin, a adherirse al principio de la igualdad de derechos para todos (que jamás ha estado ausente de sus constituciones). Las "cosas" serán las que decidirán, y solamente los tontos o los hipócritas pueden dudar de la naturaleza de la decisión.

El autor nació en Rusia, en una generación que sabía lo que era la desigualdad judía, y pasó su juventud en una atmósfera de constante lucha por la igualdad de derechos. En 1906, en Helsinki, durante una conferencia de nacionalistas judíos que vinieron de todos los rincones del Imperio Ruso, fué co-redactor de lo que se llama El Programa de Helsingfors: una demanda de perfecta y absoluta igualdad de derechos cívicos; todo judío debía ser igual a todos los demás ciudadanos de Rusia, el Judaísmo Ruso, en total, debía ser reconocido como una nacionalidad igual a todas las demás del Imperio, su idioma igual a todos los idiomas, su religión igual a todas las demás iglesias. Hoy estaría dispuesto a firmar otra vez ese programa. Pero no estaría dispuesto a admitir una política que ha de convertir a ese programa, o aun a una concepción mucho menos ambiciosa de la igualdad de derechos para el judío, en una lista imposible de reivindicaciones imposibles.

*
* *

Hay dos formas posibles de encarar una solución del problema judío, que no sea el éxodo: una solución fundada en la presunción de que puede aplicarse la igualdad: una exige la asimilación, la otra el nacionalismo de minoría.

La primera es una idea elástica, y se sabe que sus adherentes le han dado diferentes interpretaciones. Algunos son partidarios de la asimilación en idioma y en comportamiento, pero no de la apostasía religiosa y del matrimonio mixto; lo cual, al fin de cuentas y pese a toda la retórica en con-

trario, significa la perpetuación de alguna especie de comunidad racial separada, que se mantiene unida por una ideología colectiva. Otros, más radicales, prevén o aun desean los casamientos mixtos, de manera que la raza y la religión desaparezcan gradualmente; el aspecto confortante de este credo es la "orgullosa" seguridad de que tanto la raza como la religión resulten un abono excelente para enriquecer el suelo espiritual y físico de la humanidad.

El nacionalismo de la minoría se basa en la teoría de que la esencia de la nacionalidad debe encontrarse en el idioma, la literatura, la música, la filosofía, la religión, etcétera, y que todo puede conservarse y cultivarse sin una segregación territorial. Las nacionalidades, según esta teoría, son muy parecidas a las iglesias, en cuanto pueden ejecutar muy bien sus formas separadas de culto aunque sus respectivos adherentes se hallen entremezclados, no sólo en el mismo barrio sino en la misma calle. Lo que se necesita para salvarles de la oscuridad de la asimilación mutua no es que tengan patrias separadas sino una ley llamada "autonomía nacional-personal". Todos los judíos que lo deseen serán registrados en la Dispersión como miembros de su propia comunidad nacional, tendrán sus escuelas, utilizarán su idioma en la vida pública, y se sentirán iguales a todos los demás.

No es éste el lugar para debatir el valor práctico de cualquiera de estas dos soluciones; por el argumento mismo, admitamos que las dos son excelentes. Vayamos aún más lejos y convengamos de antemano que si una tercera y una cuarta solución del problema judío, sin recurrir al éxodo, se inventara mañana, fuesen también excelentes. Pero su eficiencia dependería siempre de una condición: la igualdad de los derechos cívicos individuales (que todas presuponen como condición fundamental de la existencia normal) debe ser real y seguir siendo real. Sin embargo, acabamos de ver que en Europa centro-oriental no puede ser convertida en realidad sin un gran éxodo.

La asimilación, especialmente, está condicionada al éxodo. Sólo cuando la mayor parte de los judíos se haya marchado podrán los restantes, en disminución, alentar la esperanza de encontrar un ambiente favorable para tratar de resolver su problema mediante la gran "fusión" final: no una fusión ilusoria, como en el pasado, en que se aprendía el

idioma pero no el acento espiritual del gentil, sino quizá una unión efectiva, *esta vez*.

Porque en el pasado la asimilación de los judíos ha resultado ilusoria en toda Europa centro-oriental. La verdadera asimilación no es un solo: es un dúo. No basta con que el judío se sienta convencido de que se ha hecho absolutamente igual a su vecino gentil: lo que es más decisivo es que su vecino gentil tenga la misma impresión. Sumarse a una nueva comunidad o nación o clase o grupo no es solamente una cuestión de intentarlo de verdad, sino sobre todo de ser recibido. La asimilación judía en Europa centro-oriental ha fracasado evidentemente en este aspecto; al hacer que el judío y el gentil se acercaran más, al hacer que se rozaran en muchas actividades de la vida en que jamás se habían encontrado, no hizo más que ampliar la zona de posible fricción. Si la asimilación como escape de la miseria judía es digna de que se la pruebe otra vez, el intento tendrá que hacerse de nuevo desde el mismo comienzo. Pero aun sus entusiastas, si existen todavía, deben haber comprendido ya que no tienen probabilidad alguna de éxito a menos que las proporciones raciales en Europa centro-oriental experimenten un cambio sorprendente.

Puede o no valer la pena, puede o no ser objetivamente posible una asimilación "feliz": pero de cualquier modo la condición preliminar es el éxodo de la mayor parte de los judíos.

Mutatis mutandis se aplica el mismo criterio al nacionalismo de la minoría; sea practicable o no, la condición preliminar para su buen éxito es el éxodo de la masa de los judíos.

*
* *

El autor no tiene la menor intención de sugerir que debemos abandonar toda esperanza de conseguir jamás una existencia segura y normal de los judíos en este sector de la Dispersión. Por el contrario, todavía cree que puede conseguirse tal cosa. Pero la condición preliminar para tal esperanza es el éxodo de la mayor parte de los judíos.

La cuestión toca tan de cerca a ciertas susceptibilidades

íntimas que el autor puede hacer algunos comentarios en primera persona.

Advierto a los judíos, (si todavía necesitan la advertencia, cosa que dudo), que la igualdad de derechos es, a lo sumo, una especie de mercancía muy perecedera, infinitamente espinosa, que debe manejarse y emplearse con cautela, moderación y tacto. En París, durante diez años o más, gocé la relación de un caballero cuya ascendencia francesa se remontaba al siglo XVII, y cuyos Diez Mandamientos del corazón consistían de la palabra "Francia" diez veces repetida. Nunca decía "juif", sino "israelite"; creía firmemente en lo que hace dos generaciones "israelitas" se conocía como teoría de "la misión": que es "misión sagrada" de los judíos vivir dispersos entre los gentiles y ayudarles a alcanzar cimas éticas cada vez más elevadas. Sin embargo, jamás conocí a otro judío a quien le desagradara tan auténticamente toda manifestación de prominencia judía. Cuando había "demasiados" nombres judíos al frente de lo que llaman *les Palmarés* (la lista de los candidatos afortunados a una de las *Grandes Ecoles*) mi amigo fruncía el ceño. Alguien mencionó en su presencia el notable hecho de que los tres pensadores más originales del momento eran judíos —Bergson, Einstein y Freud—. Y él respondió: "Lamento tener que agregar un nombre más: el extinto Hermann Cohen, y la coincidencia es sumamente infortunada". En otra ocasión, años antes del triunfo nazi, me llamó la atención hacia la pléyade de notables novelistas alemanes, de antes y después de la guerra: "Con la excepción de los dos hermanos Mann, todos los que cuentan son israelites: Schnitzler, Wassermann, Zweig, Werfel... *mais ça finira mal*". Se sintió herido y sorprendido cuando León Blum llegó a primer ministro. Le pregunté si era por temor y lo negó. "Es, amigo mío —dijo, una cuestión de tacto. Esto es destacarse demasiado para que sea de buen gusto. Yo lo desaprobaba igualmente de parte de los protestantes".

*
* *

Pero, claro está, era temor; y, claro está, no era desacertado. El economista alemán Werner Sombart, que al fin

de cuentas no era un tonto ni un enemigo jurado de los judíos, les dió este consejo al comienzo del siglo: "Nuestras leyes alemanas y nuestra perspectiva ética admiten la igualdad judía: pero si vosotros, los judíos, queréis conservarla, no la toméis en serio. Tomadla siempre como cosa de segundo término". Sería infantil negar que el 99 por ciento de los judíos (y particularmente los judíos no sionistas, "asimilacionistas" para quienes la igualdad es el alfa y omega), consideran que es ésta una máxima muy prudente, lamentan no haberla seguido, y se sentirían muy contentos si las siguieran sus hijos.

Pero sus hijos no cumplirán esta sabia máxima, porque tal obediencia es humanamente imposible. La vida es competencia; igualdad de derechos tiene sólo un significado concreto: una igual oportunidad en todos los aspectos de la competencia de la vida; el derecho a vencer si se está mejor equipado. Veinte siglos de falso urbanismo han hecho del judío, en el promedio, si no en las cumbres donde moran los genios, un hombre mejor equipado para casi todas las competencias ordinarias de la vida moderna; no hay orgullo al afirmar esto, porque tal ventaja ha sido siempre una maldición para nosotros, una maldición y una incomodidad. Tampoco puede el judío remediarlo; lo mismo sería pedir a un pelirrojo, o a un hombre muy alto o uno muy gordo, que no se destaque de sus semejantes. No entra en la naturaleza humana que un hombre se obligue, por el bien de la humanidad, a ocultar lo que tiene de bueno, a escribir o hablar peor de lo que podría si quisiera, a predicar, construir, diagnosticar o actuar en las tablas peor de lo que puede en realidad. Es cierto que conozco casos de estadistas judíos, aunque legítimamente tan ambiciosos como sus colegas cristianos, que ofrecieron renunciar altos cargos para evitar que se agitaran los sentimientos antisemitas, pero muy a menudo sus colegas cristianos les dijeron que tenían el deber patriótico de aceptar; y solamente un tipo como Simeón el Estilita podría soportar tal suerte de presión. Así ocurre en todos los aspectos de la vida cívica, cultural, económica y social: los seres humanos ordinarios son psicológicamente incapaces de rechazar las probabilidades de buen éxito y de progreso cuando son innegablemente justas y legítimas. El resultado es, inevitablemente, destacar-

se, provocar celos, resentimientos, y el nacimiento o el aumento de lo que hemos llamado "Antisemitismo de los Hombres"; ocurre así aún en países ricos, donde las condiciones no están tan forzadas como para producir otra clase de antisemitismo, la que es inherente al poder objetivo de las cosas.

Ésta es la inevitable contradicción íntima de la igualdad cívica de los judíos: puede ser duradera sólo si no es gozada en un todo; pero es imposible provocar una renuncia voluntaria de tal privilegio.

*
* *

Hay, claro está, remedios externos que pueden aplicarse a fin de mantener el avance judío dentro de límites "moderados": y tales intentos suelen asumir la forma de la política del *numerus clausus*. Esta política consiste en limitar el número de judíos que pueden admitirse en cierta profesión (o escuela, o empresa, o instituto) a un porcentaje fijo del personal total. En Rusia zarista, desde 1888, era la regla de todas las universidades y escuelas secundarias: los alumnos judíos no deberían exceder del diez por ciento del total en la parte occidental del Imperio, y del cinco o tres por ciento en otras provincias. El experimento más moderno dentro de las mismas líneas es la ley húngara que limita el número de judíos en ciertas profesiones al seis por ciento, que es exactamente la proporción de judíos en la población total de Hungría.

Se han hecho intentos elocuentes por justificar el plan de *numerus clausus* como algo no sólo coincidente con el principio de la igualdad de derechos sino también basado en él. ¿Por qué llamarlo *numerus clausus*? Llámesele Representación Proporcional de las Razas en todos los departamentos de la economía del Estado. Si una raza dada constituye el seis por ciento de la población total, el arreglo más justo y más sano (se argumenta) sería que los miembros de esa raza formaran el seis por ciento de los campesinos, el seis por ciento del proletariado industrial, el seis por ciento de los médicos y los abogados y los periodistas. Se argumenta que éste sería el antídoto más seguro contra el antisemitismo; y también la única manera de enderezar y normalizar

la estructura social del mismo pueblo judío. Los sionistas alemanes, digámoslo al pasar, han venido abogando, desde hace una generación, por la reforma de las clases ("*Umschichtung der Schichten*"), como ideal principal del sionismo, significando con esa fórmula la formación de un organismo social judío subdividido de manera paralela a la del ambiente "ario". En Alemania, por ejemplo, significaría que el veinte por ciento de los judíos se dedicarían a la agricultura, el 35 por ciento a la industria y la minería, menos del diez por ciento al comercio, y aun menos a las profesiones. Los defensores "arios" del *numerus clausus* sostienen que esto es absolutamente lo mismo que la representación proporcional en la economía nacional: es decir, el *numerus clausus*.

No nos interesa aquí si este argumento es exacto o no: lo que importa es que ha de resultar irresistible en sociedades donde es "conspicua" la competencia judía, y sin embargo la abierta negación del principio de igualdad se considere indeseable. Las frases bien escogidas son de gran ayuda para entrar de contrabando ideas ofensivas. En un país occidental culto el autor ha oído defender el sistema del *numerus clausus* desde el punto de vista de la "congenialidad social", un término mucho más diplomático que "pureza racial". El daño de estos disfraces fraseológicos está en su insidiosa plausibilidad: se prestan tan graciosamente a la inclusión en un sistema de pleno acuerdo con los tratados liberales y las constituciones democráticas. Y sin embargo, por lo menos en el caso de las minorías judías, la verdadera introducción de "la representación proporcional en la economía nacional" es del todo imposible, aunque los mismos judíos lo pidan y los gobiernos lo decreten. Para que sea real, tal redistribución tendría que empezar en la base de la economía nacional, que es la agricultura. En Hungría, donde la mitad de la población trabaja en sementeras y tierras de pastoreo, el seis por ciento de toda la tierra cultivable debería ser desalojada de sus actuales ocupantes (unas 250.000 almas) para hacer lugar a los colonos judíos, o habría que idear algún otro medio de alejarlos de manera que la mitad de la población judía pudiese ser debidamente normalizada como pastores y labradores. Se necesitaría una operación similar en la industria y la minería a fin de absorber a los 125.000 obreros judíos requeridos por el plan. Sólo enton-

ces podría justificarse el *numerus clausus* en las profesiones y el comercio como un paso hacia la normalidad social. Todo esto es tan evidentemente, tan ridículamente imposible que nadie piensa proponerlo. Pero todo lo que se hable acerca de la eliminación de la tragedia judía mediante la "reimplantación" de la igualdad cívica en Europa centro-oriental sólo puede implicar lo expuesto: a menos que no implique nada más que charlatanería.

Y esto, se aventura a afirmarlo el autor, es precisamente lo que implica. Toda afirmación de que el cáncer del antisemitismo puede curarse en su principal campo de acción, en Europa centro-oriental, por el ungüento de la "igualdad de derechos", sin un éxodo preliminar de la mayor parte de los judíos, no es más que charlatanería hueca, insensata y dañina.

* * *

Todo hombre debe ser un rey entre reyes, o no vale la pena vivir la vida. La igualdad no es solamente un estado de cosas; es también un principio. Como principio tiene un valor tremendo, sea o no transportable a la vida cotidiana. Los judíos, si son dignos de sí mismos, deben combatir hasta el último momento para asegurar que el principio de la igualdad, por irreal que sea, quede solemnemente proclamado en los estatutos de todas las naciones: ésta es una cuestión de dignidad humana, algo sin lo cual la vida sería moralmente despreciable, y cuya negativa justificaría toda clase de represalia contra el Estado ofensor. Pero una cosa es luchar por la dignidad, y otra cosa muy distinta sostener que esa dignidad sirve de alimento. Es del todo deshonesto pretender que la igualdad legal, nuevamente proclamada bajo el impacto de las victorias aliadas, pueda detener o retardar, en esa enorme zona de miseria, el progreso de las realidades objetivas que tienden a desalojar al judío de todas sus posiciones económicas. Decir que **todo** lo que los aliados pretenden ganar para nosotros es una reafirmación de la igualdad cívica significaría que para nosotros una victoria aliada no tendría otro valor que el de una venganza sobre los nazis. Flaco servicio hacemos a los aliados si aceptamos un propósito tan restringido.

CAPÍTULO XI

EVACUANDO UNA RUINA

EN 1936, el autor, ayudado por dos amigos, publicó en un diario de Varsovia una declaración en el sentido de que la única cosa razonable que podían hacer los judíos de Polonia era evacuar todas las posiciones económicas que evidentemente no podían mantener. Como entonces era común la convicción de que no menos de una tercera parte de los 3.300.000 judíos de Polonia habían perdido ya sus "posiciones", sin esperanza alguna de recobrarlas (mientras otro millón, pobres hereditarios, jamás habían poseído posición alguna), la solución era el éxodo en masa.

El término "evacuación" lastimaba muchas susceptibilidades, parecía ofensivo y humillante. Es difícil ver qué tiene de malo. En septiembre y octubre de 1939, tanto en Inglaterra como en Francia hubo "evacuación" de niños de las zonas de peligro; pero, aparte de la guerra, cada vez que un dique amenaza ceder o una casa está por derrumbarse, los habitantes son invitados a "evacuar" el lugar; lo mismo ocurre cuando se produce una plaga en una manzana de casas. Y ¿cuál era la situación judía en Europa centro-oriental en 1936? No se alzaba una mano. Paredes que caían, diques que cedían, todas las formas de la plaga antisemita en esquina tras esquina, ni una sola mano levantada para defender a las víctimas, ningún plan para la defensa propia adecuada, aun entre las mismas víctimas. Según cálculos nada exagerados, por lo menos los dos tercios de todos ellos debieron ser, si no evacuados, al menos desti-

nados a la evacuación, aun antes de que se hubiera ideado un plan sensato para salvar a los demás. Pero esto ocurría en 1936; días felices aquéllos en comparación con los presentes.

La gran ventaja de la palabra "evacuación" es su sugestión implícita de orden organizado. Ningún otro término señala esa importante cualidad: "emigración" ha significado siempre una confusión al azar (salvo cuando se la impide); "éxodo" recuerda inevitablemente a la hueste enemiga perseguidora, y es siempre un procedimiento arriesgado, pues salvo que ocurra un milagro no solamente los malos sino también algunos de los buenos pueden ahogarse. "Evacuación", en los tiempos modernos y bajo gobiernos decentes, se ha asociado siempre con la previsión, el preparativo cuidadoso, y una decente comodidad al fin del viaje. El autor no renuncia a ninguno de los otros dos términos, pero prefiere "evacuación".

La evacuación en masa es el único remedio para el cáncer de la miseria judía. Puede ser difícil hasta lo sobrehumano, puede ser atrozmente costosa, pero como es el único medio para salvar a Europa de ir a otra catástrofe habrá que afrontar los gastos y las dificultades: entonces se descubrirá, claro está, que la operación, en su máximo, es infinitamente más fácil y más barata que una guerra moderna, además de resultar una inversión provechosa, cosa que jamás puede decirse de una guerra.

¿Cuántos tendrán que ser evacuados? La cuestión es importante, pero no puede tener respuesta. En primer término, sólo el cielo sabe cuántos judíos sobrevivirán en la zona de miseria; y cuánto puede extenderse hacia el sur, el norte, el este y quizá el oeste esa zona antes de que termine la crisis. En segundo lugar, existe probablemente, aun en los países que son la sede del antisemitismo agudo (objetivo o subjetivo, o los dos a la vez), cierto nivel en el cual la simbiosis pacífica se hace normalmente posible entre la mayoría gentil y una minoría judía reducida a una proporción suficientemente escasa para ser tolerable. Predecir exactamente cuánto hay que bajar la balanza para encontrar ese feliz nivel resultaría imposible. Depende de un gran complejo de condiciones: el carácter del pueblo de la mayoría, los recursos naturales del suelo, la tendencia

alcista o bajista de su comercio son apenas los factores más evidentes, pero no necesariamente los más esenciales. La verdad será aparente tan sólo durante el proceso de la migración, y se conformará probablemente a una especie de principio osmótico: en otras palabras, la zona que se evacuará y la zona de recepción se comportarán como dos vasos separados por un diafragma, cada uno con su propio grado de presión. La corriente no dependerá tan sólo de los factores antijudíos en Europa sino también de lo atractiva que resulte la nueva patria. En teoría, la corriente se detendrá cuando se haya logrado un estado de equilibrio, es decir, cuando el estado y la sociedad polacos o húngaros o rumanos comiencen a sentir que el éxodo judío ha llegado a su límite "útil", y que su continuación significaría pérdidas totales; entonces puede suponerse que comenzarían a ofrecer a los judíos aun no evacuados alguna especie de prima o de seducción para que se queden (la historia registra casos aún más increíbles, en que se ofrecían primas a los judíos para entrar en el país). Por otra parte, también es teóricamente posible que pese a tan encomiable cambio de sentimientos la evacuación continuará todavía a causa del mayor atractivo, material o ideológico, de la zona de recepción.

Lo único que puede decirse con certeza es que los cálculos, para ser dignos de fe, deben inclinarse al máximo. Se darán algunas cifras aproximadas en el capítulo sobre el "Plan Max Nordau" (Cap. XVII); aquí bastará decir que una política sana de evacuación debe tener en cuenta un máximo eventual de alrededor de cinco millones de judíos dentro de los diez o quince años siguientes a la guerra: y que el primer millón, tomado de todos los países de la zona, tendrá que ser evacuado en seguida, a una velocidad como la que llaman "relámpago" los alemanes, por los mismos métodos y con igual ritmo que aplicaría un ejército moderno para transportar cincuenta divisiones a un remoto teatro de guerra.

Algunos críticos de la evacuación temen que tenga que ser "obligatoria". No es probable; por el contrario, resultará sumamente difícil mantener el debido orden en la multitud de voluntarios que aspirarán a ocupar lugares en la lista de candidatos. Otros críticos piden que la emigra-

ción en masa de los judíos sea tratada como cuestión que concierne solamente a los judíos, que en nada atañe a los gobiernos, sea el polaco o el rumano o el húngaro. No solamente, dicen, no debe haber idea alguna de emigración obligatoria; no debe haber aplicación de presiones de ninguna manera; y si un gobierno nacional se dedicara abiertamente a organizar la emigración, ello equivaldría prácticamente a una presión. La actitud correcta de tal gobierno, pues, debería ser la de fingir que no conoce el hecho de la existencia de la emigración judía y, especialmente, que es necesaria, etcétera.

Todo esto es una tontería. No hay razón por la cual el Gobierno y el Parlamento, o los ciudadanos, en un país que cree necesaria la evacuación, se sientan avergonzados de ello. Por el contrario, es deber del Estado ayudar al emigrante con todos los medios a su alcance. Italia, antes de la primera Guerra Mundial, fué un ejemplo excelente de tan sano, sobrio y perfectamente patriótico tratamiento del problema de la emigración. Italia no tenía minorías étnicas de qué librarse; todos sus emigrantes eran de pura sangre italiana; pero su gobierno estaba siempre dedicado a idear nuevos medios de embarque, facilidades de crédito, facilidades de enseñanza, para los emigrantes, y negociaba con la Argentina y otros países de ultramar para que les admitieran. Cuando se sentía que un gabinete italiano no hacía los debidos esfuerzos en este sentido, la oposición radical y socialista criticaba al Gobierno muy severamente por descuidar de tal manera su verdadero deber democrático. Tenían razón: es deber de un gobierno decente atender a las necesidades de todos sus ciudadanos, y si entre esas necesidades existe la de emigrar en masa en busca de condiciones que no pueden encontrarse en la patria, un gobierno decente debe prestar su ayuda, sean gentiles o judíos los emigrantes. En realidad, muchos gentiles tendrán que emigrar también, probablemente, de Europa centro-oriental después de la guerra, aunque es de esperarse, naturalmente, que el fenómeno principal en el campo de la migración en masa será el éxodo judío. Pero el delicado complejo de inferioridad del judío no-sionista no debe llevarle a ofenderse por la solicitud de un gobierno que reconoce la existencia de

un problema social, sólo porque ese problema resulta predominantemente judío.

Ni el buen éxito ni el orden pueden asegurarse en el éxodo a menos que se trate de una empresa internacional con el concurso de todos los gobiernos interesados. Los políticos judíos tímidos o quisquillosos que hemos mencionado lo saben probablemente, porque es difícil que se imaginen que pueden hacerse en privado, mientras miran para otro lado los ministros, los arreglos para la transferencia de capitales o la liquidación de propiedades. El éxodo tendrá que ser una acción solemne y oficial, emprendida a plena luz: no sólo exigirá medidas administrativas sino también legislación especial y, sobre todo, grandes tratados internacionales. Esto no puede remediarse y no hay necesidad de eludirlo.

Se comprende, sin embargo, las razones que tienen quienes así tratan de eludirlo tímidamente. Pedro y Juan han sido compañeros de cuarto durante años; han tenido sus disputas; ahora se conviene finalmente en que debe restaurarse la paz, pero Pedro ha decidido mudarse de cuarto; la decisión es absolutamente voluntaria, pero de todos modos hay algo en el hecho de que sea Pedro y no Juan quien decide marcharse. En estas condiciones, Pedro puede preferir que Juan le deje solo para arreglar sus cosas; si Juan se mostrara demasiado solícito en la ayuda, su solicitud podría parecer ansiedad por librarse de Pedro...

El carácter espinoso del drama es evidente; pero lo significativo en la incomodidad de ser demasiado ansiosamente ayudado a arreglar las cosas es que solamente se siente tal cosa si Pedro se muda a otro cuarto alquilado. Imaginemos por un momento que Pedro ha heredado una casa, una verdadera propiedad, y algo que ha soñado siempre: cambiaría todo el ambiente psicológico, y toda la molestia y la incomodidad desaparecerían.

No se trata de una ociosa parábola, sino de un argumento al caso. Cuando la gente que admite la inevitable necesidad de "evacuar posiciones perdidas" cree necesario todavía insistir con tanto calor en que el proceso debe ser absolutamente voluntario, que no debe aplicarse presión, etcétera, no hace más que dar vueltas sin sentido. La emigración más absolutamente voluntaria puede contener algu-

nos aspectos de compulsión: depende de lo que el emigrante espera hallar en ultramar. Imaginemos al emigrante italiano de hace cincuenta años que partía de Génova para Buenos Aires: ¿emigraba por propia voluntad o bajo presión? Si creía ir a un destierro miserable, *era* un desterrado; si creía ir a encontrarse con amigos y hacer fortuna, era un aventurero libre. Un éxodo de judíos hacia una nueva Dispersión sería equivalente a la expulsión en masa, por muy escrupulosamente que se respete y resguarde el principio "voluntario". El éxodo a un Estado Judío será, en todas condiciones, espontáneo en el más puro sentido de la palabra, y la ansiedad de los emigrantes casi no será disminuída por el hecho de que las nuevas constituciones en los viejos países prometan la igualdad cívica.

*
* * *

Por el contrario, la perspectiva de la igualdad cívica puede ser afectada por el hecho de la evacuación: quizá sea afectada muy notable y favorablemente. El hombre de la calle, como promedio, no es nunca del todo bestial. La importancia que en este libro se atribuye al "Antisemitismo de las Cosas", que es objetivo, nos ayudará a no sobreestimar la malignidad de los hombres: los hombres pueden votar medidas antijudías, los hombres pueden hacer boicot a comercios judíos, y pueden a la vez ser personas decentes y bondadosas en otros aspectos. Enorme bien haría a algunos jefes judíos comprender esta verdad de una vez por todas, y extraer algunas conclusiones de ella. El bípedo humano común en la zona antisemita no goza al rebajar y dañar al judío; pero está muy dispuesto a hacerlo una vez tras otra si teme que el judío le desplace económica, social o políticamente. Dése al hombre común una prueba concreta y tangible de que se está intentando francamente reducir las filas de sus competidores judíos, y probablemente disminuirá su beligerancia. Esto no es optimismo, tal como no es pesimismo la negativa a creer en la eficiencia de la igualdad de derechos dentro del clima que impera en la Zona: es solamente un realismo imparcial, desdeñoso pero

benévolo, en que se toma al judío y al gentil por lo que valen, *terre-a-terre*.

¿Es el Hombre esencialmente bueno o esencialmente malo? Aquí tenemos otra parábola que responde a esta pregunta tonta y ociosa. Había una vez una ciudad de quinientas casas, y un día el Sultán envió a ella cincuenta huérfanos y pidió a los ciudadanos que tuvieran la misericordia de dar un hogar a cada uno de los desventurados. Un mes más tarde toda la ciudad estaba en una fiebre de irritación; cincuenta madres se quejaban de que los huérfanos tenían piojos, malos modales y, en general, eran horribles. Entonces los consejeros de la ciudad se reunieron otra vez y decidieron organizar una suscripción pública para construir un orfelinato; y el pueblo suscribió dos veces la suma requerida, construyó un hogar maravilloso para los huérfanos, y vivió para siempre feliz.

La evacuación en masa aplicada al problema judío no es una alternativa de la igualdad cívica: es el corolario de la igualdad, condición indispensable de la igualdad, y lo único que puede hacer de esta última una realidad duradera para quienes — sean pocos o muchos — permanezcan en sus países actuales.

*
* *

Pero ésta es una cuestión secundaria. El papel esencial y el valor de la evacuación consisten en que es el único remedio para un mal que, si no se le extirpa, continuará pervirtiendo a la humanidad para que cometa nuevos ultrajes: una cura cabal, limpia y definitiva. Además — siempre que la zona de recepción sea un estado judío — es una cura popular, un remedio que la abrumadora mayoría de los hombres de todos los credos consideran con aprobación y respeto; un ideal santificado por la Biblia y ennoblecido por la tradición del sionismo, cuya consumación sería universalmente bienvenida por todos los países dentro de la Zona de miseria, y por la mayor parte de las naciones fuera de ella, y por todos los judíos: tanto por quienes quieren marcharse como por los que prefieren quedarse.

Lo que se ha dicho del principio de igualdad en Polonia

puede decirse del principio de igualdad en general: ese complejo de reivindicaciones y sueños que nuestros antepasados llamaban "la emancipación judía" sólo puede convertirse en realidad bajo dos condiciones: el goce de derechos iguales en todo país gentil y la existencia, en alguna parte, de un Estado Judío.

*
* *
*

En esta etapa de nuestra indagación surgirá probablemente una pregunta en el ánimo de los lectores: ¿Hasta qué punto puede considerarse "fin de guerra de los aliados" este aspecto de la solución aquí propuesta? La guerra se hace contra Alemania. Dondequiera que se reserve la zona para un Estado Judío, en Palestina o en otra parte, no ha de ser con seguridad en tierra alguna dominada ahora por Alemania. ¿Cómo puede hacerse que este asunto interese a una conferencia de paz en la cual sólo podrán hacerse exigencias a Alemania?

Pero la predicción contenida en la última frase es un error. El Tratado de Versalles (y, de paso, el autor se niega a plegarse al gran coro de los detractores del documento: fué, con todos sus defectos, una gran obra de estadistas para su época), el Tratado de Versalles, en sus 225 páginas, hizo mucho más que limitarse a arreglar cuentas con el enemigo vencido. Por ejemplo, estableció la Liga de las Naciones: ¿qué tenía esto que ver con la guerra? Bien, tenía todo que ver con ella, porque en aquel entonces se comprendía universalmente que una especie de asociación permanente entre pueblos soberanos podía contribuir a impedir nuevas guerras. El remedio ha fallado: y hoy el mundo entero sabe más agudamente todavía que la única justificación del presente conflicto es la eventual provisión de mejores salvaguardias contra erupciones del espíritu de violencia. Todo lo que sea de valor como salvaguardia de ese tipo es un fin de guerra adecuado. *Nadie negará seguramente que el desarraigamiento del antisemitismo, por lo menos en su forma aguda, en Europa centro-oriental sería una salvaguardia esencial contra toda nueva erupción de la agresión brutal.*

CAPÍTULO XII

E V I A N

LA actitud oficial de los aliados ante el problema de la evacuación judía (en cuanto el criterio aliado oficial admite la existencia de tal cosa, bajo el nombre eufemista de problema de "refugiados") está en contradicción con todos nuestros intereses esenciales y vitales.

Los intereses esenciales y vitales de las masas judías en la Zona de Miseria, aunque se les considere aparte de sus aspectos espirituales, como el llamado de la religión o del sionismo, exigen el reconocimiento de dos principios:

a) Que no hay probabilidad alguna de que la necesidad de la emigración en masa de los judíos cese después de la victoria de los aliados: que, por el contrario, el cálculo de probabilidades indica un aumento de la urgencia de la evacuación después de la guerra; y que todos los planes internacionales con respecto al futuro del problema de "refugiados judíos" deben descartar necesariamente, pues, el fácil optimismo que justifica el descuido y adopta la predicción de "la necesidad mayor" como base para su acción.

b) El segundo principio es éste: La concentración territorial de los emigrantes judíos y, sobre todo, ninguna campaña para alentar su mayor dispersión como minorías entre otros pueblos.

Ninguna persona de mediana inteligencia pedirá una explicación de este segundo principio. Es claro ya para todos que la formación de nuevas minorías judías en países o distritos o ciudades donde todavía no hay comunidades

judías está destinada a propagar los gérmenes del cáncer antisemita donde han de proliferar en el futuro, quizá en el futuro muy cercano. Cualquier observador consciente, sea amistoso o indiferente o aun inamistoso para los judíos, comprenderá que la única política sana es buscar algún medio de permitir que esos emigrantes creen una patria propia. Teóricamente, podría haber una patria para todos, o varias patrias: aunque el autor no cree en la última alternativa. Pero no hay por qué analizar aquí este problema: el punto principal es el principio de la patria. Una patria para los judíos significa una tierra donde puedan morar entre judíos, o al menos constituir una mayoría suficientemente numerosa como para eliminar la posibilidad de los pogroms, de la expulsión económica, o aun la inquieta desventura del inquilino indeseable. Quizá esto no signifique necesariamente la independencia política plena; pero implica por cierto un grado muy considerable de soberanía interna; sobre todo, implica reservar, para este propósito, una zona suficientemente extensa (o, en teoría, varias zonas extensas). Es evidente que no resulta fácil la tarea de encontrar tales zonas; pero sería infantil buscar remedios fáciles para un problema de tal magnitud. Cuando el hombre sencillo se enteró de que se convocan conferencias internacionales y se establecen comités para la colonización de "refugiados" que son principalmente, o únicamente, judíos, espera que los estadistas dedicados a tal misión dirijan sus esfuerzos en la dirección de la colonización concentrada y no dispersa.

La actitud oficial de los aliados, por cuanto puede saberse hasta ahora, es favorable a la dispersión de los "refugiados", por presumirse que después de la victoria aliada no habrá necesidad ni siquiera de eso.

*
* * *

La Conferencia de Evian (julio de 1938), reunida para tratar la cuestión de los "refugiados de Alemania y Austria" y efectuada con asistencia de delegados de unos treinta gobiernos, se debió a una iniciativa del presidente Roosevelt. Su intención original era muy amplia; Mr. Roosevelt quería que los gobiernos civilizados proveyeran una solución ade-

cuada, no solamente para la suerte de los refugiados del momento, sino para todo el fenómeno que, para entonces, ya prometía convertirse en rasgo fijo de la situación europea. En esas intenciones iban comprendidos "todos" los refugiados, presentes y futuros, los de Alemania y Austria y los que diariamente iban siendo echados de otras partes de Europa centro-oriental. Hay ciertas indicaciones de que el plan inicial de Mr. Roosevelt iba aún más lejos: debía darse ayuda no solamente a quienes habían sido expulsados o habían huído, sino también a quienes quedaban rezagados en la agonía; en otras palabras, no solamente debía haber ayuda a los refugiados sino también evacuación preventiva. Es improbable, claro está, que Mr. Roosevelt esperara que una conferencia inicial resolviera estos problemas en su formidable totalidad; lo que probablemente se proponía era un comienzo de la ofensiva en gran escala, además de un esbozo completo y valiente de las tareas futuras.

Cuando su emisario, Mr. Myron Taylor, comenzó a recorrer las capitales europeas, para sondear su actitud frente a la iniciativa del Presidente, fué en seguida evidente que encontraba graves obstáculos: que había poderosos intereses alarmados y desagradados por el alcance del plan, y decididos a restringirlo a las más estrechas proporciones. El principal centro de esta obstrucción fué el mundo oficial de Londres.

La primavera de 1938, cuando Mr. Taylor viajaba en su misión exploratoria, era la época en que los círculos del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Ministerio de Colonias se encontraban atareados en la búsqueda de alguna manera de reducir las obligaciones sionistas de Gran Bretaña. Era la misma tendencia que un año más tarde encontró expresión en el Libro Blanco de Palestina publicado por Mr. MacDonald. Esta orientación no podía haber alcanzado una precisión completa ya en 1938, pero su tendencia era absolutamente clara: la promesa de Gran Bretaña a los judíos debía ser interpretada de tal manera que Londres quedara en libertad para comprar la buena voluntad árabe mediante la detención de la inmigración en Palestina. El proyecto de Mr. Roosevelt resultaba un tropiezo muy inoportuno para esta tendencia. Un organismo internacional llamado a proveer una solución verdaderamente adecuada

del problema de los refugiados en su totalidad terminaría inevitablemente en una búsqueda de un territorio o varios territorios, y el primer objeto de esta investigación sería naturalmente Palestina. Había que evitar a toda costa ese peligro. ¿Cómo? No convenía ofender a Mr. Roosevelt con una negativa abrupta a acudir a tal conferencia. Había que dejar cautelosa y suavemente a Mr. Roosevelt en la estacada. Primero, había que reducir radicalmente el alcance del problema: no incluiría a todos los refugiados de todos los países, que ya habían escapado o podían escapar en el futuro, sino solamente a los fugitivos de Alemania y Austria que habían escapado ya y constituían tan penosa carga para los hospitalarios vecinos de Alemania. En otras palabras, se trataba de unos miles, y no de Dios sabe cuántos millones eventuales. En segundo lugar, el problema así limitado debía ser encarado como cuestión de caridad internacional, no de política internacional; no había que poner en el temario propuestas de un Estado Judío o cosas parecidas; y la inclusión de Palestina a este respecto significaría incomodar a Gran Bretaña y hasta imposibilitarla para asistir a la conferencia.

Por cuanto ha podido saberse, la misma táctica se adoptó en la segunda conferencia de "refugiados", en Washington, en octubre de 1939. Nuevamente fué Mr. Roosevelt el iniciador, y se dice que expresó el temor de que después de la guerra habría muchos más refugiados que antes; por cierto que, según algunas noticias, la delegación norteamericana llegó a predecir una marea humana que alcanzaría quizá a veinte millones de personas de todas las razas, carentes de hogares. Pero nuevamente "algunos delegados europeos" estuvieron en firme desacuerdo y aseguraron al cónclave que, por el contrario, no quedaría problema alguno de refugiados, digno de ese nombre, después de la victoria aliada. Otra información afirma, además, que se decidió emprender una indagación sistemática sobre las posibilidades de absorción de cierto número de países, pero que Palestina (a pedido de "algunos delegados europeos") quedó excluida del alcance de tal indagación.

Todo esto no es un asunto mezquino. Se trata de una premeditada política de destruir las probabilidades de salvación judía; de desalentar a quienes nos desean el bien y

paralizar sus propósitos de ayudarnos; una política algo más que inamistosa: una política destructiva. Además, ni siquiera el destructor procede con tanta maldad como la de robar al vecino una libra a fin de economizar un penique. Medio siglo de esfuerzos judíos, desde el día de Theodor Herzl y aun antes, se ha dedicado a un propósito supremo: hacer que los gobiernos civilizados comprendan que el hambre judía de migración es un problema mundial, y convenir en un esfuerzo internacional para resolverlo en toda su magnitud. Por fin había comenzado a moverse en esa dirección una poderosa iniciativa, en un período en que podía presumirse (así lo pensábamos) que era unánime la simpatía de todas las naciones por la agonía de los judíos sin hogar. Todo el futuro de la raza depende del buen éxito de este paso; y no se trata solamente de la probabilidad de salvación de los judíos, sino también de la probabilidad de Europa. Vemos una perspectiva de valor internacional y humanitario profundo y duradero, quizá permanente. Contra ello existe la mezquina aprensión que si se reabre la cuestión de Palestina un gabinete británico puede verse en incómoda posición, y paralizada su política de Palestina: una política que desagrade a casi todos los jefes británicos y que las nueve décimas partes de sus desganados partidarios sólo aceptan como cosa provisional. Hay algo de mezquino en esta desproporción entre la enormidad del daño y la baja pequeñez de la ventaja; recuerda uno el cuento de la Edad Media, leído en la niñez: "Sí, arde la aldea, pero no toquen la alarma porque se despertaría Su Señoría...".

*
* *

El Comité Intergubernamental de Refugiados, establecido por la Conferencia de Evian, no ha publicado hasta ahora los resultados de su investigación. No se trata de un reproche: una indagación geo-política que se extiende sobre la mitad del globo debe ser una obra lenta aun en las mejores condiciones, y esta labor particular ha sufrido últimamente las desventajas de la guerra. El resultado es que no puede ofrecerse una revista adecuada de las posibilidades

de colonización descubiertas por el Comité para los refugiados en general y los refugiados judíos en particular.

Muchos países han sido mencionados en la prensa como dispuestos a aceptar una cantidad de refugiados, y diversas cifras han sido citadas, desmentidas, confirmadas, aumentadas o reducidas. No puede tenerse confianza en ninguna de esas informaciones hasta que comiencen a aparecer los informes oficiales. Pero aun entonces, o más bien especialmente entonces, toda la triste misión de repartir fugitivos entre huéspedes desganados seguirá siendo lo que es ahora: una tarea árida y sin esperanzas, llena de penas y nada más.

No decimos esto con espíritu de crítica hacia los funcionarios del Comité Intergubernamental o hacia los países que todavía acceden a practicar la hospitalidad. No merecen más que gratitud y respeto. Pero los resultados de tal hospitalidad serían tan tristes como la situación actual. Por grande que sea el total mediato de los refugiados judíos a quienes se permita infiltrarse aquí y allá y más allá, ese total, en comparación con los millones que deben evacuarse de la Zona de la Miseria, sería como un pedrusco en una avalancha.

Pero el daño que se haga será grande. Nadie tiene ya ilusiones en cuanto al ambiente universal en que las buenas personas del Comité de Evian tratan de convencer por buenas artes a los gobiernos de que abran una vez más sus puertas al mendigo judío.

La siguiente serie de noticias ha sido recogida al azar de los archivos del "Jewish Chronicle" de Londres, correspondiente a los años 1938 y 1939.

Según una declaración emitida por el Gobierno de Rhodesia del Norte, los miembros electos del Consejo Legislativo se han opuesto unánimemente a toda inmigración de refugiados judíos. El Gobernador interino, por consiguiente, consideró que no estaba en condiciones de informar al Secretario de Estado que podía llevarse adelante el asunto en los presentes momentos (19 de agosto de 1938).

Se informa que se ha prohibido estrictamente la inmigración en masa a las colonias portuguesas (19 de agosto de 1938).

El presidente del Brasil, Dr. Vargas, ha dado un

decreto por el cual se prohíbe el establecimiento de comunidades de una nacionalidad, se fija la cuota anual de inmigración en un dos por ciento del número total de inmigrantes de la misma nacionalidad durante los últimos cincuenta años, y se establece un consejo de inmigración (2 de septiembre de 1938).

Un memorándum en que se recomienda la prohibición de inmigrar en Chipre ha sido sometido al Concejo Municipal por las corporaciones profesionales locales (16 de septiembre de 1938).

Según una declaración que hizo la semana pasada el ministro de Hacienda, Mr. Nash, no se alentará a los refugiados de países europeos a emigrar a Nueva Zelanda (16 de septiembre de 1938).

Se tiene entendido que el Gobierno de la Unión Sudafricana no está dispuesto a considerar modificaciones de las severas estipulaciones de la ley de Extranjeros, que hace virtualmente imposible la inmigración judía (2 de diciembre de 1938).

Se anuncia que el Gobierno del Uruguay ha dado instrucciones a sus cónsules para que nieguen visas a los judíos que emigran por razones raciales o políticas (23 de diciembre de 1938).

El Ministerio de Relaciones Exteriores de Ecuador ha informado a sus cónsules y agentes en países extranjeros que no deben dar visas permanentes a extranjeros (14 de julio de 1939).

Podrían agregarse a esta lista los nombres de veinte países más. El mendigo judío no es bien venido. Cuando se le admite, su aceptación se debe a la piedad, a los ruegos, o a la presión amistosa: visas precarias todas ellas. Se pierde tiempo, esfuerzo y oportunidad, y se siembran las simientes de las dificultades futuras: dificultades para los refugiados, dificultades para los países hospitalarios y dificultades para el mundo todo. El único rasgo bueno del plan es su escaso alcance, que debe seguir siendo restringido, pues los pueblos se ponen cada vez menos dispuestos a conceder una hospitalidad que no puede mantenerse decentemente.

Pueden notarse en este caso dos claras líneas de política: la política de la infiltración individual y la política de

establecimiento por grupos. — (A veces, en lugar de "establecimiento por grupos" se utiliza el término "colonización"). La diferencia es doble. La infiltración (para comenzar) ha caracterizado nuestra migración a ultramar (salvo a Palestina) en los últimos cincuenta años; los "inmigrantes" no tienen ambiciones de crear un nuevo organismo social; encuentran uno ya hecho, y buscan dentro de él algún lugar no ocupado donde puedan encontrar o construir una posición para sí. Los "colonizadores", en cambio, son personas que emigran en grupos a grandes zonas vacías a fin de erigir un nuevo cuerpo social donde no lo había. La segunda diferencia, más pertinente en nuestro caso, es ésta: la infiltración significa la creación de nuevos ghettos, mientras la colonización o el establecimiento por grupos es un concepto más o menos relacionado con la idea "territorialista" de un estado judío, o una provincia judía, o varias provincias judías.

La única tarea adecuada para el Comité Intergubernamental, por cuanto atañe al fenómeno de "refugiados" judíos es descartar la política de infiltración (delegándola, si así se desea, en instituciones privadas), y concentrarse en la indagación de las posibilidades de la solución territorial. Hasta ahora no hay indicaciones que demuestren que el Comité trabaja en este sentido. En Evian, donde se reunió primero, no recibió por cierto tal encargo; tal vez lo haya obtenido en la Conferencia de Washington, cuyas resoluciones parecen no haber sido publicadas; o quizá haya emprendido este único camino practicable por propia iniciativa y responsabilidad. Es de esperar que así haya sido. Si no lo ha hecho, tendrá que hacerlo; o algún otro cuerpo tendrá que ser designado con ese fin.

Nada puede ser más deplorable que la extraña pasividad de la opinión pública judía a este respecto. Desde que Leo Pinsker escribió "Auto-Emancipación" hace sesenta años, desde que Theodor Herzl fundó el sionismo político, han tenido los judíos la esperanza de que algún día el mundo civilizado comprendería el carácter internacional del problema de la migración judía, y que se establecería un organismo internacional para estudiarlo y resolverlo. Y ahora tenemos precisamente a ese organismo, pero perdiendo el tiempo en futilidades provisionales, cuando toda tardanza

es desastrosa. No es un secreto que sus miembros más influyentes están convencidos de la inutilidad de su labor de emparchar: su ambición legítima es producir algo en verdad adecuado; es solamente la miopía egoísta de una burocracia lo que parece impedirles la tarea. Unos pocos meses de contraataque concertado por la opinión pública, apoyada en forma abrumadora por los hechos de la tragedia que se ve en Europa Oriental, anularía esa obstrucción y forzaría al Comité Intergubernamental, con gran alivio de sus miembros, a concentrarse en el problema del Estado Judío.

*

* *

Para evitar incomprendiones, debe explicarse aquí que el Comité Intergubernamental, según está constituido al presente, no tiene un personal adecuado para tan enorme propósito. Comprende algunos cerebros excelentes, pero no tiene verdadero contacto con las fuerzas principales de la democracia judía organizada. El defecto se debe sobre todo a una debilidad de los judíos, que es en parte su desgracia y en parte su propia culpa: no hay un órgano unido que aspire al título de Exilarcato, o "gobierno" del pueblo judío en la dispersión. Esta falta se tratará en uno de nuestros últimos capítulos: se la menciona aquí solamente para explicar que un comité de eminentes gentiles no es por sí solo la autoridad competente para resolver problemas de historia judía. Cuando Pinsker y Herzl hablaban de esfuerzos "internacionales" para resolver estos problemas, querían referirse a los esfuerzos de las naciones gentiles juntas con la nación judía. Esta cooperación, sin embargo, tiene que producirse. Porque si el actual Comité de Evian rompe sus cadenas y entra en el único camino verdadero comprenderá de por sí que su composición es poco adecuada y pedirá que se le amplíe. Quizá aun entonces será apenas una iniciación, y no la asamblea definitiva que pronunciará la decisión final; *y tampoco olvida el autor que la verdadera decisión "final" sobre la suerte de un pueblo puede pronunciarse solamente en hechos y no en fórmulas, y sólo por parte del pueblo mismo.* Mas, pese a todas estas reservas, el Comité de Evian es hoy un factor importante, una palanca que puede desplazar muchos obstáculos: y es deplorable que la opinión pública judía olvide esa palanca.

CAPÍTULO XIII

DOS PROYECTOS DE ESTADO

A PARTE de Palestina, recientemente han surgido a la prominencia dos o tres planes de carácter "territorial", planes para la creación de un estado o provincia judíos. Uno de éstos es el proyecto de la Guayana Británica. Mr. Neville Chamberlain dijo en la Cámara de los Comunes el 21 de noviembre de 1938: "Me refiero ahora a Guayana Británica. No es posible, a esta altura, dar cifras exactas de la zona total de que podría disponerse para arrendarla con este propósito, pero no sería por cierto menor de diez mil millas cuadradas, y probablemente más": Sir Samuel Hoare, el mismo día, admitió "que el territorio en estudio comprende aquel que resultó inadecuado para la instalación de cinco mil asirios hace pocos años". (Sir John Hope Simpson, en su monumental informe sobre el Problema de los Refugiados, al Instituto Real de Asuntos Internacionales, en un capítulo relativo a la tragedia asiria dedica solamente dos líneas a esa pequeña decepción: "Se hicieron indagaciones en muchas partes del globo, entre otras Brasil y Guayana Británica, pero no pudo encontrarse un lugar adecuado para la colonización").

El Comité Asesor sobre Refugiados Políticos designado por el presidente Roosevelt despachó una comisión de peritos para que investigara la Guayana Británica. Pasaron unas semanas recorriendo varias regiones del país y presentaron un informe. El Ministerio de Colonias de Londres se apresuró a publicarlo como Libro Blanco en mayo de 1939,

con el evidente propósito de contrarrestar o suavizar el golpe a los judíos asestado por otro Libro Blanco (sobre Palestina) aparecido en el mismo mes. Se cierra una patria, pero aparece otra en el horizonte.

Las conclusiones de la comisión son moderadamente optimistas, pero cautelosas. El territorio "no es un lugar ideal para refugiados de países de Europa central" y "no podría ser tenido en cuenta para el establecimiento *inmediato* en gran escala" de refugiados, pero merece que se le ponga a prueba. Esa prueba comprendería cinco mil personas; costaría tres millones de dólares y necesitaría dos años de tiempo. (Tanto el costo como el lapso serían probablemente excedidos en la realidad). Los puntos que deben establecerse durante la prueba son: si la zona real de suelo fértil es tan extensa como se presume; si los bosques y sabanas (que indudablemente son extensos) pueden ser utilizados; si hay alguna oportunidad para la industria, sea ligera o pesada; si podría construirse algún camino a costo razonable para hacer accesible la colonia; y si los europeos pueden trabajar en tal clima, pese a que otros europeos lo han intentado infructuosamente. La duda en cuanto a la posibilidad del camino puede ilustrarse quizá con la información ofrecida respecto de otro país sudamericano: "Puede llegarse al interior, desde la costa del mar, sea en avión o a lomo de mula: el primer método es, naturalmente, más caro, pero también más rápido". Una respuesta a la pregunta final parece indirectamente sugerida por la comisión en otro punto: al explicar por qué el hecho de que la misma colonia no era adecuada para los asirios no implica necesariamente su incapacidad para los refugiados de Europa central. La razón es que el problema de los refugiados judíos presenta "una serie de rasgos especiales", el primero de los cuales es "la extrema urgencia y necesidad con que se ven obligados los refugiados a encontrar nuevos hogares". En suma: cualquier remedio es bueno cuando no hay otro remedio. Una indagación útil, que han pasado por alto los dignos comisionados, sería preguntar si esa urgencia puede esperar hasta que todas las demás preguntas hayan sido contestadas mediante el experimento en un país tropical de montañas y bosques enmarañados, sin caminos utilizables. Obtener las respuestas valederas para esas preguntas sería

cosa de una generación y no dos años, según es fácil sospechar.

No debe tomarse esto como crítica de la capacidad de Guayana Británica como lugar para colonizarlo. El ministro de Colonias nos dijo en septiembre de 1939 que "algunas organizaciones voluntarias de Gran Bretaña habían estado a punto de establecer una compañía para ejecutar el plan, pero debido al estallido de la guerra se ha suspendido el trabajo por el momento". El "trabajo", presumimos, implica a la vez la pequeña colonización experimental como comienzo y la investigación de las posibilidades más vastas para el futuro. Algún día podrá reanudarse el "trabajo" en este sentido, y muy posiblemente el resultado será la adquisición de conocimientos útiles, aunque es posible que a la postre sean colonos gentiles y no judíos quienes lo aprovechen. Hablando en general y en teoría, es improbable que algún lugar de la tierra esté destinado a permanecer sin utilización por toda la eternidad. Con el progreso de la técnica, dentro de cien años o quizá menos hasta el Sahara estará colonizado, con la ayuda de agua traída desde el Níger en cañerías de ocho mil kilómetros, o de fuentes subterráneas a dos mil metros de profundidad. Los países como las Guayanas, donde el obstáculo es más bien la sobreabundancia de vitalidad natural que lo contrario, estarán probablemente habitados mucho antes. La humanidad está demasiado apegada, el espacio es demasiado valioso: no se permitirá que los desiertos sigan siéndolo indefinidamente. Los aeroplanos aniquilarán la distancia, la radio y la televisión permitirán que un habitante de África Central asista a un estreno en la Ópera de Nueva York, y la electricidad disminuirá la carga del trabajo. Todas nuestras razones actuales para tener junta a la gente desaparecerán; los habitantes de ciudades por herencia anhelarán el lujo del *voortrekker* boer, que se sentía incómodo por falta de espacio cuando veía el humo de la casa del vecino; la gente emigrará a ultramar, no por el hambre o la persecución sino solamente por la aventura del espacio, que es quizá tan fascinadora para casi todos nosotros como la aventura de la velocidad. Entonces todos los desiertos del globo tendrán sus moradores, incluso las Guayanas, incluso hasta Biro-Bidjan.

Todo esto tiende a demostrar que el autor no quiere disminuir la importancia de Guayana Británica o cualquier otro sitio que personas sensatas sugieran para la instalación en masa de los judíos. Algún día todos estos lugares podrán ser felizmente colonizados por uno u otro pueblo. Pero la instalación en masa de los judíos no es una visión para el futuro radiante en que el agua, la tierra y el clima obedecerán la voluntad del hombre. El éxodo judío es una necesidad del mañana, del mañana literal; tiene sus condiciones y limitaciones inherentes, debidas en parte al carácter del judío como es hoy, y en parte al carácter de los otros pueblos, como son hoy, y en parte a la técnica de la instalación en masa; es todavía una empresa sumamente difícil y penosa. Es muy dudoso que Guayana Británica sea cosa de hoy.

*
* *

El más interesante de todos los proyectos "territoriales" es la proposición de instalar judíos, no en Guayana Británica sino en Australia Occidental. Uno de los aspectos más notables de este plan es que su propugnación se debe al esfuerzo único de un solo hombre, y este hombre no es joven ni rico. Tampoco está hecho a esa especie de molestia que se llama propaganda. Su único secreto parece ser esa tranquila obstinación que sigue queriendo hoy lo que quería ayer. Su nombre es Dr. I. Steinberg. En Rusia, hace tiempo, era miembro prominente de un partido con un nombre formidable: el Partido Socialista Revolucionario; S. R., para abreviar. Era el ala no marxista del socialismo ruso. Los bolcheviques lo borraron del mapa. Antes de que ocurriera esto, el Dr. Steinberg consiguió un puesto ministerial en uno de los gobiernos de transición. Ahora vive en Londres. En cierto momento, en el curso de la última década, formó o quizá se plegó solamente a un grupo llamado la "Liga de la Tierra Libre para la Colonización Territorial Judía". El año pasado fué a Australia y llegó a convertir a un Estado del Commonwealth a sus opiniones. El relato es sorprendente, porque demuestra que pueden cumplirse resultados políticos muy importantes por el esfuerzo de una sola persona no oficial, con poco apoyo popular y sin credenciales

particulares, y sin el uso de esa magia que se llama magnetismo personal: sencillamente con oportunas palabras llenas de sentido común.

Es innegable que el Dr. Steinberg ha convertido prácticamente a toda Australia Occidental. Hay un vasto territorio a lo largo de la mitad septentrional de la costa marítima del Noroeste de ese continente que se llama "los Kimberleys". Los distritos que la Liga tiene a estudio son Ivanhoe y Argyle en la región del Río Ord, que pertenece a Australia Occidental, y Newry y Auvergne en el territorio de Australia Septentrional, pero no son éstos probablemente los límites finales del proyecto. La zona total que podría pretenderse para la colonización es probablemente más grande que Inglaterra y Gales. Está prácticamente deshabitada. El West Australian, el principal diario de Perth, manifestó lo que parece ser opinión general al admitir, en un extenso editorial, que ni los australianos ni los inmigrantes británicos — a juzgar por toda la experiencia de las últimas décadas — pueden esperar la prosperidad si quieren hacer progresar esa parte del continente; y como Australia, por diversas razones, incluso la de su seguridad, no debe tolerar más que su Norte siga despoblado, ha de preferirse a los judíos sobre toda otra inmigración no judía. Esta opinión ha sido apoyada por hombres y mujeres representativos de todas las clases; hasta parece que en la Asamblea Legislativa del Estado se aprobó una resolución de apoyo al plan, en la que se pedía a las autoridades del Commonwealth que lo consideraran favorablemente.

Todo el alcance del plan no se ha definido en cifras precisas, sea en cuanto al número de kilómetros cuadrados que se necesitarían finalmente, o a la cantidad de inmigrantes que se llevarían allí. Ante la Cámara de Comercio de Perth el Dr. Steinberg declaró que "si pudieran obtenerse de dos a tres millones de hectáreas sobre el Río Ord, sería posible establecer allí una colonia judía apoyada en actividades pastorales y agrarias". En cuanto al número de inmigrantes, ha tenido siempre el cuidado de insistir en que al principio se enviarían solamente quinientos a seiscientos jóvenes, hombres y mujeres, para probar las posibilidades y métodos de colonización. Para más adelante preveía la instalación de unas diez mil personas. En otro discurso mencionó setenta

y cinco y cien mil personas como meta más remota, pero no dijo que éste fuera el límite final. En una entrevista "imaginó una nueva provincia británica bien establecida dentro de diez o quince años". La meta final de la Liga es, claro está, un estado judío suficientemente espacioso para acoger a un verdadero éxodo. Los simpatizantes australianos, personas inteligentes que también descienden de colonos inmigrantes, lo comprenden evidentemente; además, como una de las razones de sus simpatías es el temor a una invasión japonesa, es claro que al considerar los planes de colonización no piensan en términos de miles de personas, sino de centenares de miles, por lo menos.

No resulta tan claro como la simpatía australiana el problema de si la zona es adecuada para la instalación de colonizadores europeos. El favorable editorial de "West Australian", al enumerar las causas de los fracasos previos, se refería a "aislamiento, dificultades de transporte, enfermedades del ganado, y un clima poco agradable". Pero en el mismo artículo se dice que esa mitad del distrito de Kimberley es "una zona bien irrigada, de grandes ríos y fértiles valles casi desconocida y completamente deshabitada, salvo por los indígenas". Por otra parte, el mismo Dr. Steinberg admitió en un discurso ante la Organización Laborista Femenina de Perth que "el lugar escogido no es exactamente un sitio placentero, y que estaba seguro de que los australianos no irían jamás allí, a trabajar en números considerables...". En cuanto a si los nuevos colonos soportarían el clima, se explicó que "hay cinco meses de invierno que resultan muy agradables; dos meses son sumamente calurosos y secos, y cinco meses calurosos y húmedos". (La zona está situada, más o menos, entre los doce y veinte grados de latitud Sur). En una entrevista con el periódico "The Age" de Melbourne, el Dr. Steinberg, al referirse a la existencia de agua, disminuyó el optimismo del "West Australian" al decir que "en la estación de las lluvias hay buenos ríos y lagos, y la conservación del agua no sería un proyecto difícil". Mr. A. C. Angelo, de Carnarvon, entusiasta partidario del plan, también habló con cautela de este aspecto: "hay millas de buena agua en el Río Ord sobre el límite de la marea, y miles de hectáreas fértiles y fáciles de irrigar".

Todo esto, naturalmente, sería tenido en cuenta si el

plan llegara finalmente a ser alentado como cosa practicable y oficialmente aceptada. No hay duda que se encontrarán muchas dificultades, y que se necesitará un gasto tan astronómico como para cualquier otro proyecto similar; pero tales dificultades no pueden evitarse cuando se trata de un territorio adecuado fuera de Palestina; y con seguridad todos esos obstáculos para la colonización serán vencidos en un futuro más o menos remoto.

El verdadero obstáculo para el plan australiano de la Liga de la Tierra Libre, reside en otra cosa. Ese obstáculo ha sido mencionado, sin excepción, en todos los comentarios favorables publicados o pronunciados durante toda la campaña del Dr. Steinberg: no como dificultad insuperable, sino solamente como una dificultad de secundaria importancia; y como tal la ha tratado el delegado de la Liga en sus respuestas: como una aprensión que puede ser fácilmente anulada. En este sentido, lo tenemos, las dos partes se han equivocado. El obstáculo puede resultar no de secundaria sino de primaria importancia; y de los dos únicos medios por los cuales puede ser anulado, no es probable que los judíos acepten el primero ni Australia el segundo.

El carácter de ese obstáculo será mejor ilustrado por unas pocas citas:

El editorial de "West Australian" pregunta si "los colonos judíos, una vez admitidos, se contentarán con permanecer en la colonia; si no habrá grave peligro de que emigren al Sur en gran cantidad y ataquen los niveles de vida industriales de Australia por pura necesidad de ganarse la vida".

Mr. A. Thompson, miembro del Consejo Legislativo, y experto conocedor de los Kimberleys y simpatizante con el plan, ha dicho: "Puede argumentarse que los judíos han de tender a derivar hacia el Sur después de experimentar la ruda tarea de la colonización. Creo que esto podría ser resuelto fácilmente mediante acuerdos y la emisión de permisos por las autoridades del Estado o del Commonwealth".

Mr. Latham, otro simpatizante, jefe de la oposición en la Asamblea Legislativa del Estado, pronunció una advertencia durante el debate: "El Gobierno debe tener cuidado, sin embargo, de que esas personas no se dirijan al Sur y provean nueva mano de obra en un mercado que no la necesita.

Debe llegarse a algún acuerdo con esas gentes, por el cual, si abandonan la colonia, tengan que irse del país".

Y así por el estilo, sin una sola excepción.

El Dr. Steinberg parece haber comprendido plenamente la importancia enorme de este temor, y la necesidad de apaciguarlo. Queda por ver si la solución que ha propuesto es satisfactoria. En su alocución ante la Organización Laborista Femenina de Perth "habló de la posibilidad, que se ha sugerido, de que estos nuevos colonos compitan en el mercado de trabajo de las zonas meridionales... Dijo que, en primer término, la nueva colonia no sería una sección separada sino que estaría incorporada al Commonwealth australiano; y que se darían garantías al gobierno de que los inmigrantes permanecerían allí al menos por cinco años".

La solución no es nada feliz. La promesa de que la zona de colonización será "incorporada al Commonwealth" sólo puede intensificar el temor: porque sólo haría más fácil, a los colonos decepcionados, irse a Perth o Melbourne o Sydney. El remedio del Dr. Steinberg es, sencillamente, prohibir a los colonos todo viaje fuera de su reserva, al menos durante los primeros cinco años. Se les entregarían pasaportes especiales antes de que pudieran partir; los límites de la reserva serían vigilados; y la policía en las ciudades meridionales tendría derecho a seguir a los fugitivos, y enviarlos de vuelta a la reserva o — como lo sugirió Mr. Latham — hacerlos "irse del país". Nada de nuevo tiene este sistema: esencialmente es el mismo que se aplicó en el caso de los indígenas en la Unión Sudafricana o — *mutatis mutandis* — de los judíos en Rusia Zarista, donde tenían que permanecer en su zona y se les vedaba el ingreso en las provincias centrales del Imperio.

Sin duda, el Dr. Steinberg y sus colegas de la Liga de la Tierra Libre, cuando comprendan el significado de tal "garantía" rechazarán por sí solos tal solución. Y tampoco el Gobierno de Australia, en vista de la bella tradición liberal del país, ha de convenir seguramente a un experimento tan dudoso.

La única solución restante sería promover la zona de colonización, desde el primer momento, a la dignidad de Estado independiente, dividido del Commonwealth por una frontera internacional, con el debido control de los dos lados.

Los colonos no tendrían entonces el estigma de la inferioridad cívica; pero los demás inconvenientes serían tan graves que no es probable que alguien se atreva a proponer esta solución a un gobierno australiano.

Es ésta, sin duda, la razón principal por la cual en enero de 1940, en el Parlamento del Commonwealth y ante la pregunta de uno de los miembros, se dió la respuesta oficial de que el Gobierno rechaza el plan de Kimberley.

*

* *

No debe sorprender a los lectores que se conceda tanto espacio a este proyecto particular. *Merece atención, no solamente por la honestidad y dedicación de sus promotores, sino también, y más especialmente, porque la misma serie de objeciones se aplica no solamente a Australia sino a todos los planes "territoriales" fuera de Palestina.*

CAPÍTULO XIV

LA TIERRA DE FATA MORGANA

ESTE título tiene por intención cubrir todos los proyectos presentes y futuros que tienden a encontrar un "territorio adecuado" — fuera de Palestina — donde podría establecerse un Estado o una provincia judíos. A la terminación de la guerra el Estado Judío debe establecerse por acción internacional: el estado mismo, no una comisión de investigación geográfica. La investigación debe hacerse antes del fin de la guerra y podría añadirse, con triste satisfacción, que parece probable que haya tiempo de sobra para tal averiguación. El Comité de Evian es muy competente para realizar la indagación geográfica preliminar, y el mejor medio de justificar su existencia sería preparar la solución del único problema de refugiados que alcanza significado histórico.

El autor no cree en la realidad de ningún proyecto "territorial" para el establecimiento de los judíos fuera de Palestina; a su juicio, sería infructuosa toda búsqueda de otras zonas adecuadas. Pero la averiguación debe ser tratada, no obstante, con el mayor respeto, aun por los sionistas más celosos e intransigentes. Lógicamente, les interesa alentar el escrutinio más detallado de todos los planes que no se refieren a Palestina.

Hay un conocido prejuicio anglosajón contra la aplicación de la lógica en política; un prejuicio equivocado. La vida es siempre infaliblemente lógica. Pero la lógica es un concepto complicado, tan tortuoso como el concepto de la aritmética. Se cuenta de un campesino ruso que una vez pro-

puso la teoría matemática siguiente: "Cuatro y cuatro son ocho, con esto estoy de acuerdo; algunos dicen que cinco y tres también son ocho, pero esto es una trampa de los judíos". Quedaría atónito si le dijeran que 613 menos 1.000 más la raíz cuadrada de 625 más 64 más 30 multiplicado por 9 más veinte también son 8.

Aun más complicados son los métodos de la lógica política. En este problema del "territorio adecuado", en particular, hay que precaverse de caer en la aritmética bucólica simplificada. La cadena de ideas con las que tendría que operar en este caso la lógica de la vida se compone de tres eslabones principales:

- (a) Inevitabilidad del éxodo.
- (b) No es posible el éxodo sino a un Estado Judío.
- (c) No hay más que un lugar adecuado para el Estado Judío.

En esta cadena todos los eslabones son de igual importancia; si uno se rompiera, terminaría la cadena. Por eso no sería prudente imaginar que el punto (c) puede ser suprimido. Hasta Herzl y Nordau, los fundadores del sionismo moderno, tuvieron que pasar por la fase de buscar la Tierra de Fata Morgana antes de comprender la inevitabilidad objetiva del único "sitio". Hoy muchos espíritus cristianos pasan por el mismo proceso, y sería un gran error mostrar irritación o impaciencia porque no han llegado todavía a la etapa final.

En cuanto al resultado de la búsqueda, siempre que sea efectuada de buena fe, no hay necesidad de sentir ansiedad: el resultado está prefijado.

*

* *

La primera consideración que puede hacernos escépticos en cuanto a las probabilidades de tal indagación es ésta: Al ver que tantos territorios se mencionan ahora como adecuados para la instalación de los judíos, ¿por qué ningún gobierno pensó jamás en proponer uno de ellos durante todos los años transcurridos desde la primera guerra mundial?

Los judíos, como constructores de naciones, estaban "en el mercado", de modo prominente, durante este período; y

no era la apuntada una mala "proposición". Todos los gobiernos, y todos los lectores de diarios, estaban infaliblemente advertidos de dos hechos, al menos, sobre Palestina: primero, que durante años la colonización judía había llevado a ese país una afluencia extraordinaria de oro; segundo, que durante todo ese tiempo los judíos de Palestina tenían dificultades con los árabes y fricciones con la administración británica. En términos más sencillos, se daba el caso de una novia con una dote apetecible y que, a juzgar por lo que se oía, estaba descontenta con su prometido, o al menos podría presumirse así. Ésta es una situación que invariablemente despierta atención en el mercado matrimonial y despierta otros ofrecimientos. ¿Por qué no ha ocurrido nada parecido en nuestro caso?

El primer hecho — la afluencia de oro — era conocido en el mundo entero, especialmente por los gobiernos. Entre 1922 y 1936, sobre todo desde 1925, cónsules, banqueros, periodistas y viajeros destacaron ese hecho en todos los idiomas. El segundo — la persistencia de las dificultades — era aún mejor conocido, pues fué objeto de una amplia propaganda, con sensacionales adornos, en 1920, 1921, y 1929, y casi diariamente después de abril de 1936. ¿Por qué no hubo jamás una oferta de competencia: Aquí tienen otro territorio, tan bueno o mejor que el suyo (con seguridad no puede ser peor); vengan aquí y traigan su oro, y no tendrán dificultades?

La única explicación, puramente deductiva pero difícil de eludir, es que no hay tales "territorios adecuados" en el mercado: no hay territorio alguno que combine todas las características necesarias para hacerlo "adecuado". Esto nos conduce a la pregunta: ¿cuáles son esas características?

*

* *

Un territorio — que no sea Palestina — adecuado para establecer el Estado Judío, debe satisfacer, al menos desde el punto de vista gentil, tres exigencias esenciales. Desde el punto de vista del judío puede haber otros requerimientos; pero aquí, en este capítulo, el problema es examinado pragmáticamente, con la más estricta eliminación de idiosincrasias

sentimentales. En pocas palabras, los tres requerimientos esenciales son éstos:

- (a) el territorio debe estar vacío;
- (b) debe ser bueno;
- (c) no debe tener valor alguno para sus actuales dueños.

La primera condición no debe ser tomada literalmente: ninguna tierra es absolutamente "vacía"; pero la población debe ser insignificante. Donde hay ya una población considerable debe producirse la misma dificultad que se presenta con los árabes en Palestina. No importa lo que sean esos indígenas: siempre habrá dificultades. Si ellos mismos fueran incapaces de escribir a los diarios ya encontrarían protectores de piel blanca (ingleses, muy probablemente) que se encargarían de tomar la pluma en su beneficio, y — muy justamente — presentarían al gobierno un problema ético diferente: "Si es injusto dar a los judíos un país poblado sin exceso por los árabes, ¿por qué está bien darles un país poblado por negros?".

El segundo requisito — el territorio debe ser bueno — significa que debe ser apto para la colonización por europeos comunes. Groenlandia está vacía pero, hasta ahora, gracias a Dios, no nos ha sido ofrecida. Una honrada cristiana, Mrs. Franklin Roosevelt, dijo recientemente: "Si hay que encontrar una tierra para los judíos, debe ser una tierra apta para que en ella vivan los judíos". Donde han fracasado completamente otros colonizadores blancos (y esto hace varias generaciones, cuando el hombre era más recio que ahora), los colonos judíos tendrían muy pocas probabilidades, fuera de toda consideración sentimental. Pueden decirse muchas cosas preliminares acerca de valles ecuatoriales y montañas árticas, pero después de un serio escrutinio ningún gobierno o comisión apoyará tal ofrecimiento, sencillamente porque las gentes serias no quieren pasar por tontas. Su creencia en el genio de los judíos para la colonización realmente difícil no es excesiva, probablemente, y puede tenerse la seguridad de que ni en el Labrador ni en los bosques entre el Orinoco y el Amazonas han de buscar el territorio adecuado. Buscarán algo verdaderamente "bueno".

En cuanto a la tercera condición — que debe ser un territorio sin valor para sus dueños actuales — puede ser to-

mada literalmente. El ejemplo australiano es concluyente. La misma aprensión ha de surgir donde exista una frontera común entre el país de los dueños y la provincia judía. Por esto, probablemente, es tan popular el plan de la Guayana entre sus partidarios británicos: la colonia se halla enteramente aislada, de manera que sería nulo el peligro de que los colonos invadieran un territorio británico. Pero en todos los demás casos el Estado que ofrece un territorio a los judíos debe comenzar por renunciar completamente a él: debe convertirlo en un país independiente desde el principio, no tan sólo virtual sino formalmente. El temor de los australianos a que "los fracasados vayan al Sur" se basa en la experiencia. En la moderna colonización agraria hay inevitablemente una gran proporción de fracasados, y éstos deben gravitar inevitablemente hacia las grandes poblaciones. En Australia ha sucedido así una vez tras otra: sus ciudades están llenas de esos desertores de las avanzadas en el bosque. Uno de los últimos desencantos fué la instalación de Theodore, sobre el Río Dawson. Fué iniciada por el Gobierno en 1927. Tenía muchas ventajas sobre el proyecto de Kimberley: no estaba en los trópicos, había una precipitación pluvial normal, el agua del Dawson bastaba para nueve irrigaciones por año, y el costo era de ocho mil libras por colono, cifra generosa. Pero al poco tiempo más de la mitad de los colonos habían fracasado: de 264 en 1927, sólo 124 de los colonos seguían su tarea en 1935 ("muchos de ellos en estado de pobreza y descontento", dice el profesor Griffith Taylor en el informe de Mr. Isaiah Bowman sobre "Límites de la Colonización de Tierras", publicado por el Consejo Americano de Relaciones Exteriores). Ahora los que abandonaron están, naturalmente, en Brisbane, Newcastle, y Melbourne. Pero como son anglo-sajones los australianos no se preocupan tanto. Mas ver sus ciudades inundadas de judíos sería cosa muy diferente (y los judíos estarían llenos de quejas si Tel Aviv se viera de igual modo amenazada por una oleada árabe).

Aun con la mejor voluntad del mundo, no es probable que un gobierno amigo conceda a los judíos un territorio a menos que pueda separarlo del territorio nacional, separarlo de manera tan completa y cabal que la frontera sea impenetrable salvo con pasaportes especiales, en casos espe-

ciales, y por un período limitado. Como el método ruso no puede ser tenido en cuenta, sólo queda el otro expediente: cesión de la soberanía. El territorio judío debe convertirse, legal y formalmente, en un estado independiente y separado, desde el comienzo del experimento. No una provincia "autónoma", ni un "cantón" en una comunidad federal: porque entre las provincias del mismo estado, entre los cantones de la misma federación, no puede prohibirse la libre intermigración de los ciudadanos sin establecer una clase de patrias, sin introducir pasaportes internos y emponzoñar y degradar todo el ambiente cívico. Puede prohibirse la entrada, en una comunidad moderna decente, sólo a los "extranjeros", a las gentes que vienen "del exterior". El territorio judío debe estar legal y políticamente "en el exterior".

Nada hay de imposible en tal separación, siempre que el territorio no tenga valor a juicio de la nación que lo posee. Pero esto sería muy extraño en el caso de una tierra que cumpliera las dos primeras exigencias. "Deshabitada" mas "habitable" da un valor, y un valor bastante envidiable. Buscar una tierra que combine atributos tan mutuamente incompatibles como los de "deshabitada", "habitable" y "sin valor" no es una búsqueda con muchas esperanzas. A juicio del autor solamente hay una región así: la Tierra de Fata Morgana.

*

* *

A esta altura uno espera la pregunta: "¿Pero, responde Palestina a alguno de estos tres criterios? ¿Por qué ha de preferirse Palestina?"

La "elección" de Palestina nada tiene que ver con estos tres criterios. Los sionistas bromean libremente acerca de los inconvenientes naturales de Palestina como país para colonizar: confiesan francamente que no es, en manera alguna, la mejor especie de "proposición colonial", que hay regiones mucho más adecuadas para ese fin... y que todo esto no importa nada, y no tiene importancia sobre la cuestión. Aun más francamente admitirán que la poca voluntad de los árabes locales para recibir la transformación es un hecho muy lamentable, y que las cosas serían mucho más fáciles si no

existiera ese estado de ánimo; pero como existe habrá que vencerlo, por costoso que sea el proceso. Esta actitud no tiene tampoco que ver con ninguna búsqueda o indagación o elección. Para "encontrar" o "elegir" un país, uno compara valores, ventajas y obstáculos, y termina, sin *parti pris* alguno prefiriendo el que ofrece los mejores atractivos y la menor resistencia (y es acaso inevitable que aquello que "atrae y no resiste" no puede ser más que un espejismo). Palestina no pretende siquiera competir con algún otro país en cuanto a atractivos o facilidad de acceso o poco costo de la colonización. El autor siente plenamente el desagrado que alienta a toda su generación con respecto al patriotismo totalitario, pero hay situaciones desesperadas donde no queda nada que elegir y en que la única actitud que puede adoptar un hombre decente es: *Tenga o no razón, mi patria. Con mucha mayor justificación tiene derecho a decir un país que zozobra en el caos: buena o mala, fácil o difícil, barata o cara, mi patria.*

Digamos, de paso, que no resultará tan cara, ni tan difícil, ni siquiera tan mala.

P A R T E I V

CAPÍTULO XV

LA POLÍTICA DEL LIBRO BLANCO

POR qué hablar de Palestina? ¿No hay acaso una tregua? Sería hueca hipocresía pretender que hay una tregua en el debate sobre la debida interpretación que merece el Mandato de Palestina. Debe haber una tregua hasta que haya pasado el peligro común; debe haber una firme decisión de respetar el statu quo, malo como es, sin intentos de burlar a la oposición; debe haber, pero no hay nada de eso.

Al estallar la guerra, en uno de esos momentos en que hasta las personas experimentadas suelen ser sentimentalmente confiadas, el autor y sus asociados políticos esperaban francamente una tregua inmediata entre el movimiento sionista y el Ministerio de Colonias. Es cierto que hablaron de Palestina como Estado Judío en ese llamamiento al judaísmo mundial citado al comienzo de este libro: pero era un grito de guerra, pues la tradición acostumbrada es proclamar el más alto ideal que se alienta al pedir esfuerzos y sacrificios sumos. Esperábamos que pronto comenzaría la verdadera guerra, los esfuerzos y los sacrificios, para los judíos como una de las naciones aliadas; y, sobre todo, que se reclutarían tropas judías según el precedente de la primera guerra mundial. Eso — pensábamos — haría superflua toda reivindicación verbal; en la línea de fuego se formularía una reivindicación mucho más poderosa a un lugar en el mapa del mundo. Una nación con soldados en el frente puede allanarse a renunciar a las discusiones hasta que comiencen las negociaciones para el arreglo; entre tanto, cuanto menos digan sus

voceros tanto más claramente hablarán por ella sus soldados. En septiembre estábamos muy dispuestos a lanzarnos a la labor de la guerra y retirar las baterías políticas: en la presunción, claro está, de que también retiraría sus baterías el otro bando, y de que nuestro esfuerzo de guerra era necesario.

Nos equivocamos en las dos presunciones. No se quiere el esfuerzo judío en la guerra; no hay deseo de tratar a los judíos como nación aliada, o solamente como nación, o como una entidad cualquiera; y en Palestina el bombardeo del statu quo por el otro bando es más recio que nunca. Porque, aun cuando haya disputas acerca de lo que comprende y no comprende un statu quo, en circunstancias complicadas por tres años de disturbios, hay una cosa fuera de toda duda: el statu quo ante, en el orden legal en Palestina, no puede incluir la intervención activa de un Libro Blanco que jamás ha sido ratificado, ni siquiera discutido por el Consejo de la Liga de las Naciones.

Ya el 10 de septiembre de 1939, una semana después de declarada la guerra, el autor y sus asociados políticos hicieron un intento formal de aclarar esta cuestión, en un documento que decía:

Llamamos la atención del Gobierno de Su Majestad sobre el hecho de que, como la sesión de septiembre del Consejo de la Liga de las Naciones fué postergada sine die, no puede atribuirse validez legal, ni aun provisionalmente, al Libro Blanco de Palestina emitido en mayo último.

Esta opinión ha sido ya sometida al Ministro de Colonias, pero el asunto, especialmente en condiciones de tiempo de guerra, trasciende evidentemente de la competencia de un solo departamento y debe ser elevado al juicio del Gobierno todo.

La Comisión Permanente de Mandatos fué unánime en su reconocimiento de que la política (del Libro Blanco) no está de acuerdo con la interpretación del Mandato de Palestina hasta ahora adoptado por el Consejo de la Liga de las Naciones. Aun la minoría de tres, que entendió que el Consejo quizás podría no rehusarse, en su inminente sesión, a modificar su criterio anterior y

adoptar la interpretación del Libro Blanco, convino también en que esto significaría un cambio.

Es evidente, ahora que se ha postergado la sesión del Consejo, que el Gobierno Mandatario no tiene autoridad alguna para efectuar cambios de tal alcance en la interpretación de un Mandato cuyo único intérprete autorizado (y el Gobierno británico lo admite) es el Consejo.

... La única forma correcta es tratar el Libro Blanco como en derecho inglés se trataría una ley aprobada por los Ministros pero todavía sin el asentimiento del Rey en Parlamento; y, entre tanto, es evidentemente la interpretación anterior la que debe formar la base de la legalidad.

Esta condición primaria de la tregua ha sido oficialmente descartada. Algunos de los pronunciamientos más autorizados en este sentido deben quedar, inevitablemente, sin citarlos; pero baste decir que el Ministro de Colonias, aun al responder a preguntas parlamentarias, se refiere abiertamente al Libro Blanco de Mayo de 1939 como política legalmente válida y dominante en lo que atañe a Palestina.

Esto merece atención aún sin tener en cuenta la cuestión de Palestina: forma una pequeña disonancia tan extraña en el solemne oratorio que declara que es deber de los poderosos respetar el pacto y la suprema autoridad de la Liga, esperar siempre el veredicto de Ginebra, y no emplear jamás, por acto unilateral, la treta del hecho consumado, menos aún con los débiles. . . La disonancia podría pasar desapercibida en el trueno de grandes acontecimientos, salvo en el pequeño rincón donde habitan los débiles: pero es de todas maneras cómo uno de esos chirridos que demuestran que por algún lado algo marcha mal en la gran maquinaria.

*
* *

No es un secreto que se hacen grandes esfuerzos, incluso la prohibición de vender tierras a judíos, para traducir en actos legislativos decisivos la política del Libro Blanco, que domina el campo aunque no tiene pasaporte legal.

En el campo de la práctica administrativa ha habido durante mucho tiempo abundantes síntomas inquietantes de que la burocracia de Palestina se siente inspirada, aún sin esperar a la sanción legal, para tratar al Libro Blanco como su único texto. Esta tendencia ha sido especialmente conspicua en dos sentidos. El primero es el de la inmigración. En todas las negociaciones acerca del número de personas que deben admitirse o rechazarse, los funcionarios de Jerusalén y Londres citan abiertamente el Libro Blanco como fundamento: el Libro Blanco establecía que podría permitirse, en ciertas condiciones, la entrada de 25.000 refugiados; el Libro Blanco prohibía definitivamente el aumento de tal o cual cuota... El resultado moral de esta desobediencia consciente, premeditada, tan dueña de sí, de la legalidad, en los círculos más altos, será lo que debe ser siempre: en la primera oportunidad aparece la ilegalidad bajo la superficie y en todas direcciones.

Son ya visibles algunos otros resultados prácticos; resultados que, pese a la reticencia de la prensa británica, han llegado a conocerse y han producido dolorosa impresión: pero la experiencia real ha sido, desgraciadamente, mil veces más dolorosa. En octubre de 1939 y febrero de 1940, más de dos mil refugiados judíos quedaron detenidos en el Danubio, aislados en cuatro viejas barcazas. Ninguna de las cuatro era digna de contener ni siquiera cincuenta pasajeros humanos: tenían que acomodar a quinientos o seiscientos cada una, incluso muchas mujeres y niños. Antes de que esas gentes embarcaran en las barcazas, probablemente en Bratislava, se habían fletado vapores para trasbordarlas en el estuario del Danubio y conducir las "ilegalmente" a Palestina; de manera que el viaje en barcazas debía durar apenas unos días: aguas abajo desde Bratislava hasta la costa del Mar Negro, en el tibio clima otoñal de las llanuras balcánicas. Pero en Angora y en Atenas intervinieron "influencias oficiales", cuyo origen es muy fácil identificar, y los vapores fletados, pertenecientes a súbditos turcos y griegos, tuvieron que cancelar los contratos y retirarse. Reemplazarlos resultó imposible por muchos meses, pues — aparte de la presión oficial del origen tan fácilmente identificable — los fletes subían diariamente a alturas fabulosas, en parte por causa de la posición privilegiada del Mediterráneo en la

guerra. — Lo que aumenta especialmente los fletes en el negocio de la inmigración "ilegal" es su "riesgo de guerra" particular: pues si un barco así es sorprendido en aguas territoriales de Palestina el capitán y los tripulantes van a la cárcel y el buque es confiscado. Estas dos mil personas, pues, quedaron detenidas en el estuario del Danubio, sin permitirles desembarcar, ni seguir navegando, ni volver a su puerto de origen. Entre tanto llegó el invierno y se heló el río. Las personas a quienes se permitió llevar víveres a las barcazas informan, sin apasionamiento ni exageración, que algunos aspectos de la suerte de estos refugiados eran definitivamente peores que todo lo experimentado en los campos de concentración nazis: durante semanas y semanas interminables, en el frío horrible de ese invierno memorable, sin posibilidad de hacer ejercicio, o de estirar siquiera brazos y piernas, pues las autoridades de la costa prohibían a los refugiados desembarcar aunque fuese momentáneamente, pues sus visas eran solamente para el tránsito por el Danubio, que es un río internacional. Por lo menos una de las barcazas era un viejo buque cisterna, cuyas paredes de hierro, sin cubrir, se cubrían de humedad, pronto convertida en hielo. Dos niños nacieron en ese barco.

Un rasgo significativo es la actitud de algunas damas de la colectividad británica de Bucarest, encabezadas por Miss Boyd (directora de la escuela secundaria inglesa), Miss Gadge y Mrs. Wallie: recolectaron donaciones de los miembros de la colectividad y proveyeron cien camas para los niños y los ancianos, además de ropas de abrigo y setenta y cinco mil lei. Llegó también una corriente de donaciones de las comunidades judías de los Balcanes, de los judíos de los Estados Unidos, Francia y Sud África. En el momento de escribir este capítulo, a principios de febrero de 1940, se ha permitido seguir viaje a los refugiados: en cuántos vapores, de qué tonelaje, en qué condiciones, y a qué precio, todos estos detalles, probablemente tan notables a su manera como los de la etapa danubiana de la aventura, sólo se sabrán cuando su ambulación haya terminado (1).

La política de "puertas cerradas" que es la causa de

(1) Estos refugiados, "inmigrantes ilegales", llegaron por fin a Palestina el 14 de febrero.

toda esta miseria no tiene justificativo en la conciencia moral ni en la ley.

Desde el punto de vista moral, Palestina debería ser el último país en rechazar judíos que huyen de la guerra. Hasta ahora se ha salvado de la guerra, en comparación no sólo con los países de donde huyen esos refugiados, sino también con muchas tierras neutrales. No haría más que desempeñar un papel en el esfuerzo común si sirviera como campamento de refugiados: aun aparte de toda consideración de un Hogar Nacional sería un gran servicio para los aliados y Europa. Lituania, que no tiene la décima parte de los recursos financieros que puede reunir Palestina con ese fin, de todas partes del mundo, abrió sus puertas diariamente a los fugitivos que llegaban a su "verde frontera", cerca de Vilna. ¿Por qué se exime a Palestina?

En cuanto a la ley — si el Mandato es la ley — el Mandato prescribe que la inmigración de judíos debe ser alentada "en condiciones adecuadas". ¿Qué condiciones pueden ser más "adecuadas" que las del día presente? Vemos gentes desarraigadas por el desastre; toda la humanidad civilizada simpatiza con su agonía; la mitad de los gobiernos del mundo buscan regiones en que puedan absorberse los refugiados; medio millón de judíos en 300 colonias se ofrecen ansiosamente para atender a los recién llegados, y los fondos de caridad de todo el judaísmo se hallan dispuestos a ayudarles. Pero el Mandato ha sido superado: por un documento ilegal.

*
* *

En otro sentido es aún más perturbadora la política gubernamental inglesa: el intento de paralizar la organización judía de defensa propia. No hay, desgraciadamente, ninguna otra explicación de dos acontecimientos recientes: cuarenta y dos judíos fueron sentenciados en noviembre a largas penas de prisión por hacer instrucción con armas, y otros treinta y ocho lo fueron en enero. No hay precedente de esta actitud en la historia de Palestina bajo el régimen británico desde 1920. En aquel año, veintiún judíos fueron condenados a prisión por una corte militar que los acusaba de

prepararse para la defensa propia con armas; pero el proceso de ese tribunal fué después anulado por el Consejo Militar. Desde entonces no se hizo intento alguno, sea por las autoridades civiles o las militares, para contener el desarrollo de la fuerza. Su existencia es conocida por las autoridades y lo ha sido siempre; durante los disturbios anti-judíos de 1921 y 1929 la policía y los militares británicos llegaron a colaborar con "las patrullas judías" según el término de los soldados británicos; durante los disturbios de 1936-1939 esta milicia judía prestó valiosísimos servicios al Gobierno y a las tropas, tanto al proveer hombres adiestrados para la policía auxiliar oficial como mediante la acción autónoma. Pueden citarse casos en que los jefes judíos recibieron cordial agradecimiento de las autoridades militares británicas. ¿Qué ha ocurrido desde entonces para provocar este intento de suprimir "la instrucción militar ilegal de los judíos"?

La única cosa nueva que ha ocurrido desde que estalló la guerra debió producir el resultado contrario: un aumento de la confianza mutua entre el Gobierno y la defensa propia judía. Una sección de esta última, el "Irgun" (su título completo es "Organización Militar Nacional"), fué tenida por responsable de las activas represalias en masa contra el terror árabe en 1937-1939; era la única sección de las fuerzas judías de defensa propia que podría llamarse en realidad "clandestina", y no solamente no oficial como las restantes; y poseía una trasmisora radiotelefónica secreta que se utilizaba para propalar advertencias, anuncios y propaganda. Pocos días después de estallar la guerra, el "Irgun" propaló una declaración de lealtad a los aliados, de voluntad de cooperación con el Gobierno para la defensa de Palestina y en cualquier otro frente, y de resolución de "cesar el fuego" y proclamar una tregua con los árabes. En círculos oficiales este cambio de frente fué reconocido; hasta podría decirse que fué reconocido con simpatía en muchos sentidos. ¿Qué ha ocurrido desde entonces para explicar el hecho de que unas semanas más tarde iba a ser recompensado con algo que parece una cruzada en menor escala?

Esto no tiene precedentes en Palestina ni en cualquier otro país. El único en que ha funcionado jamás como institución permanente la defensa propia judía ha sido Rusia

zarista. En 1905, en Odessa, el autor estaba presente cuando la gendarmería de azules uniformes, el equivalente zarista de la actual OGPU, invadió el departamento de una familia judía, de noche, en busca de literatura revolucionaria. No la encontraron, pero sí una cantidad de manifestos recién impresos con el nombre de una organización de defensa propia judía — un cuerpo perfectamente ilegal — en que se instaba a los judíos a armarse y adiestrarse y resistir los pogroms. “Esto no es cosa mía — dijo el oficial a cargo del procedimiento, haciendo a un lado los manifestos —. Esto no tiene nada que ver con actividades políticas subversivas”.

Así siguieron las cosas hasta la caída de los Romanoff. No recuerdo un solo caso de un ataque policial grave contra los organismos judíos de defensa propia o sus modestos arsenales. Había una extraña especie de rectitud entre criminales en la actitud psicológica de aquel sistema policial: la policía jamás detenía un pogrom, y a menudo se sospechó que preparó algunos, pero por lo menos entendía que debía darse a los judíos la oportunidad de combatir esos pogroms.

Después de la caída del zar, Odesa, la más grande comunidad judía en Ucrania, durante los dos años de la guerra civil (1918 y 1919) estuvo guarnecida por un cuerpo de voluntarios llamado Compañía Judía de Batalla. Sus componentes estaban uniformados, vivían en cuarteles y se hallaban relativamente bien armados. Era, claro está, un organismo enteramente ilegal; pero los trece gobiernos que se sucedieron en la ocupación de la ciudad (los franceses, los griegos, los rusos blancos, los bolcheviques, los ucranianos, etcétera), respetaron sin excepción a la organización judía de defensa propia. Su organizador, S. Y. Jacobi, mozo de veinte años entonces, se instaló después en Inglaterra, soñando repetir algún día esa misma experiencia pero en escala mucho mayor, bajo la égida británica; mas murió en noviembre de 1939, y de todas maneras la égida británica no parece disponible para ese propósito.

Ni el autor ni nadie ha de sugerir que los dos regímenes pueden compararse. Pero sigue en pie el hecho de que en Palestina se ha permitido que el terror antijudío persista durante años; y no hay duda de que el Gobierno quería de

verdad contenerlo, y algunos pueden llegar a admitir que “hizo todo lo que pudo” por contenerlo: pero aparentemente no bastaba con eso. ¿Por qué, entonces, una administración decente ha de dejar de observar una ley no escrita que fué respetada hasta por el zarismo, hasta por el caos?

Esta cuestión fué elevada recientemente, en debido escrito formal, a la autoridad del caso en Londres. La explicación que se obtuvo fué en el sentido de que la autoridad competente no puede admitir que exista justificativo alguno para que los judíos se armen y se instruyan militarmente, en forma ilegal, en Palestina.

Curiosa actitud es ésta, en el invierno de 1939, después de que una experiencia de tres años ha demostrado cuán poca protección oficial puede darse en realidad a las colonias judías, aun en tiempo de paz; y hoy se da menos que nunca, hoy que estamos quizá en el umbral de complicaciones imprevisibles. Ahora más que nunca debería reconocerse como hecho justificable la preparación para la protección propia. En esta actitud no hay lógica ni justicia, ni un cuidado elemental de la seguridad de una minoría expuesta a grandes peligros; pero hay método: es el de la política del Libro Blanco, que muestra su resentimiento frente a todo lo que en alguna manera recuerde el sueño judío de un estado propio.

*Sería un ridículo quijotismo por parte del judío, que habría sido el socio menor en la tregua si la hubiese habido, hacer el tonto juego de **noblesse oblige** cuando es evidente que no hay tregua alguna. Guerra o no guerra, el socio mayor ha decidido que continúe el debate sobre el futuro de Palestina, y nosotros seguimos la corriente.*

CAPÍTULO XVI

EL SOBORNO INFRUCTUOSO

ACUSAR al Gobierno de birlar posiciones a los judíos puede ser acaso una falta de respeto, pero a ello está dedicado, según la impresión compartida por todos los observadores de Palestina, que contemplan la forma en que la política del Libro Blanco va socavando el statu quo. Quizá el aspecto más alarmante de este sistema es su inutilidad inevitable; porque es inútil aún desde el punto de vista de sus autores y partidarios. Formularon el Libro Blanco de 1939 para aplacar a los árabes de Palestina; ahora demuestran la mayor ansiedad por ejecutarlo, sin una muestra siquiera de legitimidad, y por la misma razón: a fin de que quede satisfecho el partido Nacionalista Árabe. Estos autores y partidarios de la política contra el Mandato tratan de acallar todas las protestas con el mismo argumento: que este método es el mejor para calmar a los árabes e impedir que insistan en nuevas concesiones.

Tan optimista perspectiva es ilusoria. Los judíos han sido hondamente heridos y lastimados por el Libro Blanco de mayo de 1939, pero no por ello es prudente concluir que los árabes han sido "comprados" por sus promesas. Ni un solo nacionalista árabe de Palestina, sea Husseini o N-hashibi, ha sido engañado por un momento hasta el punto de considerar que el Libro Blanco es satisfactorio, salvo como un golpe a los sionistas. Jamás ha considerado que contiene un párrafo de valor real y positivo con respecto a las aspiraciones árabes; jamás lo ha mirado como otra cosa que

un punto de partida para la renovada ofensiva del mañana. Y en esta apreciación negativa, además, los árabes, desde su punto de vista, están perfectamente justificados: un golpe para las esperanzas judías es al mismo tiempo un golpe a las aspiraciones árabes.

Tal vez sea conveniente reproducir aquí un breve análisis de ese Libro Blanco, visto a través de los ojos de un grupo de inteligentes árabes de Palestina. Fué hecho llegar al autor, inmediatamente después de la publicación del documento, por amigos de confianza, que se mantienen en estrecho contacto con los círculos nacionalistas árabes; y su firme lógica, que no puede menos que llamar la atención del lector, es íntima prueba de su veracidad.

*
* *
*

Desde el punto de vista árabe, casi lo único bueno del Libro Blanco es que rechaza explícitamente el ideal del Estado Judío y promete paralizar la inmigración (o hacerla depender del consentimiento de los árabes, que es lo mismo) después de que se hayan admitido 75.000 judíos más en un período de cinco años. Sin embargo, la decisión de prohibir la venta de tierras a los judíos, fuera de las zonas que son ya predominantemente judías, es en sí misma una cosa buena, aunque en este sentido cualquier ley podría ser fácilmente burlada. La suspensión de la inmigración es una conveniencia mucho más deseable: es en realidad el punto principal, por ser aún más esencial que el rechazo del principio del Estado Judío. Si se toman las tres cosas juntas, este aspecto de la política del Libro Blanco es excelente, siempre que resulte de aplicación permanente.

En cuanto a la aplicación permanente de los Libros Blancos Británicos sobre Palestina, los árabes, que juzgan por los precedentes, no tienen mucha confianza. La actitud oficial hacia la pretensión del Estado Judío, por ejemplo, ha sido expuesta en toda una serie de documentos autorizados, cada uno distinto de los demás. En 1922 el Libro Blanco Churchill formuló la pretensión en cinco páginas de prosa tan elocuente y complicada que nadie pudo establecer debidamente si el Gobierno quería o no impedir la

transformación de Palestina en un Estado Judío; pero más tarde el mismo Mr. Churchill confesó a la Comisión Real que en el texto no había nada que tendiera a impedir tal transformación. Después la Comisión Real comprobó que el único camino para cumplir la obligación del Mandato con respecto a los judíos era darles un Estado Judío en algún lugar de Palestina; y un Libro Blanco de 1937, el de la partición, fué el resultado de esa idea. Un año más tarde quedó descartado el plan de división del país; y ahora, en 1939, aparece un Libro Blanco que afirma que el Gobierno se opone inequívocamente a la creación de un Estado Judío. Muy bien; pero no puede uno menos que sentirse incómodo al pensar si este Libro es el último de lo que parece ser una larga serie de documentos contradictorios.

Porque esto es lo que parece ser. Tomemos la cuestión del Consejo Legislativo. El Libro Blanco de 1922 "estableció" un Consejo Legislativo, con mayoría árabe, en Palestina; pero otro Libro Blanco, publicado también en 1922, lo canceló. En 1930 el Libro Blanco Passfield lo "estableció" nuevamente: un Consejo Legislativo con mayoría árabe; y otra vez quedó en la nada. En 1935 el Libro Blanco Wauchope lo prometió final y definitivamente: un Consejo Legislativo con mayoría árabe; y otra vez quedó en la nada; después, el Informe de la Comisión Real sostuvo que el plan era impracticable; y ahora el nuevo Libro Blanco no contiene promesa alguna de legislatura electiva. ¡Tres Libros Blancos desperdiciados!

O tomemos la inmigración judía. El Libro Blanco de 1922 prometió reducirla: en aquel entonces había menos de cien mil judíos en Palestina. Unos años más tarde esa cifra llegaba al doble. Entonces, en 1930, el Informe Simpson demostró que no era económicamente permitible la continuación de la inmigración, se publicó el Libro Blanco Passfield, y los árabes esperaron que se contendría la "inundación". Ya había en el país doscientos mil judíos. Unos años más tarde la cantidad había aumentado nuevamente al doble; había cuatrocientos mil judíos en 1936, y hay casi medio millón ahora. No ha de sorprender, pues, que los árabes piensen a veces que "Libro Blanco" y "Libro en Blanco" son sinónimos. No hay duda de que un Libro

Blanco da una indicación precisa y auténtica de lo que quiere el Gobierno en el momento de publicarlo; pero eso no sirve de indicación acerca de lo que pueda querer el Gobierno un año más tarde.

Así pues, agradecidos como estaban los árabes por todas estas buenas intenciones, las apreciarían mucho más si un Libro Blanco contuviera una garantía real de que esas intenciones no han de ser abandonadas en la próxima oportunidad. ¿Qué constituye una garantía *real*? Hay sólo una respuesta: un gobierno árabe, pero inmediatamente, antes de que el viento haya tenido tiempo de cambiar.

Ésta es la única razón por la cual los árabes querían "un gobierno árabe inmediatamente"; aunque sólo fuese para "ejecutar" el aspecto puramente negativo del Libro Blanco — la anulación del peligro judío —; era, para ellos, indispensable. Pero este aspecto negativo del asunto era, claro está, de importancia solamente secundaria. Son patriotas por sobre todas las cosas, y para ellos la cuestión primordial es su ideal positivo del Estado Árabe. Por ese ideal han luchado durante estos tres años tan difíciles. Tuviron suficiente diplomacia para no exponerlo tan crudamente, para no hablar de "gobierno árabe"; su fórmula oficial parecía más moderada: "un gobierno de palestinos", en que los judíos serían invitados a participar, pero en el cual, naturalmente, los árabes tendrían la mayoría. Pero el punto principal era que debía procederse en ese sentido inmediatamente. La vida de un Libro Blanco es muy breve; cuando uno encara legislaciones tan pasajeras se prefiere el pago en efectivo y al contado.

En esto fueron decepcionados. El Libro Blanco promete conceder a Palestina la "independencia" — o lo que allí se llama "independencia" — solamente al cabo de diez años, y aun así solamente si el Gobierno mandatario (de 1949) lo considera aconsejable. Escuchemos esto: "Si, al cabo de diez años, parece al Gobierno de Su Majestad que, en contra de sus esperanzas, las circunstancias requieren la postergación del establecimiento del estado independiente", será postergado "con miras a realizar el objetivo deseado en la fecha más cercana posible". Lo cual significa, en la práctica, que si por ese entonces los judíos empezaran a clamar que los árabes los oprimen, y provocan

tumultos en un par de ciudades, con unas cuantas víctimas por ambos lados, y sus amigos de la Cámara de los Comunes formulan la acostumbrada especie de discursos, no habrá "independencia". Desde el punto de vista árabe esto es una victoria judía: los judíos han insistido siempre en que Palestina debe ser independiente sólo cuando ellos lo quieran; y esto es lo que les promete el Libro Blanco, en términos velados pero transparentes.

Aun peor, desde el punto de vista árabe, es el cuadro de esa misma independencia — si llegan a vivir lo suficiente como para conocerla — según está definida en el Libro Blanco. Gran Bretaña "exigirá ser satisfecha en cuanto a que se han tomado las disposiciones adecuadas" para lo siguiente:

(a) "La seguridad de, y libertad de acceso a, los Santos Lugares, y la protección de los intereses y propiedades de los diversos organismos religiosos". — Todo habitante de Palestina sabe qué significa esto: administración de la Ciudad Amurallada de Jerusalén y partes de Nazaret, Belén y Hebron; control de los ferrocarriles que conducen a esos lugares; control de todos los arreglos que regulan las relaciones entre las diversas iglesias, incluso la musulmana y la judía. En particular, el asunto del Muro de los Lamentos quedará fuera de la jurisdicción árabe.

(b) "La protección de las diferentes comunidades de Palestina de acuerdo con las obligaciones del Gobierno de Su Majestad con respecto a los árabes y a los judíos, y la posición especial del Hogar Nacional Judío". — Esto significa toda la actividad legislativa y administrativa referente a la educación, representación en las municipalidades, justicia en los casos en que se afecta a los dos pueblos, los derechos de los dos idiomas en la vida pública, fondos oficiales para los hospitales, y muchísimos casos más, que cubren prácticamente todo el campo de la vida pública en un país como Palestina.

(c) "Los requerimientos que se consideren necesarios para atender a la situación estratégica...". — En otras palabras, las guarniciones militares.

(d) "Los intereses de ciertos países extranjeros".
... En otras palabras, un dedo metido en el Ministerio de Relaciones Exteriores "independiente" de Palestina.

Para todo esto tendrá que contener salvaguardias "adecuadas" la constitución futura de Palestina. Los árabes creen saber qué significa esto. Los británicos dirán que, tal como las responsabilidades estratégicas no pueden ser resguardadas con meros párrafos en el papel, sino solamente por soldados británicos, todas las demás responsabilidades pueden ser solamente resguardadas por funcionarios británicos. Se les llamará probablemente "asesores"; y todo árabe sabe qué quiere decir esto. Saben que un asesor es un funcionario británico adjunto a un ministro indígena, y sin la firma del asesor no es válida ninguna orden de ese ministro; de manera que el asesor es en realidad el ministro, y el ministro no es siquiera un asesor. A juzgar por la cantidad de asuntos que tendrán que ser resguardados de esta manera, opinan los árabes que, en comparación con esa especie de independencia, la que goza cualquier municipio provincial parecería una autocracia sin trabas.

La verdad acerca del Libro Blanco de 1939, desde el punto de vista árabe, es ésta: es un intento de anexar virtualmente Palestina al Imperio Británico para siempre, utilizando el Hogar Nacional Judío como justificación. Como podrá sostenerse siempre que los judíos temen a los árabes (los judíos lo dirán de buena gana, mientras sigan en minoría), la supervisión de Gran Bretaña no cesaría jamás. Cualquiera sea el nombre glorificado que se dé a esa relación — alianza, — por ejemplo — Palestina ha de seguir siendo una colonia británica. Éste es el sentido del Libro Blanco. Palestina no podrá unirse jamás a una Federación Árabe, a menos que también esa Federación se vea también "federada" en el Imperio Británico.

Es evidente, desde el punto de vista de los árabes de Palestina, que esta situación resulta del todo inaceptable. Jamás se ha hecho cuestión siquiera de aceptarla. Su único valor, para los árabes, es que repudia formalmente la idea del Estado Judío. En cuanto al resto del Libro Blanco, el próximo paso será un esfuerzo árabe concertado para borrar hasta la última de sus palabras.

*
* * *

El interés del autor se opone diametralmente al de los nacionalistas árabes de Palestina, y no es cosa suya defender el caso por ellos; además, considera que no tienen cuestión alguna contra los judíos, ni contra un gobierno firmemente decidido a llevar a su conclusión la política del Hogar Nacional Judío. Pero contra una política que tiende a sobornar a los árabes dañando a los judíos, el caso árabe que acaba de presentarse es incontestable: el soborno no es ni siquiera ilusorio; no existe, sencillamente. El Libro Blanco no ha satisfecho, ni podría haber satisfecho a los árabes de Palestina.

Lo cual significa que en la primera oportunidad que se les presente puede esperarse que llevarán aún más adelante sus pretensiones. Esto no implica que el autor les acuse de deslealtad con los aliados: prefiere presumir que todos los pueblos en contacto con Gran Bretaña y Francia están unidos en un solo propósito: *delenda est Carthago*. La India está unida a los aliados en ese sentido, pero la India apremia por sus exigencias en este momento, durante la guerra; y los musulmanes de la India, como son la minoría, se sienten alarmados.

Corresponde pues a los judíos asumir su papel en la controversia ininterrumpida. El porvenir de Palestina está en el temario del día, por voluntad de factores por los cuales no nos corresponde la responsabilidad; y no ha de perderse un momento en la formulación e insistencia sobre la pretensión de que Palestina, a ambos lados del Jordán, es el único lugar "adecuado" para ese Estado Judío que, por ser el único remedio contra el cáncer de Europa, se ha constituido en la urgente necesidad del mundo.

CAPÍTULO XVII

EL PLAN MAX NORDAU

EL extinto Max Nordau, colaborador de Herzl en la fundación del sionismo político, fué probablemente el pensador más revolucionario de la generación finisecular. En 1919 estaba viejo y enfermo, a medias olvidada su fama literaria, muy discutida pero de todas maneras universal, mas era todavía una gran fuerza intelectual, con una rara riqueza de erudición. Aquél fué el período de la luna de miel de la Declaración Balfour, y Max Nordau presentó un plan que debía ejecutarse en la mejor manera posible, de una vez por todas. Era un plan para el transporte inmediato y simultáneo a Palestina del primer medio millón de inmigrantes de los ghettos de Europa Oriental.

Los principales círculos judíos de la época no respondieron y el plan fué olvidado. Ahora ha llegado el momento de hacerlo revivir, como única forma práctica y razonable de resolver una situación incomparablemente más urgente que la de 1919. Los proyectos de Max Nordau se referían solamente a Palestina; igual carácter, en sus verdaderas intenciones, tienen las sugerencias del presente autor; pero, en homenaje a la conveniencia formal, el delineamiento que se da a continuación puede expresarse en términos aplicables a cualquier "zona adecuada", siempre que la zona sea convertida en un estado judío y pueda absorber el gran éxodo.

*
* *

Adaptado a las presentes condiciones, el Plan Max Nordau puede resumirse como sigue:

- 1.—Todo el éxodo debe exigir unos diez años.
- 2.—El primer millón de colonizadores será trasladado en el primer año, o aun menos.
- 3.—Todos los planes deben hacerse durante la guerra, de manera que la labor pueda iniciarse apenas terminada la conferencia de paz.

Expresado en una forma menos abrupta, esto significaría lo siguiente:

- 1.—La transferencia al país nuevo de todos los judíos de Europa centro-oriental que se registren voluntariamente con ese fin debe efectuarse dentro de un período que no exceda de diez años.

- 2.—El primer millón de colonos, reunidos y sumariamente preparados, será transferido simultáneamente, al comienzo mismo de la migración, dentro del tiempo mínimo indispensable para la ejecución técnica del transporte, que no debe pasar de un año.

- 3.—Todos los proyectos preliminares en cuanto a los métodos de instalación, arreglos financieros y cualquier otro asunto relevante deben ser preparados en lo posible durante la guerra, por el Comité Intergubernamental de Refugiados, reforzado mediante la inclusión de representantes judíos, o por otro cuerpo adecuado que se establecerá con ese fin.

El transporte mismo del primer millón, al nuevo país de instalación, comenzará dentro del plazo más breve posible a partir del fin de las hostilidades, y tan pronto como se haya reunido el necesario empréstito internacional y se haya completado la inscripción de colonos listos para ser transportados.

*
* *

El autor no tiene la intención de presentar aquí una presentación sistemática del Plan Max Nordau.

En los párrafos siguientes se indicarán solamente algunos de los aspectos menos especializados del plan. Son éstos:

- 1) el ritmo;
- 2) industria, no agricultura, como base de la economía de la inmigración en masa;
- 3) el método de los planes;
- 4) el plan financiero.

*
* *

Hace veintitún años, la crítica a la idea de Max Nordau se basaba en la presunción de que la colonización en masa "debe" ser un proceso muy lento. Esto era considerado entonces como una verdad "científica" que no admite excepciones. No sería posible considerarla así ahora, después de todas las experiencias habidas en el rápido desplazamiento de masas humanas desde la primera guerra mundial. El éxodo griego de setecientas mil personas, tan a menudo citado, no es el único ejemplo; entre 1919 y 1924, un total de 2.450.000 personas cambiaron de ubicación entre los Balcanes y el Asia Menor, con resultados que los observadores neutrales entienden han sido mucho más satisfactorios que la situación existente antes de la migración. Esas masas no solamente fueron trasladadas con rapidez, sino que quedaron rápidamente absorbidas en la economía de sus nuevos países.

Mas aunque aceptemos la presunta "regla" de que la absorción económica de los inmigrantes es un proceso lento, su *transferencia* al país de instalación puede ser evidentemente acelerada a voluntad: y ésta es la esencia del Plan Max Nordau.

Sus ventajas, sin tener en cuenta el país de instalación, serán muchas y de grandes alcances. La tensión en Europa centro-oriental quedará inmediatamente reducida. En números redondos, se ayudará inmediatamente a trescientos mil judíos a emigrar de Alemania y Austria, a quinientos mil de Polonia, a cien mil de Hungría y otros tantos de Rumania. Aun más positiva será la seguridad, inherente a la misma esencia de un Estado Judío, de que el proceso ha de continuar: una seguridad que contribuirá sobremedida a la paralización de la lucha racial. Como contrapeso de

esto, todas las dificultades de una tierra nueva recargada de gente son cosas sin importancia, especialmente para personas que, hace muy poco tiempo, han conocido peores dificultades.

Este efecto del éxodo en la atmósfera interracial de la Zona Antisemita debe ser reforzado aún más y perpetuado por la regla de que la mejor edad para el primer millón de colonizadores es la edad de la máxima fertilidad. Entre los judíos de Europa oriental esa edad va aproximadamente de los veinticinco a los cuarenta años para los hombres, y de los veintitrés a los treinta y siete para las mujeres. Tendrá que descartarse el prejuicio sionista en favor de la dulce adolescencia: por lo menos los dos tercios del primer millón tendrán que ser personas maduras más que jóvenes. Las personas de esa edad son muy adaptables a las tareas de colonización en un clima que no sea excesivamente exótico; y, como son la base principal de la tasa de natalidad de la nación, es sumamente importante que no se las deje atrás para llenar nuevamente la brecha producida, sino que cumplan esa misión en el nuevo país.

*
* *

Al encarar una migración en masa de este carácter hay que olvidar una premisa tradicional de la economía política: el axioma de que la base de la sociedad es la agricultura. Quizá sea así, pero no tiene referencia alguna con nuestra misión. Aquí domina un axioma diferente: el nervio de la economía de la migración en masa, en nuestros días, es la industria. Es evidente que en una empresa colonizadora de tal magnitud, especialmente cuando es imperativa la velocidad, la agricultura, como medio de absorción de grandes masas de inmigrantes, sólo tiene un valor secundario. La economía de la inmigración en masa depende, sobre todo de las fábricas y la construcción edilicia; en grado mucho menor, del comercio y el transporte; y en último término de la agricultura.

Esto no tiene nada que ver con el porvenir de la colonia: aunque se desee que el país de instalación se convierta a la postre en una comunidad predominantemente bucólica,

en el comienzo habrá que dar precedencia a la industria, dejando que la agricultura venga al final y crezca lentamente y conquiste el primer lugar si puede.

Esta regla es de importancia dominante en todos los aspectos de nuestra colonización.

Supera a la actitud tradicional con respecto a la tierra y el agua. Una ciudad industrial floreciente, que alimenta a miles de personas, puede ser construída sobre suelo pétreo, donde ningún granjero podría prosperar. El agua de la peor calidad, inutilizable en la irrigación de los campos, puede emplearse en las calderas de las máquinas a vapor. En agricultura puede resultar antieconómico llevar agua por cañerías a largas distancias, o excavar depósitos para el agua de lluvia suficientemente hondos para reducir la evaporación: pero lo que es demasiado costoso para los lentos y conservadores beneficios de la producción de cereales puede resultar digno del gasto si contribuye a producir mercancías manufacturadas.

El planeo geográfico — es decir, la fijación de los sitios en que se establecerán los futuros centros de población — se hace así mucho más fácil también. En un país con pocos ríos perennes ya no tiene que quedar subordinado a los resultados de lentas e inciertas excavaciones en busca de agua subterránea: los sitios convenientes puede ser elegidos por razones inmediatamente visibles: porque están cerca de la costa, o porque son adecuados como centro de colocación de productos para una cantidad de aldeas existentes, o porque hay allí un cruce de caminos, o una cantera cercana. El planeo de un estado, cuando se le encara desde este ángulo, se hace casi semejante al planeo de una ciudad: las ciudades futuras pueden ser señaladas racionalmente en el mapa vacío del territorio del estado, tal como se indican las futuras plazas o espacios vacíos en un plano incompleto de una ciudad en proyecto, y podrán trazarse carreteras con la misma previsión lógica que preside la indicación del recorrido de una calle futura.

*
* *

Si basamos nuestros cálculos en la supremacía de la industria nos vemos también favorecidos por otra ventaja:

la sociedad moderna depende incomparablemente más del consumo de las mercancías manufacturadas que del consumo de productos agropecuarios. Los inmigrantes que se concentren en la industria pueden proveer una proporción mucho mayor de las necesidades de la nueva colonia que si se dedicaran principalmente a la agricultura.

El cálculo, expresado esquemáticamente, es muy sencillo. Un millón de personas necesitarán una masa muy grande de productos no agrarios. Ciertos componentes de esa masa tendrán que ser importados, porque el país de instalación no puede proveerlos (por ejemplo, materias primas o las maquinarias más pesadas). Pero el resto puede ser producido localmente, y la proporción más grande posible del total debe ser proveída por las mismas fuerzas de la primera colonización. En otras palabras, el plan tiende a que el primer millón alimente y vista y aloje al primer millón en la máxima medida de las posibilidades.

Este método de computar la economía de la primera colonización retendrá siempre, en grado sumo, el carácter de un marco abstracto y esquemático, y tendrá que ser reajustado a las realidades. No obstante, este marco resultará de gran utilidad para contribuir a resolver el problema fundamental de todas las comunidades nuevas: "¿cómo conseguirá vivir toda la gente si cada persona tiene por ocupación el lavado de la ropa de otra?". Toda la humanidad vive de eso, sin ninguna ayuda financiera ajena, pues no hay otro planeta capaz de dar esa ayuda. La colonia judía tendrá la ventaja de una considerable ayuda exterior, representada por el Empréstito Internacional y, subsiguientemente, por el rendimiento anual de los fondos nacionales obtenidos en las comunidades occidentales. Pero la base de esta economía inicial debe ser un intento de acercar la colonia en todo lo que sea posible a una "autarquía" provisional.

Esto indica el carácter de las empresas que deben iniciarse inmediatamente: construcción de casas y de caminos, transportes y todas clases de industrias ligeras para proveer los productos elementales para el consumo: ropas sencillas, muebles sencillos, vajilla y alfarería sencillas, y todas las demás necesidades primarias que pueden ser satisfechas simplemente por el esfuerzo local.

En la práctica transcurrirá un breve período entre la conclusión de la conferencia de paz y el comienzo mismo del transporte: probablemente no menos de un año. Ese período podría utilizarse para dar a los candidatos a la primera colonización buenas oportunidades de instrucción general sobre los rudimentos de esas ramas de trabajo (sobre todo las industrias y la construcción) a las que según todas las probabilidades deberán dedicarse apenas llegados al país. Su producción será muy escasa al principio, y antieconómica por ende: pero esto, considerado en la debida perspectiva, es cosa de pequeña importancia.

*
* *
*

Habrà que obtener un empréstito internacional muy cuantioso. El autor no se aventura a adivinar siquiera cuál debe ser su monto. En la exposición del Dr. Klinger sobre el Plan Nordau la suma total requerida para la instalación del millón inicial se calcula en 47.500.000 libras, incluso 18.000.000 en inversiones privadas por capitalistas individuales: pero este cálculo se hizo en enero de 1938, cuando las condiciones eran muy distintas de las que puede esperarse que existirán al término de la guerra. La suma que se necesitará para financiar todos los aspectos del Plan Max Nordau será probablemente muy en exceso del cálculo del Dr. Klinger. La proporción de ella que deberá obtenerse de inversiones privadas dependerá de lo que entonces quede como recursos de la clase capitalista judía, considerada en su conjunto en todas las zonas no arruinadas en la Dispersión.

El empréstito internacional tendrá que financiar las siguientes operaciones:

(a) Liquidación y transporte de la propiedad de los emigrantes. Habrá que establecer órganos especiales, probablemente bancos, para conceder a los emigrantes ciertos adelantos con la garantía de cualquier clase de propiedad que dejen en manos de los bancos para su liquidación.

(b) Transporte. La única forma razonable de encarar el transporte de tales masas será que los judíos funden una o varias grandes compañías navieras propias. El país de instalación necesitará una flota mercante, durante y des-

pués de la afluencia; y un nuevo campo de ocupación — tripular los buques — se abrirá así a miles de judíos jóvenes.

c) La instalación misma: construcción de casas para los campamentos iniciales y las nuevas ciudades; construcción de carreteras, acueductos, tanques de agua y todas las obras públicas en general.

(d) Establecimiento de fábricas (en cuanto el capital privado no pueda proveerlo); pero probablemente — a menos que Europa occidental y los Estados Unidos queden también en la ruina — el mayor monto de esto será financiado por el capital privado solamente.

(e) Obras de salubridad, escuelas, seguridad pública.

(f) Gastos de administración.

*
* *

El pago de este empréstito internacional, tanto la amortización como los intereses, será probablemente considerado, aun por los hombres de negocios más reacios, como cosa razonablemente segura. Esta carga, naturalmente, será soportada enteramente por los judíos, sobre todo por la nueva Colonia misma. Pueden indicarse varias garantías más: la más capaz, evidentemente, de garantizar el servicio regular de esta Deuda Pública será la renta aduanera del País de Instalación.

Puede descubrirse otra fuente si los países enemigos, bajo el futuro tratado de paz, son obligados a pagar indemnizaciones. Las cláusulas sobre indemnización del Tratado de Versalles han dejado mal sabor, y al presente hay gran prejuicio contra el lema acostumbrado: "Que pague el enemigo". Pero esta actitud no debe ser llevada muy lejos. Mr. Norman Angell ha demostrado muy convincentemente, sin duda, que hacer que el enemigo pague las pérdidas de su guerra de conquistador es una transacción ruinosa para el mismo vencedor. Pero los daños infligidos por el enemigo a los ciudadanos particulares de Polonia, así como en Alemania y en la misma Austria, son una cosa muy diferente. Difícil será considerar injusto que el perpetrador de los daños hechos tenga que aceptar al menos el pago de

una parte de la Deuda Pública en que se incurra para salvar a sus víctimas.

Otra fuente posible más de ingresos para tales pagos sería la introducción de un *impuesto especial* por las comunidades judías occidentales. La idea no tiene por qué ser tomada como sorprendente. El derecho a la autoimposición compulsiva por las comunidades religiosas fué reconocido en Alemania y Austria cuando estos países aun eran perfectamente respetables. Los judíos americanos y del Occidente de Europa han obtenido siempre grandes sumas para el auxilio en Europa oriental y en Palestina, y no hay duda de que seguirán haciéndolo: pero cuando hay que llegar a ello mediante la propaganda una gran proporción de la suma obtenida es invariablemente anulada por los gastos de la campaña. Será conveniente para todos que estos métodos más bien incómodos y no siempre muy elegantes sean reemplazados por la imposición honesta, limpia. Al mismo tiempo, si una parte de esos impuestos fuera explícitamente destinada al servicio de la Deuda Judía de Instalación, esto aumentaría la impresión de su estabilidad e influiría muy favorablemente en las condiciones del préstamo.

*
* *

La técnica de construir un nuevo país en tales condiciones no es asunto sobre el cual el lego pueda expresar una opinión. Se necesitarán muchos meses de estudio por especialistas: pero toda la armazón del plan debería quedar terminada, en lo posible, durante la guerra. Sólo los toques finales del plan técnico, la emisión misma del empréstito, y la designación de quienes deben estar a cargo de la labor debe quedar para después de la conferencia de paz.

Puede predecirse una cosa, sin embargo, con respecto al plan técnico: se referirá probablemente al primer millón solamente (pues las migraciones subsiguientes, por ser más lentas, tendrán un carácter semejante al de la migración ordinaria y no necesitarán planes especiales); y habrá tres etapas que considerar: la ubicación inicial de los recién llegados; la construcción de los nuevos centros — en su mayoría centros industriales — en los lugares establecidos; y la primera producción de mercancías.

La primera etapa debe presentar una dificultad formidable en un país donde no hay colonias judías. En una tierra donde no haya poblaciones judías, barrios judíos en las ciudades, y unas trescientas aldeas judías, grandes y pequeñas dispersas en una zona considerable, la tarea será mucho más sencilla. Si hablamos teórica y esquemáticamente, donde se domicilian mil personas (no con incomodidad) podrían acomodarse en seguida y provisionalmente otras quinientas mil, por el método sencillo y rápido que utilizan los ejércitos para alojar sus fuerzas en medio de las poblaciones civiles: cada casa tendrá una cuota de huéspedes. En nuestro caso, sin embargo, este sistema será probablemente una excepción: como la afluencia de los recién llegados va a ser cosa permanente, valdrá la pena construir chozas o galpones. Habrá una población movедiza, grupo tras grupo de inmigrantes, en busca de otros lugares; durante la afluencia del primer millón probablemente más de la tercera parte de este número necesitará chozas para instalarse. Esto nos da un plan para el primer paso del proyecto: construir, en la vecindad de las colonias judías ya existentes, comodidades transitorias para unos trescientos a cuatrocientos mil inmigrantes.

El segundo paso, que comenzará apenas se produzcan las primeras llegadas, consistirá en la construcción de todos los talleres, ampliamente distribuidos, que desempeñarán un doble papel: abastecerán todo lo que sea posible las necesidades del primer millón, y emplearán a todos los trabajadores aptos del primer millón, probablemente unos seiscientos mil en total. Algunos serán despachados a construir las carreteras, que todavía no conducirán a sitio alguno, pero que serán las principales arterias del mañana; algunos recibirán la comisión de fijar cañerías, cavar estanques, hacer pozos, antes de que hayan llegado siquiera los que beberán el agua; algunos tendrán que levantar los cobertizos de chapas galvanizadas donde más tarde se instalarán las maquinarias; otros, pero no muchos, irán a arar y sembrar la tierra. En el plan técnico habrá una sección para la producción de muebles: un millón de personas necesitarán un millón de sillas donde sentarse; esto significa tantos caballos vapor y tantos hombres-días de trabajo; el total puede ser distribuido de manera que se formen doce fábricas en otras

tantas localidades. Habrá otra sección para carniceros, otra para dentistas, otra para conductores de camiones, todas completas con sus números y lugares, como un plan de movilización militar. Uno de los aspectos más fascinadores de estos proyectos es que se manejan hombres es que las cosas no resultan jamás como se pensaba; pero si el plan es bueno sus modificaciones imprevistas resultarán siempre, al final, mejores todavía.

La tercera etapa será el comienzo real de la producción, la entrega, depósito y venta de las mercaderías, y las múltiples actividades individuales que todo ello significa, y cuya suma constituya la economía de una nación: en otras palabras, el nacimiento de una nación.

Todo esto es, según imagina un lego, una realización que los peritos pueden formular más claramente: pero las cosas ideadas por los dos serán la misma realidad espléndida.

*
* *

Ahora podemos abandonar el seudónimo y volver a Palestina como única "zona" donde esta realización está destinada a verse conseguida.

Palestina es un país que goza un clima tolerable y presenta una mezcla, de ningún modo excepcional, de ventajas naturales e inconvenientes naturales aun mayores. La capacidad de absorción de un país depende menos de esos rasgos naturales que de la clase de hombres que lo habitan: de su inteligencia, habilidad, resistencia, fuerza de voluntad, medios financieros y vinculaciones internacionales en favor de la ayuda financiera y de la promoción del comercio.

Queríamos tratar con respeto a los peritos coloniales, pero es un hecho que los muchos peritos que en años recientes han hecho exposiciones en cuanto a las perspectivas de colonización de Palestina se han contradicho mutuamente. Sus juicios, no sé cómo, carecen de realidad; no parecen "científicos"; no tienen aspecto de cosa final. Sir John Hope Simpson, en 1930, descubrió que la única tierra verdaderamente cultivable en Palestina Occidental era la tierra ya en cultivo: ocho millones de dunams sobre un área total de 36 millones. El Informe de la Comisión Real (1937) des-

echó este veredicto al admitir francamente que no había información fidedigna en cuanto a si la zona desierta era cultivable o no, y que la primera necesidad era una indagación geofísica y también hidrográfica, que debía extenderse a Transjordania. En cuanto a Transjordania, el informe de 1935 de la Potencia Mandataria a la Comisión de Mandatos calculó que sólo un cinco por ciento de su área podía considerarse cultivable ⁽¹⁾. El cinco por ciento del área de Transjordania es 4.600.000 dunams. Pero dos años más tarde, en agosto de 1937, Mr. Ormsby-Gore, ministro de Colonias — después Lord Haerlech — estuvo en desacuerdo con sus propios asesores. En discurso pronunciado ante la Comisión de Mandatos de Ginebra se mostró incomparablemente optimista con respecto a Transjordania, y citó la opinión de otros peritos: "Uno de nuestros funcionarios agrícolas más experimentados — afirmó — dice tener la confianza de que cien mil familias podrían instalarse tan sólo en Transjordania" (Minutas de la 32ª Sesión, pág. 22). Como hablaba de instalar árabes, y no judíos, en el país, y como la idea del Gobierno acerca del promedio del lote adecuado para una familia árabe es de 140 dunams ⁽²⁾, este perito quería decir evidentemente que hay en Transjordania alrededor de catorce millones de dunams cultivables, además de todas las zonas ya explotadas por los habitantes. Pero la Comisión Woodhead, que estudió el problema en 1938, no confirmó las conclusiones de este perito...

El principal problema (desde el punto de vista de la agricultura, pero no desde el de la colonización en masa) es el agua de la irrigación. El Informe de la Comisión Woodhead dedica un cuidadoso capítulo a este asunto, sólo para demostrar que en realidad nada se sabe al respecto, y casi nada se ha hecho por aprender algo. El informe dice que "el subdistrito de Beersheba tiene un área casi igual al de toda Palestina", y cita a Sir John Hope Simpson en el sentido de que "dada la posibilidad de irrigación, hay una reserva casi inagotable de tierra cultivable en la zona de Beersheba". Sin embargo, a fin de investigar un punto tan

(1) Schechtmann: *Transjordanien*, Viena, 1937, pág. 171.

(2) La palabra que se emplea en el original es el equivalente 1938, pág. 29: "El promedio de tierra de cultivo imponible, 140 dunams".

vital, solamente se han hecho diecisiete horadaciones en la zona, con un costo total de sesenta mil libras. Los resultados han sido "en su mayoría desalentadores". Quizá: pero no ha sido una investigación completa. Un gobierno verdaderamente interesado en puntos constructivos, especialmente cuando su tesoro ha demostrado durante años un cómodo superávit de ingresos sobre gastos, debe gastar más de medio millón de libras y hacer muchos cateos en una zona tan extensa y tan importante para los fines de colonización.

La cuestión de las posibilidades agrarias de Palestina espera todavía un estudio verdaderamente serio; hasta ahora nada se ha hecho en ese sentido como para justificar una conclusión final.

Pero la agricultura, según hemos visto, no debe ser considerada la base principal de la economía de los inmigrantes. Durante el último siglo, y aun más, ya no ha dependido de la agricultura el crecimiento de un país. Los países con mayor densidad de población demuestran el menor porcentaje de gente que vive del arado y los rebaños. Alemania (densidad 130 por kilómetro cuadrado) tiene un 24 por ciento; Holanda (densidad 230 por kilómetro cuadrado), 20 por ciento; Bélgica (densidad 310 por kilómetro cuadrado), 16 por ciento; Inglaterra y Gales (densidad 311 por kilómetro cuadrado), 8 por ciento. La población rural total de Palestina Occidental es hoy de unos 650.000 habitantes; según el patrón de Alemania esta población, sin aumento alguno en el número de agricultores, formaría una base agraria suficiente para una población de 2.500.000 personas; según el patrón holandés, para un total de 3 millones 250.000; y según el patrón inglés para un total de 8.000.000 de almas. Estas cifras, claro está, no pretenden tener un valor serio, pero sirven por cierto para recordar que la capacidad de absorción de un país en su todo tiene muy poco que ver con la capacidad de absorción de sus tierras de labranza.

Mucho más importante que el suelo y la irrigación, desde el punto de vista de la política inmigratoria, es la otra "ventaja natural": la posición geográfica de un país. Casi todas las rutas marítimas principales entre Oriente y Occidente atraviesan el Canal de Suez; las principales líneas

aéreas lo cruzan; y también lo harán las principales rutas terrestres del futuro, que unirán a Ciudad del Cabo con Damasco y Pekín. Ese extremo del Mediterráneo en que Egipto y Palestina esperan su oportunidad es el sitio de las más importantes encrucijadas del futuro. Su verdadero "hinterland" no es Arabia: es todo ese rincón sudeste de Asia donde mora la mitad de la raza humana: casi mil millones de seres. Su comercio exterior, importaciones y exportaciones juntas, tiene hoy un promedio de aproximadamente tres libras esterlinas por cabeza por año. En Dinamarca llega a cuarenta libras por cabeza. Estos países se desarrollarán y sus necesidades han de aumentar; antes de mucho su comercio de ultramar puede haber subido al doble, y en algún período más remoto puede aún llegar al nivel dinamarqués. La imaginación se estremece ante la idea de la monstruosa avalancha de bienes que entonces se transportarán de uno a otro lado, por mar, aire y tierra, entre las dos mitades de la humanidad: y prácticamente la mitad pasará por el rincón del mundo en que Palestina y Egipto aguardan su futuro. Los distritos donde se cruzan caminos son distritos populosos. Palestina contará algún día entre los países más densamente poblados de la tierra. Ese día se encuentra en el futuro remoto, pero cada década lo acerca más.

*
* *

Palestina, a ambos lados del Jordán, tiene un área de aproximadamente cien mil kilómetros cuadrados. Su población total, al Oeste y al Este del río, es hoy de 1.600.000 judíos y árabes juntos. Si llegara a la densidad de Francia podría contener más de ocho millones de habitantes: y la densidad de población de Francia es una de las más bajas entre los países industrializados de Europa.

*
* *

Pero aun una alta densidad significa una gran población solamente si la tierra es suficientemente grande. Para absorber el éxodo judío Palestina debe comprender inevita-

blemente a Transjordania. Palestina Occidental tiene solamente 26.000 kilómetros cuadrados, Transjordania 75.000. La población al Oeste del Jordán es de 1.300.000 almas; pero al Este del río sólo alcanza a trescientas mil.

En este libro hablamos de negocios; negocios eminentemente graves, pues son los negocios de la salud y la cordura de Europa y del mundo entero; y en este espíritu se discutirá la cuestión de Palestina en la Conferencia de Paz. El área que se necesita para salvar a los hijastros de Europa debe ser suficientemente grande para alojarlos. No se trata de un centro espiritual, de un cuadrángulo universitario escasamente ampliado y glorificado donde los judíos puedan organizar el desfile de su excelencia cultural: se trata de una triste cuestión de números, de hambre y necesidades, de metros cuadrados donde vivir y metros cúbicos de aire que respirar. Una zona de recepción que cubra cien mil kilómetros cuadrados con un promedio de densidad de 16 personas por kilómetro cuadrado, puede ser razonablemente considerada para la rápida recepción de varios millones de personas: pero no así una zona que solamente tiene la cuarta parte de ese tamaño, con cincuenta personas por kilómetro cuadrado ya habitando en ella.

Todo esto es muy palpablemente evidente, y toda reticencia sólo puede conducir al engaño mutuo. No hay tampoco, en realidad, necesidad alguna de reticencia. Se ha creado un curioso ambiente de tabú en torno al nombre de "Transjordania"; una especie de mito o superstición en el sentido de que precisamente Transjordania, para los árabes, es una parte especialmente sagrada del suelo de Palestina, infinitamente más valiosa y más inaccesible que la porción occidental; que si los árabes nos rehusan tan empecinadamente las tierras de Sharon y Galilea, su reacción sería incomparablemente más violenta si pusiéramos las manos en Gilead. Esto es fantasía. Sólo Palestina Occidental contiene monumentos musulmanes, en Jerusalén y Hebron; Transjordania no ocupa casi un lugar en las páginas de la tradición clásica del Islam. De igual importancia es el hecho de que hay novecientos mil árabes (musulmanes y cristianos) al Oeste del Jordán, y solamente trescientos mil al Este; las grandes familias feudales, la inteligencia, la burguesía industrial y comercial de los árabes de Palestina,

cualquiera sea su número y valor, moran casi exclusivamente al Oeste del río, y consideran como seres primitivos al puñado de beduínos que residen al otro lado del Jordán. Si algún nacionalista árabe — y no solamente en Jerusalén — creyera ser designado por Alá para elegir cuál de las dos zonas preferiría conservar, pues la otra debería ser dada a los judíos, con seguridad que preferiría dar Transjordania a los judíos.

Es muy importante quitar a la opinión pública, tanto judía como cristiana, esta ilusión en cuanto al grado comparativo de los celos de nuestros vecinos y primos con respecto a las dos partes de Palestina. Esta falsedad ha afectado siempre la energía con que nosotros y nuestros amigos hemos insistido en la explotación de Transjordania, como si temiéramos pisar terreno delicado. Pero el terreno es mucho menos delicado aquí que en el primer caso. La oposición árabe a las pretensiones judías sobre Transjordania — una vez que se formulen en realidad esas pretensiones — resultará mucho más débil que la que hemos encontrado en la larga batalla por Palestina Occidental.

Tampoco la posición legal bajo el mandato es tan formidable como imaginan algunos. Éstos son momentos en que casi nadie se preocupa por los aspectos legales de las cuestiones internacionales, y menos aun acerca de un Mandato que el mismo Gobierno Mandatario trató como "inaplicable" en 1937, y peor todavía en 1939. El autor, sin embargo, es tan anticuado que conserva cierto interés por la legalidad de los tratados; y piensa, además, que pronto vendrá un momento en que esta vieja moda de respetar la legalidad volverá a ser nuevamente la única cosa digna de confianza que quedará sobre la tierra. Vale la pena, pues, recordar que en el Mandato de Palestina el término "Palestina" comprende también a Transjordania, y que este significado jamás ha sido revisado. Uno de los artículos del Mandato (Artículo 25) establecía solamente que "en los territorios que existen entre el Jordán y el límite oriental de Palestina", el Mandatario "tendrá derecho a postergar o no ejecutar la aplicación de las partes de este Mandato que considere inaplicables a las condiciones locales existentes". Dos meses más tarde el Consejo de la Sociedad de las Naciones aprobó una resolución que exponía que las partes

sionistas del Mandato de Palestina "no son aplicables al territorio conocido como Transjordania". En esa resolución no hay una sola palabra que especifique si esto significa "no ejecutar" la aplicación de las cláusulas del Mandato o solamente "postergarla"; y en tales casos las omisiones siempre indican que el legislador previó y se preparó para la contingencia de que la medida pueda ser revocada algún día. El mismo título de "resolución", en comparación con el título de "Mandato" destaca claramente un grado menor de durabilidad. En otras palabras, es perfectamente razonable y legal presumir que la intención de la resolución fué "postergar" la aplicación de las cláusulas sionistas del Mandato en Transjordania, debido a "las condiciones locales existentes"; y lo que ha sido postergado puede ser realizado ahora sin ninguna violación del Mandato ⁽¹⁾.

La verdadera dificultad, naturalmente, no estriba en la "resolución" sino en la existencia de cierto hecho dinástico. Parecería algo incómodo, en medio del siglo XX, tener que discutir hechos dinásticos de origen tan evidentemente artificial como si se tratara de factores decisivos en una situación que afecta al destino de los pueblos. Es más práctico, quizá, dejarlo sin discutir; tal como, por diferentes razones, nos hemos abstenido de discutir cómo un Plan Max Nordau podría calzar dentro del armazón de un Mandato existente. Donde hay buena voluntad, todo puede hacerse calzar en cualquier cosa. *Lo que es perfectamente claro para todos los interesados es que donde hay que resolver graves asuntos mundiales no pueden ser obstáculos unos títulos artificiales.*

(1) Schechtmann: *Transjordanien*, Viena, 1937, pág. 259.

CAPÍTULO XVIII

EL ÁNGULO ÁRABE SIN DRAMATISMO

LA transformación de Palestina puede efectuarse plenamente sin desalojar a los árabes de Palestina. Todas las corrientes afirmaciones en contrario son del todo inexactas. Un territorio de más de cien mil kilómetros cuadrados, colonizado hasta la densidad de promedio en Francia (87 habitantes por kilómetro cuadrado) contendría más de ocho millones de habitantes; a la densidad de Suiza (104), más de diez millones; a la densidad de Alemania o Italia (104), alrededor de catorce millones. Ahora contiene, contando árabes y judíos y transjordanios y todos, apenas más de uno y medio millones de habitantes. Queda margen suficiente para que Palestina absorba la mayor parte del ghetto de Europa centro-oriental — la mayor parte de cinco millones de almas — sin acercarse siquiera a la moderada densidad de Francia. A menos que los árabes decidan irse por propio acuerdo, no hay necesidad de que emigren.

Otra falsedad es el aserto de que si los árabes estuviesen en minoría en un estado predominantemente judío serían perseguidos y oprimidos. Los últimos en repetir esa falsedad deberían ser los autores del Libro Blanco de 1939. Como ellos nos aseguran que los judíos, condenados a seguir siendo una minoría de uno a dos en Palestina, no solamente no serían oprimidos sino que gozarían las delicias de un Hogar Nacional, ¿qué motivos tienen para sugerir que sería desastroso para los árabes que la posición fuera inversa? Mucho más lógico en los autores del Libro Blanco sería ofrecer a

la minoría árabe las mismas salvaguardias que consideran suficientes para asegurar el bienestar de una minoría judía.

Es absurdo presumir que una minoría étnica es siempre y en todas partes una minoría oprimida. Esa presunción es inexacta. Los escoceses que han abandonado Escocia y los galeses que han abandonado Gales viven dispersos en toda Inglaterra y jamás se ha sugerido que han visto reducidos sus derechos. Consideremos la posición de la minoría católica y de habla francesa en la provincia de Ontario, Canadá; no podrá decirse jamás que sufre opresión. Rusia Soviética ha sido culpable de muchos pecados, pero nadie puede negar que las minorías étnicas gozan en ella una razonable igualdad de trato: hasta donde pueda "gozarse" algo en ese clima político. Checoslovaquia era un estado modelo en este sentido; tal como lo era Finlandia, donde la minoría sueca gozaba una posición aun mejor, en ciertos aspectos, que los escoceses en Gran Bretaña. Es claro que nada es perfecto en esta tierra, y no hay duda de que resulta más agradable estar en la mayoría que en la minoría, aun en las mejores condiciones imaginables; pero esto no significa que la condición de una minoría es siempre y en todas partes una tragedia. Todos los grandes pueblos tienen sus fragmentos lejanos que forman minorías en otros países: los ingleses en Sud África, los franceses en Canadá, Bélgica y Suiza, los alemanes en el mundo entero. Su posición depende del régimen. Bajo un régimen decente una minoría puede vivir en razonable felicidad. El mundo no tiene derecho a presumir que los gobernantes judíos serán incapaces de crear un régimen tan decente como los creados por los gobernantes ingleses, canadienses o suizos. Al fin de cuentas, es en fuentes judías donde ha aprendido el mundo cómo debe tratarse al "extraño dentro de tus puertas".

Solamente hay una circunstancia en que resulta trágico constituir una minoría: es el caso del pueblo que es *solamente* una minoría, en todas partes y siempre una minoría, dispersa entre razas extrañas, sin un rincón de la tierra que pueda llamar suyo, sin una patria donde encontrar refugio. No es tal la posición de los árabes, con cuatro países árabes al Este del Canal de Suez, y otros cinco al Oeste de Suez. Algunas de esas tierras son ya independientes, otras no lo son todavía; pero en cada una de ellas no hay cuestión de

mayoría, pues la mayoría es árabe; cada uno de ellos es ya una patria árabe.

*
* *
*

Sería ocioso pasatiempo, en estos momentos, idear proyectos de constitución para la Palestina Judía de los antepasados. Pero quizá algunas personas se sientan auténticamente preocupadas en cuanto a lo que sucedería con los derechos de los árabes de Palestina si el país se convirtiera en un Estado Judío. El autor puede al menos darles alguna idea de lo que piensan hacer los mismos judíos en este sentido, cuando sean mayoría y cuando Palestina sea un estado de gobierno propio. Puede ser una seguridad para esas personas saber cómo, no ya los moderados sino precisamente lo que se llama ala "extremista" del sionismo, imagina la constitución de la Palestina del futuro. Se citan los siguientes extractos de un proyecto preparado por el Ejecutivo Revisionista en 1934, de manera que puede decirse que allí se nos dice "lo peor que puede ocurrir" a los árabes de Palestina. El proyecto no es un programa oficial, y el autor no está en condiciones de defenderlo en todos sus aspectos. Aun así, fué el resultado de una tarea larga y cuidadosa; se estudió un gran conjunto de antecedentes, y se consultaron documentos que eran considerados con el mayor respeto en los días en que la inteligencia de Europa centro-oriental — que entonces comprendía a Rusia — estaba iluminada con las teorías del *Nationalitaeten-Staat* de los socialistas austríacos: los libros de Rudolf Springer, las minutas del Congreso de Bruenn del Partido Social Demócrata Austríaco, la excelente ley húngara de 1868 sobre el empleo de los idiomas de minoría en las comunicaciones del Gobierno, y hasta la vieja legislación turca, verdaderamente notable, en cuanto a la autonomía de las diversas comunidades etno-religiosas, cuyo título oficial era *Millet*: "naciones", o sea Millet-i-Roum, Millet-i-Ermeni, Millet-i-Mousévié (griega, armenia, mosaica). Sólo unas pocas secciones queden ser citadas aquí: las que se refieren a la igualdad cívica, idiomas, la llamada "autonomía cultural", los Santos Lugares y las leyes de tierras. Sólo los problemas amplios

serán objeto de referencia. Estas citas confirmarán la afirmación hecha por el autor ante la Comisión Real de Palestina: que los judíos están dispuestos a garantizar a la minoría árabe, en una Palestina judía, el máximo de los derechos que reclamaron pero jamás obtuvieron para sí en otros países.

Al leer este plan debe recordarse que según el principio que es el alfa y omega del revisionismo sionista, Palestina puede ser promovida a la condición de Estado independiente solamente *después* de la constitución de una mayoría judía. Por otra parte, la idea de los revisionistas sobre una Palestina independiente era entonces (1934) la de un Dominio dentro del Imperio Británico, según lo es todavía para muchos de ellos.

1.—IGUALDAD CÍVICA

1.—Siempre que nada se haga para impedir que un judío extranjero sea repatriado a Palestina y, al hacerlo, se convierta automáticamente en ciudadano de Palestina, el principio de la igualdad de derechos para todos los ciudadanos de cualquier raza, credo, idioma o clase será aplicado sin limitación en todos los sectores de la vida pública del país.

2.—En todo Gabinete donde el primer ministro sea judío, la vicepresidencia del Consejo será ofrecida a un árabe, y viceversa.

3.—El reparto proporcional a judíos y árabes de las cargas y también los beneficios del Estado será la regla imperante en las elecciones parlamentarias, servicios civiles y militares, y partidas del presupuesto.

4.—La misma regla se aplicará a las municipalidades o los consejos provinciales mixtos.

2.—IDIOMAS

1.—El idioma hebreo y el árabe gozarán derechos iguales e igual validez legal.

2.—Ninguna ley del Estado, ni proclama ni ordenanza; ninguna moneda, billete de banco o sello postal del Estado; ninguna publicación o inscripción hecha por cuenta del Es-

tado tendrá validez a menos que sea ejecutada por igual en hebreo y en árabe.

3.—El hebreo y el árabe serán utilizados con igual efecto legal en el Parlamento, en los tribunales, y en las escuelas y, en general, ante cualquier oficina u órgano del Estado, así como en cualquier escuela de cualquier grado.

4.—Todas las oficinas del Estado responderán a todo solicitante, verbalmente o por escrito, en el idioma en que lo solicite, sea hebreo o árabe.

3.—AUTONOMÍA CULTURAL

1.—Las etno-comunidades ⁽¹⁾ judía y árabe serán reconocidas como cuerpos públicos autónomos de igual condición ante la ley.

Si los árabes cristianos, o cualquier otro grupo de ciudadanos con razonables justificaciones para reclamar la autonomía, pidieran también un reconocimiento independiente, el Parlamento tendrá derecho a acceder al pedido.

2.—Los siguientes asuntos serán delegados por el Estado a cada etno-comunidad con respecto a sus miembros:

- (a) religión y situación personal;
- (b) educación en todas sus ramas y grados, especialmente en los grados elementales obligatorios;
- (c) auxilios públicos, incluso todas las formas de la ayuda social;
- (d) solución de los casos legales ordinarios que surjan de los asuntos arriba mencionados.

3.—Cada etno-comunidad elegirá su Dieta Nacional con derecho a emitir ordenanzas y aplicar impuestos dentro de los límites de su autonomía, y designar un comité ejecutivo nacional, que será responsable ante la Dieta.

4.—Un cargo permanente de Ministro del Gabinete, independiente de todos los partidos, representará a cada etno-comunidad en el gobierno del país.

(1) La palabra que se emplea en el original es el equivalente hebreo de "nacionalidades". Como en nuestro idioma el término denota la relación con el estado más que la étnica, se ha traducido en esta forma.

4.—LOS SANTOS LUGARES

1.—Las zonas relevantes dentro de la ciudad vieja de Jerusalén, que se delimitarán bajo la autoridad de la Liga de las Naciones, gozarán la misma medida de extraterritorialidad que se reconoce universalmente en el caso de las embajadas.

2.—Cada una de esas zonas constituirá una municipalidad bajo un concejo designado por acuerdo entre las autoridades eclesiásticas interesadas.

3.—Se aplicará un régimen similar, *mutatis mutandis*, a otros sitios sagrados dentro del país.

4.—Salvo en caso de guerra, se concederán permisos de peregrinos, de suficiente duración, y con amplia libertad a los nacionales de cualquier estado, sometidos solamente a auténticas exigencias de higiene, tránsito y seguridad pública, y siempre que todos los pobres entre los peregrinos serán mantenidos y, a su debido tiempo, repatriados, a costa de la respectiva autoridad eclesiástica.

5.—Se designará un delegado de la Liga de las Naciones, con la condición de embajador, para que represente los intereses afectados.

5.—LA TIERRA

1.—Un tribunal de tierras será formado con jueces y peritos agrarios pertenecientes a las dos etno-comunidades, entre otros miembros.

2.—Todas las tierras incultas, así como las tierras inadecuadamente cultivadas a juicio del tribunal, serán requisadas (con buena compensación en el último caso) para formar la Reserva de Tierras del Estado.

3.—Después de su mejora a costa del Estado, las zonas que después sean cultivables, de la Reserva de Estado, serán divididas en lotes que se concederán, a precios bajos y fáciles condiciones de crédito, a solicitantes individuales o por grupos.

4.—Los lotes serán distribuidos, bajo la vigilancia del Tribunal de Tierras, a los solicitantes y grupos árabes y judíos, sin distinción.

5.—Cada solicitante tendrá que comprobar ante el Tribunal de Tierras:

- (a) que no posee otra tierra;
- (b) que posee un mínimo razonable de capital y elementos de trabajo para hacer producir esa tierra, sean propios o proveídos por otras personas;
- (c) que trabajará personalmente la tierra.

*
* *

Cosa distinta es que los árabes consideran que esto es suficiente para inducirles a permanecer en un país judío. Aunque no fuera así, el autor no se allanaría a ver una tragedia o un desastre en su deseo de emigrar. La Comisión Real de Palestina no se ha asustado por la sugestión. La valentía es infecciosa. Como tenemos esta gran autoridad moral para encarar con calma el éxodo de 350.000 árabes de un rincón de Palestina, no tenemos por qué considerar con aflicción la posible partida de novecientos mil. El autor, como ya lo ha dicho, no ve necesidad alguna de este éxodo; hasta sería conveniente desde muchos puntos de vista; pero si parece que los árabes prefieren emigrar, la perspectiva puede ser debatida sin fingir preocupaciones.

Desde 1923, cuando en unos pocos meses por lo menos setecientos mil griegos fueron llevados a Macedonia, y 350.000 turcos a Tracia y Anatolia, la idea de tales migraciones ha sido familiar y casi popular. Herr Hitler, detestado como es, ha venido acentuando recientemente la popularidad de ese sistema. Es claro que sus críticos desapruban enérgicamente su política de sacar alemanes del Trentino y del Báltico e instalarlos en los campos y las casas robadas a los polacos: pero es el robo a los polacos, no el traslado de los alemanes, lo que en realidad despierta la censura. No puede uno menos de sentir que si los alemanes, por una parte, y los italianos y los baltas por la otra, fueran los únicos afectados, la operación no resultaría a la postre tan mala para su bienestar común. Cuando Mr. Roosevelt prevé la existencia de veinte millones de refugiados potenciales después de la guerra, considera sin duda que la posición de todas las minorías puede hacerse insostenible en

muchos países, de modo que habrá que encontrar alguna solución radical. Como bien sabemos, la provincia de Incomodía está situada entre Andivia y Hedulia, y poblada por una mezcla de las dos razas; pero tiene una mayoría de andivianos, de manera que en 1918 fué atribuída a Andivia. ¿El resultado? Andivia tiene ahora una minoría de trescientos mil hedulianos, que causan dificultades. Entonces, quizá sería mejor anexas la provincia a Hedulia. Pero así Hedulia tendría una minoría de quinientos mil andivianos, con el mismo resultado. La regla de la mayoría no es acaso una panacea tan perfecta, aun cuando se aplica solamente a los partidos políticos, pero en el caso de las nacionalidades el remedio no rinde otro resultado que el de un irritante; y la alternativa, el gobierno de la minoría, sería aún peor. Un remedio realmente radical sería el precedente greco-turco de 1923. El autor duda francamente de que tal cosa fuese factible; en todo caso, las otras soluciones — que no pueden ser examinadas aquí — deberían ser objeto de una prueba. Pero, teóricamente, la idea de redistribuir las minorías en masa se va haciendo cada vez más popular entre “la mejor gente” y ya no es tabú la discusión del tema.

Hay, además, una gran diferencia ética entre el caso de Palestina y el de todas las demás zonas poli-étnicas con referencia a esta cuestión particular de permitir que emigre la minoría. En todas las demás zonas la fricción es provocada por la ambición: una sección desea dominar, o al menos esto es lo que teme la sección más débil. Tal ambición puede ser, o parecer, justificable o excusable, en el sentido de que es una expresión de vitalidad heredada, tan fuertemente dinámica que solamente el dominio propio más angelical puede mantenerla contenida siempre: pero aun así es, al fin y al cabo, solamente una ambición, no una verdadera necesidad: un sano apetito, no hambre. En Palestina todo inconveniente para la población indígena producido por la afluencia de inmigrantes surge de la trágica necesidad de que esos inmigrantes deben encontrar un hogar. Nada tiene que ver con la ambición, nada que ver con el deseo o la voluntad de dominar a nadie; en muchos casos individuales puede tener poco que ver hasta con el deseo personal de emigrar, porque en cualquier migración en masa debe haber centenares o miles de personas que habrían

preferido quedarse en el viejo país si hubiesen podido. La causa es el hambre, la nostálgica pasión de gentes que no tienen otro lugar donde puedan formar su hogar. Si los árabes prefirieran emigrar, el mismo hecho de que pueden hacerlo demostraría que ellos, por el contrario, tienen algún otro sitio donde construir su nuevo hogar. Esta lucha entre “algún otro sitio” y “ningún otro sitio” sería solamente un eco de un aspecto universal de nuestra edad moderna, el arreglo inevitable entre los que tienen y los que no tienen. Ninguno de los que no tienen ha de sentirse culpable porque la balanza ha sido equilibrada como debió haberlo sido mucho tiempo atrás.

*
* *
*

Una cosa parece segura: cualquier país árabe que tenga la valentía y la capacidad de invitar tal inmigración de viajeros recogería enormes ventajas materiales. Tendría inmediatamente sumas ilimitadas de capital y los mejores peritos del mundo a su disposición para los planes más ambiciosos de irrigación y mejora de las tierras. Además, los inmigrantes árabes viajarían probablemente con sus burros cargados de bienes. Todos los problemas conectados con la evacuación de la “zona” europea serían incomparablemente más fáciles. ¿Quién sabe?

Pero esto es un aparte; nada tiene que ver con los fines de guerra. *Palestina, a ambos lados del Jordán, tiene espacio suficiente para el millón de árabes, espacio para otro millón de su progenie eventual, para varios millones de judíos, y para la paz; para tanta paz que también habría paz entonces en Europa.*

CAPÍTULO XIX

SENATUS POPULUSQUE JUDAEORUM

COMO punto de justicia fría y poética, la primera de todas las exigencias judías de guerra debe ser dirigida a los mismos judíos: la exigencia de un frente unido. Debían haberlo formado — o, al menos, debían haberse puesto a formarlo — hace mucho tiempo; pero ahora, desde que comenzó la guerra, ha sonado en realidad la última hora.

Un frente unido significa, sobre todo, una fórmula única de exigencias que se presentarán a la futura conferencia de paz: esto es aún más esencial que una sola autoridad nacional. En teoría podría ser aún más impresionante que una docena de distintas delegaciones judías, apareciendo una tras otra ante la Conferencia de Paz, repitiera exactamente las mismas reclamaciones; o, por el contrario, quizá resultaría mucho menos impresionante que irritante. Pero esto no importa en verdad, porque la teoría es irreal: un programa convenido, si hay algo de cordura en el pueblo, significaría una representación única ante la Conferencia de Paz.

—Pero aun esto — una sola delegación judía *ante* la Conferencia — no atiende del todo a nuestras necesidades. La hora histórica que vivimos exige una delegación judía *en* la Conferencia de Paz. En el próximo capítulo, el último de este libro, esa necesidad será destacada como punto crítico de todos los fines judíos de guerra. Nuestra pretensión es que tengamos toda la condición de una nación aliada, con una sede nacional reconocida (si la palabra "gobierno" es prematura), y un sitio entre quienes deberán decidir sobre

nuestras reclamaciones. Pero no podemos sugerir siquiera tal cosa a menos que haya, o se forme a tiempo para la acción, un solo órgano cuyo título como central judía nadie pueda disputar con razón.

Sin ello, los judíos podrán ser escuchados solamente como solicitantes, no consultados como socios; y como los solicitantes son muchos corremos el riesgo de que se nos presente una réplica de lo ocurrido en Evian. Al saber que había unas dieciocho delegaciones judías en Ginebra, todas ellas en la espera de que se las escuchara, la Conferencia de Evian dispuso que una de sus comisiones invitara a las dieciocho. Cada una de esas delegaciones sostuvo tener, algunas de ellas, probablemente, con justicia, una esfera de influencia mundial; y presentar asimismo la reclamación principal ante la atención de la Conferencia, reclamación que se basaba en un punto de vista del todo diferente con respecto a la delegación siguiente. Por lo tanto se concedió imparcialmente a cada una de las dieciocho un plazo de cinco minutos para exponer ese punto de vista. Éste es el peligroso precedente que puede repetirse en la Conferencia de Paz, a menos — y esto no va a sorprender a nadie — que la Conferencia se niegue sencillamente a escuchar a cualquiera de las delegaciones rivales.

Puede ocurrir otra cosa, quizá la peor de todas (y hasta hay cierto peligro de que algunos organismos judíos de importancia traten por sí mismos de influir en los acontecimientos para llevarlos hacia esa desastrosa dirección). Esto es lo que sucedería si la Conferencia de Paz decidiera escuchar solamente a unos pocos de los organismos más autorizados o aparentemente más substanciales; en ese caso la elección recaería probablemente en el Comité Americano (Joint) de Distribución Conjunta (la mayor de nuestras asociaciones de auxilio), el Comité Extranjero Conjunto (un organismo londinense con una larga, y no indigna, historia de intervenciones políticas), la Alliance Israélite Universelle, la Asociación de Colonización Judía, y quizá también la Agencia Judía de Palestina. Esto, francamente, sería lo peor que podría ocurrirnos. El enredo de los dieciocho puntos de vista es al menos comparativamente inocuo, porque no rendiría efectos. Pero la selección de unos pocos organismos privilegiados sería en sí misma un prejuicio, una indicación de que la Conferencia de Paz, aun antes de escu-

char a los judíos, ya tenía formada una idea de lo que deseaba escuchar.

*
* *
*

El mayor peligro de todos sería entonces la amenaza al sionismo. Aun cuando la Agencia Judía fuera invitada o admitida a presentar su opinión en tan selecta compañía, quedaría colocada en la situación de un competidor, con probabilidades más bien inferiores. Si una Conferencia de Paz, después de una guerra como la presente, decidiera conceder audiencias a varios organismos judíos, que serían elegidos para representar a varias actitudes bien definidas (confianza en la igualdad de derechos, auxilio por la caridad, auxilio por la infiltración dispersa, colonización por grupos fuera de Palestina, y también el sionismo, entre el resto), esto significaría que la voz de orden sería un auxilio de pega, y Palestina sería considerada solamente como uno de los muchos paliativos parciales y posibles.

Desgraciadamente, hay signos claros de que los actuales voceros de la Agencia Judía no solamente no se proponen resistir tal pérdida de la vergüenza sino que la invitarían premeditadamente. La reciente afirmación hecha en Nueva York por su principal vocero — evidentemente un discurso ya convenido, de "programa", porque su substancia merece el eco de otros voceros — es significativa. Su punto principal fué: "Los cálculos moderados sobre el número de judíos que podrían ser absorbidos anualmente deben limitarse a las oportunidades existentes: no deben tener en cuenta los territorios mayores, como el Negueb y otras regiones, donde decenas de miles de personas vivirán sin duda algún día, y prosperarán también, ni el nuevo horizonte que podría abrirse por la investigación del suelo y nuevos descubrimientos de agua. Pero aun dentro de los límites de tan pragmático punto de vista, Palestina es capaz de absorber aproximadamente cincuenta mil inmigrantes nuevos por año, durante los años venideros".

Esto significa pretender un fracaso seguro. Cincuenta mil personas por año (aun para los que creen en la realidad "pragmática" de esta cifra) constituyen, en las circunstan-

cias presentes, una franca admisión de que el sionismo no formula pretensiones de resolver la tragedia. Aritméticamente, con ese ritmo se necesitarían veinte años para salvar del infierno un solo millón de personas; en realidad, apenas habría verdadera evacuación, porque según el sistema "selectivo" de la Agencia Judía la mayor parte de los emigrantes estaría formada por personas muy jóvenes, de modo que *las clases de máxima fertilidad* (aproximadamente, en la "Zona", de veintitrés a treintinueve años) quedarían en sus países para reemplazar las pérdidas. Ante una Conferencia de Paz interesada — si es que llega a interesarse — *solamente* en lo que puede hacerse por evacuar la zona en ruinas, esta actitud tiene por fuerza que hacer de una Palestina sionista apenas uno de los remedios parciales e inadecuados que pueden proponerse.

Uno de los más inadecuados, por cierto. Tomado aun como "establecimiento de un grupo" — en el sentido de una colonia certificada como capaz de convertirse en territorio absolutamente judío si tiene buen éxito — este programa es evidentemente insuficiente. Guayana Británica y los Kimberleys son un espejismo, pero por lo menos allí los primeros cinco mil colonos, si consiguen permanecer en la región, construirían una provincia puramente judía, sin vecinos que motivaran dificultades. Pero se necesitaría una larga generación para transformar a Palestina, o aun a Palestina Occidental solamente, en un país con mayoría judía a razón de cincuenta mil inmigrantes por año; y entre tanto... bien: todos los miembros de la Conferencia de Paz sabrán qué habrá que afrontar entre tanto. Dado solamente un remedio tan precario, y que además se admite que es apenas uno de los varios ofrecidos en el mercado, Palestina no es en realidad una atrayente proposición de negocios.

Especialmente porque nadie, en la Conferencia de Paz, ha de aceptar la cifra de cincuenta mil personas por año. Los estadistas en torno a la mesa de la conferencia no olvidarán de seguro que ha habido un desacuerdo prolongado y notable sobre este punto, para no hablar de una declaración de política hecha por el Mandatario, en la cual se da la cifra de cincuenta mil como total de todos los inmi-

grantes que aceptará jamás Palestina. A fin de transformar "cincuenta mil en total" en "cincuenta mil por año", habría que abatir a los británicos, y especialmente a la oposición árabe; de otra manera un "cálculo moderado" de todo lo que puede ofrecer Palestina es índice de muy poca inmigración, y será constante amenaza de dificultades. Pero Guayana Británica, Santo Domingo, los Kimberleys, Mindanao y el resto, sea que prometan el buen éxito o que ofrezcan dudas, sea que constituyan "territorios" futuros o zonas de "infiltración", sean ejemplos de remedios precarios en grande o en pequeño, tienen al menos una ventaja: la buena voluntad de los gobiernos respectivos, ninguna perspectiva inmediata de fricción con el pueblo del país y, en algunos casos, ni siquiera un pueblo existente en el país...

Palestina, como uno de los muchos *paliativos*, no ofrece probabilidad alguna de ser preferida, o aun de ser considerada en serio, por la futura Conferencia de Paz. De todas las posibles proposiciones precarias, Palestina es, políticamente, la más difícil, impedida por obstáculos que sólo pueden superarse a costa de considerable osadía. Claro está que no es imposible vencer la oposición árabe y la poca voluntad de Gran Bretaña, pero para hacerlo se necesitará un esfuerzo decisivo. Los esfuerzos se hacen solamente cuando vale la pena hacerlos: cuando el precio es grande y único, no una mera pitanza que puede obtenerse fácilmente en cualquier otra parte.

Palestina, como problema entre los propósitos de guerra, no tiene *locus standi* a menos que pueda presentarse como solución *completa* del problema judío, como único teatro practicable para la realización de un plan Max Nordau, como único remedio total para el cáncer europeo. Sólo como tal puede defenderse la reivindicación de Palestina ante los consejos de un mundo como el que encontraremos al terminar un gran cataclismo, frente a la necesidad de soluciones tremendas, sin tiempo ni paciencia para considerar pequeñeces: sólo si se le recomienda como plan único en su alcance material y humanitario, exclusivo e intolerante de todos los planes morales, y gigantesco con respecto a sus competidores, cuyas promesas quedan sin valor en la comparación.

La exigencia judía en la futura Conferencia de Paz debe ser una amalgama de las dos ideas dominantes en la historia moderna de nuestro pueblo: el Estado Judío para quienes lo quieren y la verdadera igualdad para aquellos a quienes Europa Oriental no dejará libres. La amalgama es insoluble, porque sin el Estado Judío es irreal la segunda exigencia. Es, en verdad, no una amalgama sino una entidad biatómica. Esta unidad de la exigencia de guerra judía debe ser reconocida por toda la autoridad colectiva del judaísmo mundial, y debe ser presentada ante la junta para el arreglo mundial por una sola embajada judía en nombre de una única jefatura mundial judía.

*
* *

El autor no está muy seguro de si el viejo debate, en cuanto a si los judíos forman una nación o solamente una comunidad religiosa, prosigue todavía, o si se le ha abandonado. Pero aunque haya todavía quienes "sienten" al respecto de una u otra manera, esto no debe tener influencia sobre la cuestión de una jefatura única. Es posible ser partidario de una organización mundial para todo el judaísmo disperso sin comprometerse en la idea de que el judaísmo es una nación en la dispersión. Las iglesias en la dispersión pueden unirse también ecuménicamente. El extinto Nathan Birnbaum, pensador muy fértil y penetrante, que — después de muchas peregrinaciones ideológicas — finalmente se convirtió a la idea de que el centro de la identidad de Israel no es su condición de nación sino su religión, abogaba fervientemente por la creación de una "Kehillah-mundial": una congregación o sinagoga universal, democráticamente elegida en todo el globo, y con carácter de "gobierno" en todas las cuestiones de ayuda mutua y defensa mutua. Éste no es el concepto del autor, pero sería una pérdida de tiempo debatir aquí el punto. Lo que se necesita es el reconocimiento de un predominante interés común y de una sola sede central para defenderlo: "*Senatus Populusque Judaeorum*".

*
* *

Es éste, quizá, el más duro de todos los puntos de resistencia en el camino hacia la redención judía. Las últimas décadas han producido en nuestro pueblo disperso un rico crecimiento de esfuerzos organizados para la ayuda propia, y algunos de ellos han alcanzado un grado en verdad notable de poder material y moral. Son vívidamente conscientes de sus excelentes actuaciones en el servicio social, tienen justificable orgullo y celo de su personalidad e independencia. Además, casi todos tienen una ideología propia, o al menos una ideología cuya expresión es muy diferente de la que sirve a sus rivales para expresar las mismas ideas, de modo que cualquier proposición para que se acepte aunque sea una sola frase nueva puede parecerles una invitación a la apostasía. Un programa amalgamado, más una sede central suprema, que supere a todas esas soberanías seccionales, es un plan que de seguro será resistido con dientes y uñas. El autor no abriga ilusiones al respecto. La fórmula "un frente unido de todo el judaísmo" no es impopular en sí misma; se la oye, con cierta frecuencia, en algunos de esos mismos sectores soberanos; pero en cierto modo, y el autor no quiere ofender a nadie, es como el clamor por una Federación Pan-Árabe, a la que todos los reyes árabes rinden cortés pleitesía oral, aunque ninguno de ellos ha de escuchar por un momento un plan concreto que signifique una limitación de sus prerrogativas. El autor duda francamente de que pueda formarse jamás una sede central suprema del judaísmo mundial mediante un acuerdo entre las organizaciones existentes, las Cuatro Grandes o las Cinco Grandes. Es igualmente dudoso que pueda cumplirse la amalgama del programa por consentimiento entre las partes. Algunas de ellas (no todas) pueden convenir quizá en la construcción de una plataforma conjunta mediante el proceso mecánico de unir un punto a otro hasta que se hayan incluido los puntos favoritos de cada uno: siempre que a nadie se le permita reclamar prioridad, de manera que se conceda al mismo peso — digamos — al levantamiento de la prohibición que pesa sobre los médicos judíos en Tristán da Cunha, y a la colonización de Pales-

tina; y siempre, claro está, que no se utilicen términos tales como "Estado Judío" o "éxodo en masa", y que no se proclamen, o se aluda siquiera, a tales herejías como la presunta vinculación entre la realidad de la igualdad de derechos en la nueva Polonia y la proporción de judíos a quienes puede ayudarse a emigrar de la nueva Polonia. En otras palabras, volveríamos a la vieja receta, pero no lograríamos un remedio efectivo contra el cáncer, ni un mensaje que pudiese agitar la imaginación. Pero una fórmula verdaderamente unida de restauración judía, breve y aguda y clara y directa como el llamado matinal de Chantecler, cuya respuesta es la salida del sol, parece tan improbable de encarar desde el sacrificio propio de los partidos, como es probable que una jefatura verdaderamente unida resulte de la sumisión voluntaria de los Comités Centrales.

Este libro no es lugar para la consideración de los medios y arbitrios por los cuales tendrá que lograrse el frente unido; pero así como no hay duda de que nuestro pueblo *debe* ser salvado, tampoco hay duda de que el frente unido del judaísmo mundial *debe* ser logrado. La vida apremia en esta dirección: la opinión pública es lenta, pero al final seguirá también en esta dirección. Entonces "descubrirá" también los medios y arbitrios, o, más bien, comprenderá que no hay que "descubrir" nada, por cuanto hay centenares de precedentes instructivos, cuerdos, sencillos y efectivos. Cuando no pueda establecerse la unidad por la abdicación de majestades y altezas seccionales, la democracia — si aun sigue con vida y resuelta a seguir viviendo — debe intervenir y establecer su propia autoridad, superior a todos los otros poderes. Hace años que debió establecerse una Asamblea Electiva Judía: debió ser creada cuando el judaísmo polaco estaba todavía en libertad de acción. Tal como Canadá ha realizado una elección en marzo de 1940, no hay razón por la cual no pueda organizarse un referéndum judío en casi todos los países afectados. Esta Asamblea de tiempo de guerra sería, claro está, un cuerpo trunco, pero de todos modos constituiría una expresión de algunas de las fuerzas más poderosas de la raza; y su generación por un plebiscito hecho conforme al sufragio universal bien podría constituir una impresionante manifestación en todos los países libres y civilizados que aun existen sobre la tierra.

Este breve párrafo no es por cierto adecuado para la exposición de tan amplio tema. El problema tendrá que resolverse probablemente por un largo y acalorado debate interno; pero es un problema interno y no pertenece debidamente a un libro que trata de exponer la reivindicación judía frente al mundo gentil. *Lo dejaremos así, recordando tan sólo que no habrá probabilidad siquiera de exponer tal reivindicación a menos que se elija un solo "gobierno" mundial judío para expresarla.*

CAPÍTULO XX

LOS FINES DE GUERRA DE LA NACIÓN JUDÍA

LAS exigencias judías en la guerra son:

- a) Un ejército judío en los frentes aliados.
- b) Reconocimiento de una autoridad civil del mundo judío, con una banca en todos los órganos internacionales que traten los problemas de migración y de reconstrucción, y en la futura Conferencia de Paz.
- c) El Estado Judío como fin de guerra de los aliados.
- d) Un pacto sobre igualdad cívica, como fin de guerra de los aliados.

a) EL EJÉRCITO

El Regimiento Judío fué formado por el Ministerio de Guerra Británico en agosto de 1917. Al principio se lo conoció oficialmente como Fusileros Reales 38º al 41º, pero después se le concedió el nombre de "Judeos" y una chapa especial (el candelabro de siete brazos). Su fuerza total en el registro de Hounslow era probablemente de más de diez mil, pero solamente la mitad de ese número pudo ser adiestrado a tiempo para llegar a Palestina. De ellos, alrededor de 1300 provenían del Reino Unido, 1000 de la parte meridional de Palestina que Allenby había libertado un año antes de la conquista final, alrededor de 2500 de los Estados Unidos, y el resto de Canadá, la Argentina y de los judíos que eran prisioneros de guerra en Alejandría, Egipto, que se presentaron como voluntarios para tal servicio y lo consiguieron, después de muchas negativas del Ministerio de Guerra. Los

oficiales al mando de batallones en campaña eran J. H. Patterson, un irlandés protestante; Eliezer Margolin, un judío australiano, y "pioneer" de Palestina en su juventud; F. Samuel, judío inglés; F. Scott, cristiano inglés. Entre los oficiales había judíos y cristianos, los suboficiales eran casi todos judíos, y los soldados todos judíos. Durante la ofensiva final, en septiembre de 1918, las tropas judías en el Valle del Jordán formaron una Columna Patterson, y tuvieron la distinción de capturar el vado de Umm-esh-Shert, en el Jordán, pocos kilómetros al Norte de Jericó: un hecho que se menciona en los despachos de Allenby. Éste fué el primer vado del Jordán tomado por los aliados; un par de horas después de la captura, la caballería Anzac (Cuerpo de Ejército Australiano y Neozelandés) lo cruzó e invadió Transjordania. La Columna de Patterson fué la primera fuerza británica de infantería en Transjordania; el coronel Margolin, al frente de su batallón, fué el primer comandante británico de Es-Salt capturada. (Hoy se prohíbe a los judíos hasta entrar en Transjordania). Después del Armisticio, los Judeos cumplieron funciones de guarnición en Palestina Occidental. En 1919, durante los disturbios de Egipto, cuando el grueso de las tropas británicas partió para El Cairo, toda la línea ferroviaria desde Romani en el desierto del Sinaí hasta Haifa quedó bajo su custodia. En el cementerio militar del Monte de los Olivos hay una sección de tumbas judías. No son muchas: los batallones judíos no tuvieron una verdadera oportunidad de luchar, quizá solamente porque no hubo encuentros graves donde estaban estacionados. Lo que se les ordenó hacer lo hicieron bien. No había razones para no seguir el precedente cuando estalló la actual guerra, y todavía no hay razones en ese sentido.

Pero esta vez tendrá que ampliarse el precedente, tanto en su alcance como en su carácter. Debe tratarse, formalmente, de un ejército judío, no de un regimiento dentro de un ejército británico; debe tener oportunidad para llegar a un efectivo de por lo menos cien mil hombres; y debe combatir en todos los frentes aliados para demostrar precisamente lo que algunas personas preferirían olvidar: que ésta es una guerra judía tanto como británica y francesa, polaca y holandesa.

No hay necesidad para recordar las mil y una excelentes

razones por las cuales es a la vez inusitado e "imposible" tener un ejército judío mientras no haya un Estado Judío, ni un Tesoro judío para mantenerlo. Todas las razones carecen de valor. Inusitado, sí: ¿"imposible"? ¡tonterías! cualquier niño sabe que no hay bastantes generales judíos, ni siquiera oficiales, y especialmente suboficiales, para atender a un ejército; al comienzo el ejército judío será enteramente judío solamente en cuanto a las filas. Pero esto sólo será bastante para atraer a grandes cantidades de hombres y para inspirar en ellos un alto espíritu. La única cuestión es si se necesita en campaña a otros cien mil hombres (o probablemente muchos más); y, en tal caso, cuál será el mejor medio de obtener el número máximo de reclutas, y de lograr de ellos el esfuerzo máximo. Y esto resuelve el problema del Tesoro. Si se necesitan cien mil hombres, o más, tendrán que ser equipados, alimentados e instruídos —tal como en el caso de los polacos y los checos— a costa de los aliados, y poca será la diferencia en el costo si se le clasifica como ejército. En segundo lugar, si bien es cierto que todavía no hay un Tesoro judío, no es muy exacto decir que no hay una hacienda judía. Existe de seguro como fuerza espiritual, pero de ningún modo desdeñable, y sirve a miles de personas en una veintena de países, alimenta a una serie magnífica de empresas sociales, educativas y colonizadoras en todos los continentes. La formación de un ejército judío movilizará sus recursos hasta límites jamás sospechados. También puede resultar sumamente beneficioso aun en otros sentidos, especialmente si, de manera simultánea con la reunión del ejército judío, se reconoce a una autoridad civil de todo el judaísmo mundial.

Fuera de los países aliados, y los países mantenidos o paralizados por el enemigo (incluso Rusia Soviética), hay más de seis millones de judíos cuya preocupación dominante de hoy, sin temor a exageraciones, puede ser llamada la búsqueda de algún camino para ayudar a la destrucción del enemigo común. Alrededor de 1.200.000 de esos judíos son varones de 18 a 35 años. Un rincón especialmente interesante del mundo judío es Palestina, cuya población judía masculina en edad militar podría dar cien mil hombres, gran parte de los cuales no solamente están ya preparados sino que son también bastante experimentados en la anti-

cuada forma de guerra que en el Medio Oriente no ha pasado del todo de moda. Éstos son recursos potenciales que sería imprudente descuidar, tan sólo por motivos numéricos, aparte de su valor como factor moral en la guerra.

Pero el argumento más serio en favor de un ejército judío, como algo preferible a las unidades judías bajo otras banderas, es el de los números y el impulso. El autor, durante más de veinticinco años, se ha dedicado obstinadamente a predicar lo que algunos se complacían en llamar el militarismo judío, y se ha puesto de tal manera en estrecho contacto con el tipo de juventud judía cuya mentalidad responde al llamado del clarín (y hoy esto se refiere prácticamente a toda la juventud de la raza): y puede afirmar, con la mayor confianza, que si bien un llamado para unirse a regimientos judíos bajo una bandera aliada atraería a miles de hombres, calles enteras se vaciarían por la afluencia de gente para un ejército judío.

b) EL CUARTEL GENERAL CIVIL

El autor elude el término "gobierno judío", a fin de evitar complicaciones en su argumento con un pretexto para que haya malos entendidos; y de esta reticencia surge la exasperante necesidad de procurar alguna especie de terminología substitutiva, que suele sonar a retórica y artificial. En realidad, no debería haber motivo para malos entendidos. Ninguna persona en sus sentidos cabales podría imaginar realmente que un "gobierno" de esta clase implicara, o pretendiera implicar jamás, el derecho a dar órdenes obligatorias a los ciudadanos judíos de diferentes países, por encima de parlamentos, gabinetes y policías. Aun menos puede alentarse tal fantasía cuando existe ya un precedente: el Gobierno polaco en el destierro. Este Gobierno no pretende emitir decretos para los polacos que hay en Polonia, porque se les mataría si obedecieran; no reclama poder compulsorio alguno sobre los ciudadanos polacos que viven fuera de Polonia, ni siquiera sobre los que están en los países aliados. Sin embargo, lleva el título de "gobierno" y es un gobierno en un sentido que es tan importante como cualquier otra cosa en esta guerra. Si los aliados fuesen a admitir que un Estado destruido de hecho por la violencia bes-

tial ya no es existente de derecho, la admisión viciaría el aire mismo que respiramos. Un Estado reconocido por la comunidad de las naciones civilizadas no puede cesar de ser: sobrevive.

Ninguna analogía ha de ser perfecta en todos los detalles. Afortunadamente para la nación polaca y la nación checa, su suerte es mejor que la de los judíos: habitan el territorio por cuya libertad luchan, en tanto que los judíos se encuentran en la dispersión. Pero la raíz de la analogía es sana: es el principio de que una nación destruida es todavía una nación. Y cuando una lista de naciones destruidas que esperan la restauración haya sido oficialmente preparada, la sección sin patria del pueblo judío tendrá justos derechos a ocupar un lugar en esa lista.

Con respecto a las reivindicaciones polacas, su reconocimiento queda expresado en el título: "el Gobierno polaco". Con respecto a Checoslovaquia, el título oficial es: "el comité nacional" (1). No importa qué término se elija para describir la idea de *Senatus Populusque Judaeorum*. Lo que importa es el hecho de que hay un problema de inmensa importancia para la salud y la paz del mundo, claramente distinto de todos los demás problemas, un problema que significa literalmente la vida o la muerte para cinco o seis millones de personas, y afecta el destino de dieciséis millones; que estos hombres y mujeres tienen tanta ansiedad por contribuir a resolver su problema como puede tenerla cualquier nación normal; y que poseen una suma total de poder moral y material que puede recorrer largo camino hacia esa solución, y deberían obtener una oportunidad para hacerlo. Todo esto constituye, en su carácter esencial y en su magnitud, exactamente lo que el diccionario llama "nación", con funciones "nacionales" ante sí. Si otras naciones quieren ayudar deben empezar por invitar a esa entidad judía a sentarse en la cámara del consejo, para discutir fines y medios y arbitrios. Éste es el único significado de "un gobierno judío" que nos interesa por el momento: una "sede central", un "directorio", un "ejecutivo", una "presidencia", una "autoridad" con derecho a negociar y a cooperar, no como peticionante, sino como socio.

(1) Este comité está ahora reconocido como "Gobierno".

El autor no pierde de vista un obstáculo cuya fuerza obstructiva es tan formidable como es desdeñable su valor moral: se llama "snobismo". Hay cierta mentalidad burocrática que de seguro ha de quedar sorprendida y enfurecida, como si se tratara de una impertinencia inaudita, por la sugestión de que los judíos no se contentan ya con el papel de peticionantes y pretenden calzar en la dignidad de pares. La batalla contra esta clase de superioridad tendrá que librarse algún día: y ahora, quizá, es mejor que más adelante. Para empezar, es extremadamente injusto olvidar quién es el que sufre más en todo el drama, y el respeto que merece el infortunio. Pero aun fuera de este aspecto del asunto, que la especie de mentalidad en cuestión podría dejar de ver, el "snobismo" mismo está privado de todo atisbo de justificación. No hay necesidad de entablar una lucha sobre abstractas pretensiones de superioridad, de preguntar al adversario "¿quién escribió la Biblia?", para que él nos confunda con la pregunta "¿dónde está vuestro Shakespeare?". Hay pueblos que carecen de Biblia y de Shakespeare y, sin embargo, son eminentemente adecuados para merecer la igualdad como Estados: los judíos, pues, están de seguro certificados para ello. Sería extraño que alguna nación quisiera reclamar, en nombre de sus capas superiores comparadas con las del pueblo judío, alguna señalada superioridad de cerebros, enseñanza, hombría de estado, y experiencia de gobierno, o en genio colonizador, para no hablar de la prontitud y la capacidad de respaldar ideas con sanas finanzas. No hay ningún mal en afirmar la superioridad donde es real, y es propio rechazar pretensiones que no tienen bases razonables; así, estaría bien rechazar el reclamo de un lugar "judío" en el estado mayor de los aliados (si se hiciera tal cosa en el presente momento) porque en este terreno somos aprendices. Pero en el plano político, donde no tenemos que aprender más de lo que podemos enseñar, tal obstrucción sería un ejemplo de "snobismo" barato y hueco, y una rémora para el buen éxito de la causa común. Debe ser resistido con todas las fuerzas de la razón y rechazado con el desdén que merece. Cuando se trasponga ese obstáculo se descubrirá probablemente que era el único obstáculo grave para un paso que evidentemente sería sensato y útil: el reconocimiento de un órgano supremo

del judaísmo mundial como socio pleno en la construcción de un mundo de paz.

c) EL ESTADO

Todo este libro ha sido dedicado al tema señalado; aquí bastará recapitular los puntos principales del argumento.

El Estado Judío es un propósito de guerra verdadero y propio. Sin él, la úlcera cuya ponzoña causa la perturbación de Europa no podrá sanar: porque sin él no puede haber adecuada emigración para los millones de personas cuyos hogares están irremediabilmente condenados a desaparecer; sin él no puede haber igualdad, y sin igualdad no puede haber paz.

Debe haber un órgano de autoridad internacional que se dedique, de ahora en adelante, al estudio de este problema, y a la preparación del plan, o los planes, que se formularán a la futura Conferencia de Paz. Si ese órgano es el Comité Intergubernamental de Refugiados, debe ser reconstruido y reforzado de conformidad con las autoridades judías, e instruido para que abandone la prescripción de remedios parciales y se concentre en el problema del Estado Judío.

No puede haber limitaciones preliminares en cuanto a los diversos proyectos geográficos que puede tener que examinar este cuerpo antes de escoger. Debe instruírsele para que investigue cualquier plan que presente, prima facie, los aspectos esenciales para una solución seria: si es necesario, debe considerar cada provincia de lo que hemos llamado la Tierra de Fata Morgana. Pero el primer punto de su programa debe ser el examen del plan de Palestina. Es ésta una proposición justa, que no excluye nada, salvo todo intento de cortar camino en cualquier dirección.

Corresponde a los judíos demostrar lo que, al fin y al cabo, no es difícil demostrar: que el plan de Palestina, con todos sus defectos, es —aparte de todas las demás consideraciones— el único que resulta practicable.

d) EL PACTO DE IGUALDAD

Si por algún milagro desapareciera enteramente de la faz de Europa el problema judío, se necesitarían aún, probablemente, un par de generaciones para establecer la verdadera igualdad de derechos entre miembros de los diferentes grupos étnicos que viven en los mismos territorios. Hubo una época en que la gente creía que tal igualdad podía ser eficientemente "garantizada" en cualquier parte sencillamente por su mención en un documento legal. Todavía hay estadistas que lo creen. Sin embargo, ningún adulto cuerdo puede compartir en verdad ese optimismo, por cuanto atañe a Europa Oriental o Central. Esa zona no está entre aquellas donde pueda cumplirse el milagro, a menos que se lo imponga por un recuerdo tangible y siempre presente de la compulsión suprema.

La soberanía ilimitada de las naciones tendrá que ser descartada, al menos en Europa, si es que se quiere que sobreviva la civilización. Los estadistas parecen ir comprendiéndolo gradualmente, y hay mucha menos oposición de la que podía esperarse a esta teoría; aunque puede ser diferente el caso cuando se llegue a la práctica. Sin embargo, todavía perdura en casi todos los ánimos una ilusión infantil de que solamente en los asuntos internacionales hay que condicionar la soberanía con ciertas concesiones; la soberanía "interna" puede seguir sin restricción, sin peligro para los vecinos. Traducido al idioma de la experiencia, esto significa que en tanto el nazismo era predicado y practicado solamente en Alemania, no había verdadero peligro para los vecinos. Esto es una tontería. La esfera de los intereses "internos" de cualquier nación, que no afectan en forma alguna a otras naciones, es sumamente reducida, y se hace más pequeña día tras día. Nadie va a sugerir que la conclusión abstracta y lógica sea llevada a la práctica hasta el límite, de modo que todo lo que se haga o se sufra en Grecia sea una cuestión que deba tratarse en Portugal, y viceversa. Pero la división de los asuntos, desde el punto de vista de la seguridad mutua, en externos e internos, es un concepto infantil. Si las cloacas del vecino funcionan mal, es cosa que nos interesa, y tenemos derecho a llamar a la policía.

No es tema de este libro el de cómo resolverá el mundo tan delicado problema: pero como la principal obsesión de todos nosotros será la de evitar otra guerra, no es irrazonable presumir que se encontrará algún medio para mantener bajo un control conjunto aquellos asuntos "internos" que tengan un efecto más o menos directo y tangible sobre el peligro de guerra. Tampoco es probable que el mundo olvide que la supervisión sin amenaza de coerción no funciona. Habrá sistemas de supervisión; y habrá sistemas para la coerción inmediata, rápida y probablemente muy dolorosa en el caso de que se produzca un quebrantamiento. Por ejemplo: si se establecen zonas desmilitarizadas, y si el dueño de una de ellas intenta rearmarla sin conocimiento previo de los demás, su acción será probablemente considerada como casus belli y provocará en respuesta alguna especie de ocupación armada, o acaso algo peor. No se trata aquí de tratar de adivinar los términos del futuro Pacto: sólo existe el propósito de destacar la seguridad de que la tormenta presente no podrá dejarse abatir sin el establecimiento de algún mecanismo absolutamente práctico, eficiente y automático para dejar fuera de combate a todo el que trate de poner un reguero de pólvora, antes de que pueda llegar muy lejos.

El autor cree que entre esos asuntos "internos" que tienen un efecto directo y tangible sobre el peligro de guerra, el trato de las minorías étnicas o religiosas cuenta entre los más importantes. Cien años de historia europea lo han demostrado así. No puede permitirse que ninguna pretensión de soberanía proteja una trasgresión del pacto de igualdad; todo paso en ese sentido equivale a poner un reguero de pólvora; el mecanismo de la compulsión debe ponerse en movimiento, y el culpable tiene que ser abatido.

Para tener un poder tan eminente, el pacto de igualdad debe llenar dos condiciones, entre otras: debe ser terriblemente solemne, y debe ser plena y cuidadosamente razonable.

"Solemne" significa que no debe haber interpolación de "cláusulas" o "párrafos" sobre igualdad de derechos en tratados que se refieren a otras cuestiones. Ninguna de éstas puede tener la décima parte del horrible poder tóxico del problema de las minorías; ningún capítulo en que se refiera

a aquéllas puede poseer la décima parte de la vasta importancia profiláctica de las estipulaciones que se refieran a las minorías. Tampoco hay, entre todos los problemas internacionales o "internos" del Estado, ningún problema tan complicado, que requiera tanta atención a los detalles y tanta previsión como éste. Una sección especial de la Conferencia de Paz debe dedicarse enteramente a este único problema: y debe haber un Pacto de Igualdad por separado.

Pero el Pacto debe ser también "razonable". Es irrazonable una ley que prescribe cosas que la naturaleza humana no puede tolerar, o pasa por alto condiciones que, a pesar de la mejor voluntad del promedio de los ciudadanos obedientes, hagan difícil obedecerla. La igualdad no puede ser establecida donde, por el carácter de las cosas, tiene por fuerza que degenerar en lo contrario. Pongamos un ejemplo imaginario: el caso de Ruritania. Este país se halla habitado por dos razas. Los cabezas anchas, la raza de la mayoría, son personas decentes, pero de torpe entendimiento; los cabezas largas, una minoría del veinte por ciento sobre el total, son igualmente decentes, pero de rápida inteligencia. El principio de la igualdad de derechos es respetado sin trabas en todo el país, en todos los aspectos de la vida pública y privada. Entre las otras condiciones, se prefiere a los candidatos que dominan los dos idiomas, para casi todos los cargos gubernamentales o municipales. Los cabezas anchas son meticulosos y diligentes, pero no pueden hablar más que su idioma; los cabezas largas son lingüistas excelentes. Sobre la base estricta de la igualdad de oportunidades y el principio de que gane el mejor sin parar mientes en la craneometría, es invariablemente el candidato cabeza larga quien se lleva los honores. El resultado, al cabo de veinticinco años de régimen es que, el setenta y cinco por ciento de los mejores empleos en el gobierno o las municipalidades está a cargo de los cabezas largas; y prácticamente ocurre lo mismo en el comercio y las profesiones. Los cabezas anchas preguntan: ¿es justo esto? ¿Debe castigarse a las personas a quienes Dios ha negado el don de ser lingüistas? ¿No debería haber una especie de proporcionalidad en el goce de la igualdad de derechos?

Un Pacto razonable tendrá esto en cuenta. La igualdad

de oportunidades y el principio de que gane el mejor no cubren todo el problema de la igualdad de derechos; quizá tenga muy poco que ver con la verdadera esencia del problema. Los jockeys, para ser verdaderamente iguales entre sí en una carrera, son pesados y recargados con plomo; los golfistas tienen distintos handicaps. Un pacto de igualdad debe asegurar que, si bien los veinte cabezas largas obtendrán sus veinte panes —y no diecinueve— los ochenta cabezas anchas lograrán sus ochenta raciones, y no setenta y nueve.

Sólo el futuro podrá responder a la duda de si tal Pacto, por perfecto que sea, puede lograr el milagro y producir tal estado de cosas que impida efectivamente la fricción. Hay quienes lo dudan, y creen que la única solución real para el problema de las minorías es una redistribución de las razas sobre la superficie de la tierra, es decir, la evacuación en masa de todas las minorías dispersas. Esto puede ser una exageración. Hay minorías que, aunque aisladas de su patria étnica, forman todavía "islas" o zonas monoétnicas, o por lo menos aldeas propias, de manera que, digamos, solamente en el día de feria tienen que tropezarse con el pueblo mayoritario. O puede haber casos en que las dos razas son más o menos similares, y pueden mezclarse bien mutuamente, de manera que si se las deja tranquilas y se les da tiempo pueden sentirse alentadas a entrelazarse, o sencillamente a olvidar la insignificante diferencia. El Pacto debe prever todo lo que pueda preverse: sólo el tiempo demostrará si es posible resolver el problema.

Pero el Pacto debe ser razonable, y sus autores no deben esperar que ocurra lo imposible: *en particular, no pueden esperar que la igualdad judía en Europa Central y Oriental sea otra cosa que una mentira, a menos que sus colegas, los otros estadistas en la otra sesión de la Conferencia de Paz, establezcan el Estado Judío.*

FORMACIÓN DE UN COMITÉ DE 350 PROMINENTES NORTEAMERICANOS PARA APOYAR EL PLAN DE LA PATRIA JUDÍA

Washington, abril 1941. — Más de 350 prohombres del gobierno, la religión, la educación y la vida cívica de los Estados Unidos se han unido para establecer el Comité Norteamericano pro Palestina, bajo la presidencia del senador Robert F. Wagner, a fin de apoyar el movimiento tendiente a desarrollar Palestina como "avanzada de la libertad y la justicia social", y a preparar la Tierra Santa para la colonización en gran escala con centenares de miles de refugiados judíos de las tierras europeas, desgarradas por la guerra, durante el período postbélico. Así se anunció el 27 de marzo en la oficina del senador Wagner, y se agregó que el comité procurará el apoyo público para el programa de establecer un hogar nacional judío.

El senador Charles L. McNary ha sido designado co-presidente, y los vicepresidentes son Mr. William Green, presidente de la Federación Norteamericana del Trabajo; el ex senador por Utah Mr. William H. King, y monseñor John A. Ryan.

El 30 de abril se sirvió en Washington un banquete que señaló el comienzo de las actividades del comité.

Entre sus miembros figuran el procurador general Robert H. Jackson, el secretario del Interior, Harold L. Ickes; Mr. Wendell Wilkie; el secretario de Agricultura, Claude A. Wickard; Mr. Alfred E. Smith; Mr. Clarence A. Dista, director del Servicio de Conscripción, y jefe de la Junta de Mediación de la Defensa; Mr. Paul V. McNutt, administrador de Seguros Federales; John M. Carmody, administrador de Obras Federales; así como Mr. William Allen White y más de 150 miembros de las dos Cámaras del Congreso y los gobernadores de 19 estados.

Después de señalar que por tratados y por decisiones del Congreso el Gobierno de los Estados Unidos ha aprobado formalmente el establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina, el senador Wagner declaró que esta política ha recibido el apoyo público de los presidentes

Wilson, Harding, Coolidge, Hoover y Roosevelt. Al asumir la presidencia del comité, el senador dijo:

"El Hogar Nacional Judío en Palestina ha sido un experimento mundialmente sancionado en la democracia. Debe ser protegido hoy como avanzada de la libertad y de la justicia social. Su continuado desarrollo debe ser parte vital de un justo orden mundial cuando haya terminado este conflicto. El Comité Norteamericano de Palestina tratará de dar expresión al interés, simpatía y apoyo moral del pueblo americano para esta causa tan humana y tan digna de buenos estadistas".

El senador McNary dijo que Palestina ofrece la mayor promesa de solución para el problema de los refugiados. "La solución del antiquísimo problema judío — dijo — interesa tanto a la cristianidad como a los mismos judíos". El jefe republicano, que fué candidato a la vicepresidencia, aseguró que los judíos norteamericanos que tratan de procurar un refugio para los fugitivos "privados de sus hogares por la brutalidad totalitaria" deben tener la seguridad de que en ese esfuerzo "pueden contar con la buena voluntad y el apoyo moral de sus conciudadanos cristianos".

Entre los miembros del Congreso que integran el comité figuran los senadores Alben W. Barkley, jefe de la mayoría en el Senado; Walter F. George, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores; Arthur H. Vandenberg, de Michigan; Robert A. Taft, de Ohio; Henry Cabot Lodge, hijo, de Massachusetts; el presidente de la Cámara de Representantes, Mr. Sam Rayburn; John W. McCormack, jefe de la mayoría en la Cámara; Joseph W. Martin, jefe de la minoría y presidente del Comité Nacional Republicano.

LISTA PARCIAL DE LOS MIEMBROS DEL COMITÉ

SENADORES:

Joseph H. Ball, Minn.; John H. Banghead, Ala.; W. Warren Barbour, N. J.; Alben W. Barkley, Ky.; Theodore G. Bilbo, Miss.; Homer T. Bone, Wash.; Styles Bridges, N. H.; C. Wayland Brooks, Ill.; Prentiss M. Brown, Mich.; William J. Bulow, S. D.; Harold H. Burton, Ohio; Hugh A. Butler, Nebr.; Harry F. Byrd, Va.; James F. Byrnes, S. C.; Arthur Capper, Kans.; Dennis Chavez, New Mexico; D. Worth Clark, Idaho; Albert B. Chandler, Kentucky; Tom Connally, Texas; James J. Davis, Pa.; Sheridan Downey, Cal.; Allen J. Ellender, La.; Walter F. George, Ga.; Guy M. Gillette, Ia.; Carter Glass, Va.; Theodore F. Green, R. I.; Joseph F. Guffey, Pa.; Chan Gurney, S. D.; Pat Harrison, Miss.; Carl A. Harch, New Mexico; Carl Hayden, Ariz.; Clyde L. Herring, Ia.; Lister Hill, Ala.; James H. Hughes, Del.; Edwin C. Johnson, Colo.

Harley M. Kilgore W. Va.; William Langer, N. Dak.; Josh Lee, Okla.; Henry Cabot Lodge, Jr., Mass.; Scott W. Lucas, Ill.; Pat McCarron, Nevada; Kenneth McKellar, Tenn.; Charles L. McNary, Ore.; Francis Maloney, Conn.; James M. Mead, N. Y.; Abe Murdock, Utah; James E. Murray Mont.; George W. Norris, Neb.; Joseph C. O'Maho-

ney, Wyo.; John H. Overton, La.; Claude Pepper, Fla.; George L. Radcliffe, Md.; Robert R. Reynolds, N. C.; Richard B. Russell, Ga.

H. H. Schwartz, Wyo.; Morris Sheppard, Tex.; William H. Smithers, N. J.; Robert A. Taft, O.; Elbert D. Thomas, Utah; John Thomas, Idaho; Charles W. Tobey, N. H.; Harry S. Truman, Mo.; James M. Tunnel, Del.; Millard E. Tydings, Md.; Arthur H. Vandenberg, Mich.; Frederick Van Nuys, Ind.; Robert F. Wagner, New York; David I. Walsh, Mass.; Wallace H. White, Jr., Me.; Alexander Wiley, Wisc.; Raymond E. Willis, Ind.

PARLAMENTARIOS:

Homer D. Angell, Ore.; Wm. B. Barry, N. Y.; Jasper C. Bell, Mo.; George H. Bender, Ohio; Philip A. Bennet, Mo.; Frank W. Boykin, Ala.; Fred Bradley, Mich.; Michael J. Bradley, Pa.; Chas. A. Buckley, N. Y.; William T. Byrne, N. Y.; Louis J. Capozzoli, N. Y.; Emanuel Celler, N. Y.; Cliff Clevenger, Ohio; John J. Cochran, Mo.; John N. Coffee, Wash.; William P. Cole, Jr., Md.; Lawrence J. Connery, Mass.; John M. Costello, Cal.; Frank Crowther, N. Y.; Francis D. Culkin, N. Y.; Thos. H. Cullen, N. Y.

Thos. D'Alesandro, Jr., Md.; Clifford Davis, Tenn.; Chas. S. Dewey, Ill.; Samuel Dickstein, N. Y.; John D. Dingell, Mich.; Everett M. Dirksen, Ill.; Herman Eberharter, Pa.; Frank Fellows, Me.; James N. Fitzpatrick, N. Y.; Thos. A. Flaherty, Mass.; Thos. F. Ford, Calif.; Lee E. Geyer, Cal.; John W. Gwinne, Ia.; Leonard W. Hall, N. Y.; Vincent F. Harrington, Ia.; Fred A. Hartley, Jr., N. Y.; Arthur D. Healey, Mass.; Knute Hill, Wash.; San Hobbs, Ala.; John N. Houston, Kan.; Evan Howell, Ill.

Ed. V. Izac, Cal.; Benjamin Jarrett, Pa.; Joshua L. Johns, Wisc.; Robert W. Kean, N. J.; John Kee, W. Va.; Frank B. Keefe, Wisc.; Estes Kefauver, Tenn.; Herman P. Kopplemann, Conn.; Charles Kramer, Cal.; Clarence F. Lea, Calif.; John W. McCormack, Mass.; Raymond S. McKeough, Ill.; Chas. F. McLaughlin, Neb.; Anton F. Maciejewski, Ill.; Lucien J. Maciora, Conn.; Warren G. Magnuson, Wash.; Jos. W. Martin, Jr., Mass.; Noah M. Mason, Ill.; Matthew J. Merritt, N. Y.; Arthur W. Mitchell, Ill.; Francis J. Myers, Pa.

Caroline O'Day, N. Y.; Donald L. O'Toole, N. Y.; Walter M. Pierce, Ore.; Walter C. Ploeser, Mo.; Sam Rayburn, Tex.; James P. Richards, S. C.; A. Willis Robertson, Va.; Thomas Rolph, Cal.; Albert G. Rutherford, Pa.; Leon Sachs, Pa.; Harry Sauthoff, Wisc.; Pius L. Schwert, N. Y.; James A. Shanley, Conn.; Robert L. F. Sikes, Fla.

Wm. R. Thom, Ohio; Albert Thomas, Tex.; Harve Tibbott, Pa.; Wm. H. Wheat, Ill.; Chas. A. Wolverton, N. J.; Anthony J. Diamond, delegado de Alaska.

TRIBUNOS Y CATEDRÁTICOS:

Prof. William Foxwell Albright, arqueólogo, Johns Hopkins University; Marshall Field, William Green, presidente de la Federación Americana del Trabajo; Quincy Howe, comentarista radiofónico; Theodore Roosevelt; L. S. Rowe, director general de la Unión Pan-Americana; Harry Slattery, administrador de la Administración Eléctrica Rural; Joseph P. Tumulty, Ray Lyman Wilbur, Stanford University; Dr. Mary

E. Woolley, presidente emérito, Mt. Holyoke University; Dr. Daniel L. Marsh, presidente, Boston University; Dr. Guy Stanton Ford, presidente, University of Minnesota; Dr. Ralph D. Hetzel, presidente, University of Pennsylvania State College; Dr. R. B. Von Kleinsmid, presidente, University of So. California; Dr. Homer P. Rainey, presidente, University of Texas; Dr. Frank Cody, presidente, Wayne University, Detroit, Mich.; Dr. Harry D. Gideonse, presidente, Brooklyn College, Brooklyn, N. Y.; Wythe Williams, comentarista radiofónico; George N. Schuster, presidente, Hunter College, New York; Dr. Harry Woodburn Chase, canceller, New York University, New York.

GOBERNADORES:

Los gobernadores de 19 Estados se han adherido al Comité Americano pro Palestina. Ellos son: Gobernadores Homer M. Adkins of Arkansas; Culbert L. Olson of California; Ralph L. Carr of Colorado; Robert A. Hurley of Connecticut; Spessar L. Holland of Florida; Dwight H. Green of Illinois; Henry F. Shriker of Indiana; Sumner Sewall of Maine; Herbert R. O'Connor of Maryland; Leverett Saltonstall of Massachusetts; Murray D. Van Wagoner of Michigan; Harold E. Stassen of Minnesota; Robert O. Blood of New Hampshire; Charles Edison of New Jersey; J. Melville Broughton of North Carolina; J. Howard McGrath of Rhode Island; Herbert B. Maw of Utah; William H. Willis of Vermont; y Matthew M. Neeley of West Virginia.

INDICE

	Pág.
Introducción	9

PARTE PRIMERA

Capítulo I.—¿Es acaso un fin de guerra?	13
„ II.—No está en el mapa	19
„ III.—El alimento del monstruo	29
„ IV.—El “antisemitismo del hombre”	37

PARTE SEGUNDA

Capítulo V.—El “antisemitismo de las cosas”	45
„ VI.—El antisemitismo de “hombres” y “cosas”	49
„ VII.—El ghetto polaco	57
„ VIII.—Libertad para ambos	69
„ IX.—Intermezzo ruso	75

PARTE TERCERA

Capítulo X.—El éxodo del Estado	81
„ XI.—Evacuando una ruina	91
„ XII.—Evian	99
„ XIII.—Dos proyectos de Estado	109
„ XIV.—La tierra de Fata Morgana	119

PARTE CUARTA

	Fág.
Capítulo XV.—La política del Libro Blanco	127
„ XVI.—El soborno infructuoso	137
„ XVII.—El plan Max Nordau	145
„ XVIII.—El ángulo árabe sin dramatismo	163
„ XIX.—Senatus Populusque Judaeorum	173
„ XX.—Los fines de guerra de la nación judía	183
Formación de un comité de 350 prominentes norteamericanos para apoyar el plan de la patria judía	195

UNA OBRA DE RIGUROSA
ACTUALIDAD

HISTORIA DE
LA LEGIÓN JUDÍA
EN LA
GUERRA MUNDIAL

POR
VLADIMIRO JABOTINSKY

Versión Castellana
de
ADOLFO DORFMAN

Publicada por la
EDITORIAL ISRAEL

★

Historia del primer cuerpo mi-
litar hebreo de los tiempos
modernos, que luchó junto a
los aliados por la reconquista
de la Tierra de los Judíos.

★

Volumen encuadernado: \$ 2.50
